



QUINCE CUENTOS
DE NAVIDAD

Severino Salazar

QUINCE CUENTOS
DE NAVIDAD

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

SERIE LITERATURA

QUINCE CUENTOS DE NAVIDAD

SEVERINO SALAZAR



2895072



2000

Rector General
Dr. José Luis Gázquez Mateos
Secretario General
Lic. Edmundo Jacobo Molina
Rectora de la Unidad Azcapotzalco
Mtra. Mónica de la Garza Malo
Secretario de la Unidad
Lic. Guillermo Ejea Mendoza
Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades
Mtro. Víctor M. Sosa Godínez
Jefa del Departamento de Humanidades
Mtra. Gabriela Medina Wiechers
Coordinador de Difusión y Publicaciónes de la División
de Ciencias Sociales y Humanidades
Lic. José Luis Zarazúa Vilchis

Primera edición, 2000
Los derechos de reproducción
de esta obra pertenecen a sus respectivos autores.
© Para la presente edición, Universidad Autónoma
Metropolitana-Azcapotzalco
ISBN 970-654-108-X
Depósito Legal
Derechos reservados conforme a la ley.
Se prohíbe la reproducción por cualquier medio sin el
consentimiento de los titulares de los derechos de las obras.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto del 2000 en Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V., Av. México-Coyoacán 421, 03330 México D.F. Tel. 5604 7263. El tiro consta de 1 000 ejemplares más sobrantes de reposición. División de Ciencias Sociales y Humanidades. UAM Azcapotzalco. Av. San Pablo 180 Col. Reynosa Tamaulipas. Tel. y Fax: 53 18 91 09

Impreso en México
Printed in Mexico

Contenido

Los Santos Reyes

13

Nunc dimittis

19

Un regalo de Navidad

33

Juguemos a ser Dios

41

Feliz Navidad, vecinos

55

Paseo en trineo

59

Los guajolotes de Navidad

69

El espíritu navideño

89

El árbol de nochebuena

101

Macarito

109

Danza delirante

119

El caballero de los espejos

131

Latrocinios

137

Pan caliente

145

Las sandalias

151

15 *Y sucedió que cuando los
ángeles se fueron de ellos al
cielo, los pastores se dijeron
unos a otros: Pasemos, pues,
hasta Belén, y veamos esto que
ha sucedido, y que el Señor nos
ha manifestado.*

16 *Vinieron, pues, apresurada-
mente, y hallaron a María y a
José, y al niño acostado en el
pesebre.*

S. LUCAS, 2.

Los Santos Reyes

MI TÍO ME trajo de regalo un lugar sagrado, un espacio portátil en el que sólo cabía una persona. Me dijo que desde él se podía hablar con Dios. A cada quien de la familia le trajo algo diferente de los lugares donde anduvo.

Estaban a punto de terminar las posadas cuando mi tío llegó de su largo viaje –que había durado más de tres años– a tiempo para pasar con nosotros las fiestas de Navidad y reyes. Casi toda la gente del pueblo vino a saludarlo, chicos y grandes. Pero no juntos, primero unos y luego otros. La casa se llenó de alegría, de abrazos, palabras de bienvenida y risas a lo largo de esos días.

Se pasó dos semanas enteras en la casa, que es la de los abuelos, contándonos lo de su estancia en Roma y después de sus viajes por Tierra Santa y sus alrededores. Habían venido mis otros tíos con sus esposas y mis primos y primas. Era un mundo de gente adentro de la casa. Decían que íbamos a pasar la Navidad y el año nuevo todos juntos, por primera vez en muchos años. Había como una feria en la casa, una fiesta que duraba y duraba y que no se le veía el fin ni nos cansaba. Todos los cuartos estaban llenos, ocupadas las camas. Algunos dormían en hilera en el suelo de la troje –los que vinieron de Los Ángeles– en costales de dormir. La abuela consiguió dos mujeres para la cocina, que apenas se daban abasto para los desayunos y las comidas, cocinando y lavando platos.

Él estaba más flaco y más alto, huesudo y descolorido, como que no terminaba de crecer. Su vestimenta era toda negra, con su cuello blanco. Me acuerdo que esos días se nos iban como un suspiro, que después de desayunar o de comer, nadie se paraba y se iba,

pües nos quedábamos las horas sentados alrededor de la mesa escuchándolo, bien atentos y con la boca abierta como si no tuviéramos nada más qué hacer, sólo escuchar las maravillas que nos hacía ver tan sólo con sus palabras. Nos enseñaba muchas partes del mundo que no conocíamos, que habían permanecido ocultas hasta esos momentos, mientras los grandes tomaban café y fumaban; y nosotros saboreábamos ponches, refrescos y nieves. Hablaba diferente, como que le habían cambiado la voz los lugares donde había estado; y no nada más la voz, si no todo él por dentro. Uno de mis primos le preguntó si no había sacado fotos. Él lo miró por un momento como si no hubiera entendido o como si le estuviera haciendo la pregunta más tonta del mundo.

Él no se reía a carcajadas como los demás, sino que sonreía y miraba a las cosas y a las gentes serenamente, como si no le corriera ninguna prisa. O como si estuviera todavía muy cansado por el largo viaje, y no terminaran de pasar los lugares y sus habitantes por su mente. Dejaba sus largas manos sobre el mantel, casi olvidadas, una sobre la otra; de vez en cuando levantaba una y se rascaba el mentón o se tocaba la punta de la nariz.

Mi abuela no se llenaba de verlo, y suspiraba; se le hacía imposible que fuera verdad que su hijo amado, el escogido, ya estuviera de regreso y entre nosotros. Y quería abrazarlo, pero se aguantaba, porque nos decía que ya era un hombre consagrado y había que ser respetuoso con él. Que él ya era un representante de Dios sobre la tierra. Que era un espacio consagrado a Dios.

Mi papá y sus hermanos reconocían que él había sido el estudioso, el dedicado, el disciplinado, el inteligente de la familia. Se había ido a Roma para terminar sus estudios sobre la Divinidad. Luego se fue en un barco, que allá nombran falucas, por todo el río Nilo, hasta otros países donde nacía ese río. Luego subió por todo el Mar Rojo hasta Tierra Santa, la que había recorrido palmo a palmo.

Mi madre decía que mi tío había ido a aprender cosas sobre Dios y el mundo que nosotros nunca llegaríamos a comprender.

Mi tío nos trajo regalos a todos, como creo que ya lo dije, el mío lo había comprado en Antioquía, o en lo que ahora es Antioquía. Me dijo: cada uno de los musulmanes, y son millones de ellos, tienen un tapete como éste. Es auténtico. Como puedes ver, está hecho a mano. Los tejen y los cosen hombres piadosos en algunas mezquitas. Y cada uno de los hombres de esas lejanas tierras posee el suyo y lo lleva enrollado bajo el brazo dondequiera que va. A la hora de rezar lo extiende en el suelo y se hinca sobre él y luego se postra; y desde ahí le habla a Dios. Este tapete es un espacio sagrado, donde nada más cabe un hombre para estar solo con Dios. Ellos no representan a Dios, como nosotros lo hacemos, me decía, estos símbolos son el infinito, el elemento y la casa de Dios. Y me describió uno a uno todos los dibujos y gariboles de colores bordados y cocidos en el tapete. ¿No le hace que ellos le recen a Alá?, le pregunté. Dios es el mismo en cualquier lugar, me dijo, solamente cambia Su nombre.

Mi madre quiso que lo pusiera sobre la colcha de mi cama, para que me hincara a persignarme y a rezarle a mi ángel de la guarda todas las noches antes de dormirme y en la mañana al despertar. Luego mi tío me enseñó cómo postrarme. Me dijo, los musulmanes creen que para hablarle a Dios, uno debe tocar el piso con siete apoyos de su cuerpo, con las palmas, las rodillas, la punta de los pies y la frente. Esta actitud ante la Divinidad nos llega de la noche de los tiempos. Así, me dijo, y se postró como un musulmán sobre el tapete, apuntando con el cuerpo hacia La Meca.

La noche del veinticinco hicimos una lumbrada en el corral, que alimentábamos con leña de mezquite y de pirul. Chicos y grandes jugamos y platicamos alrededor de ella. Ya casi amanecía cuando nos fuimos a dormir. Había una luna enorme flotando sobre los techos del pueblo. Alguno de mis primos, no me acuerdo quién, dijo, miren al cielo, de un momento a otro Santoclás aparecerá volando sobre las casas.

· Mi tío entonces soltó una carcajada, la primera que le escuchaba, y nos dijo: Santoclós es un invento de la coca-cola, niños. Pero mírenlo bien: un viejo con ese panzón tiene el hígado crecido y las tripas hinchadas, por lo tanto es ruidoso y flatulento. No come, traga y bebe como un cerdo. Si tiene la nariz roja, llena de venas a punto de reventar, es porque es un borrachín empedernido, que por algo siempre estará muerto de risa, jo, jo, jo. ¿Díganme qué mensaje es ése? Jo, jo, jo. Tiene la presión alta, el pobre vejete. Los dientes se le pudrieron de tanto tomar coca. Y, por como camina, ha de estar gotoso. Esa cosa no puede andar por el cielo haciéndoles regalos a los niños. No hay nada espiritual en él como para que se levante de la tierra y desafíe la gravedad. Es más bien digno de lástima. Y tan grotesco como las botellas que anuncia.

Todos nos moríamos de risa por su descripción tan fea de Santa.

Pero mis primos, esa misma noche, o más bien dicho esa madrugada, en la troje, mientras nos desvestíamos para meternos a nuestras bolsas de dormir, me dijeron que me iban a contar un secreto, con la condición de que no se lo fuera a decir a nadie: pero que tampoco los Santos Reyes existían. Que los que ponían los regalos en los zapatos eran nuestros mismos padres. Saber esa noticia, que curiosamente ni por un momento dudé de su veracidad, me llenó de una tristeza instantánea, que fue como si me hubieran echado un costal de maíz sobre los hombros. Me sentía pesado, como oprimido contra la tierra.

Al siguiente día me las arreglé para quedarme solo con mi tío por algunos momentos, y le dije lo que mis primos me habían dicho en la troje, que qué opinaba él. Mi tío se puso rojo y tan enojado, que si he sabido no le hago semejante pregunta; luego me contestó: malvados, dijo como para sí mismo, contaminaron y secaron la fuente de la ilusión y la esperanza. El pecado más grande que se puede cometer es contra la fe. No les hagas caso, me dijo. Como ellos no tienen nada, quieren que los demás estén igual. Voy a hablar con ellos, dijo por último. Pero tal vez se le olvidó o prefirió

que así quedara el asunto. Me dijo: cuida tu cuerpo y manténlo siempre limpio porque es un espacio sagrado. Es tu responsabilidad que no lo ensucien ideas extrañas, para que sea ligero y espiritual. Y flote sobre la mugre del mundo, y ésta no lo toque.

De todos modos, los primeritos días de enero se empezó a vaciar la casa. Recogieron sus cosas y se comenzaron a ir mis tíos, mis tías y mis primos.

Una mañana, también mi tío hizo su maleta, se puso su gorra negra, se subió al camión que pasa más temprano por el pueblo y se fue a su seminario.

La casa y todo el pueblo ahora se sentían vacíos, más vacíos que antes que llegaran a visitarnos. Pues las fiestas, una vez que pasan, como que nos dejan un agujero, que tarda su tiempo en llenarse. En un día más sería la noche de reyes. Pero ahora me daba vergüenza hacer mi carta y ponerla en mi zapato; me sentía estúpido, como si el mundo estuviera hueco, me quedara grande y yo fuera muy pesado, de plomo. Como si todo fuera tan burdo. Al mismo tiempo me sentía robado, saqueado. O engañado; no sabía ni qué.

Esa noche de reyes fue la más apacible de mi vida. Me empecé a sentir como en el aire desde que empezó a oscurecer. Desapareció la carga que había sobre mis hombros. No quería nada. No necesitaba nada. Ni un juguete: jugar no tenía ya ningún sentido.

Ya de grande, pienso que aquella noche en la troje sufrí la primera gran pérdida. Y mis primos me habían ayudado para que así fuera.

Sin embargo, aún tenía el regalo que mi tío me había hecho. La noche de reyes me hincé sobre el tapete musulmán, junté mis manos, cerré mis ojos y le pedí a Dios que, aunque los Santos Reyes no existieran, nos cuidara, que siempre estuviéramos todos juntos y que no llegaran guerras o desastres al pueblo. De pronto como que se empezó a mover el tapete. Me asusté un poco. Me senté sobre los talones y puse mis manos sobre mis piernas. Sin ruido, la ventana se abrió desde afuera y por ahí salí volando muy despacio, como

una hoja en el viento, sentado sobre el tapete de colores. La noche era azul y estaba lleno de estrellas el firmamento. En un ratito crucé todo el pueblo. Con mis pensamientos le daba dirección a mi viaje. Abajo estaban los árboles, las torres y las cúpulas, los techos de las casas; más abajo, los patios y los corrales donde los animales dormían. Nada se movía en el pueblo. Nada se oía tampoco, si acaso un burro que rebuznaba en la distancia o un gallo que cantaba entre las ramas de algún mezquite. Cuando de pronto vi que por el cielo del oriente venían cabalgando, sin prisa, los tres Reyes Magos, con sus costales repletos de juguetes. El oro de sus coronas y las sedas y bordados de sus vestidos brillaban con la luz de las estrellas.

Y yo iba detrás de ellos sobre mi tapete, mientras veía cómo entraban en cada casa por las azoteas, leían las cartas con mucha atención y luego dejaban los regalos, sin hacer el menor ruido, muy serios.

Pero lo más asombroso es que cuando pasaron por mi casa los vi que metían sus manos a los costales, sacaban muchos tapetes como el mío y los dejaban para que yo seguramente los repartiera entre los niños del pueblo.

Cuando terminaron, se fueron para el norte, rumbo a Jerez.

Al despertar –había pasado toda la noche sobre mi tapete– tenía la certeza de que algo muy grande todavía me quedaba. Y que eso iba a ser muy difícil perderlo o que me lo robaran.

De vez en cuando, a solas, me postro sobre mi tapete y permanezco ahí pensando e imaginando cosas por mucho tiempo, apoyándome y tocándolo con tan sólo siete partes de mi cuerpo.

Nunc dimittis

A José Homero

*Señor, ahora deja ir a tu siervo en paz, conforme a tu palabra;
porque han visto mis ojos tu salvación.*

S. LUCAS, 2, 29.

SOY COLECCIONISTA. Una extraña pasión me domina, como dice el viejo corrido. Colecciono, sin ningún método ni discriminación, cencerros. Ya cuento con setenta. Y no tengo a la mano ninguna explicación que justifique este gusto, o este entusiasmo, que no sé cómo llamarlo; por otro lado, nadie, nunca, me la ha pedido. Si acaso, alguno de mis amigos me dice en son de broma que estoy dejando a la región sin cencerros. Descencerrosada, me alega, del verbo descencerrosar.

Ahora voy a contarles cómo llegó a mis manos el más recientemente adquirido. El cencerro maravilloso.

La mitad del estado había amanecido cubierta de nieve el veintitrés de diciembre. Después de esta eventualidad –pues allá muy, pero muy de vez en cuando caen unas cuantas plumitas de nieve en lo más duro del invierno; aunque con esto de que el clima del mundo se descompuso, uno no sabe ni qué esperar– y como si lo anterior fuera poco, al siguiente día las cosas más insólitas comenzaron a suceder en la de por sí estragada ciudad de Zacatecas a consecuencia de esta ola gélida. Los pueblos de las montañas se

quedaron aislados y algunos sin luz eléctrica; y al desierto lo cubría una capa de hielo así de gruesa.

Por principio, el Niño Jesús, en el mero día de su nacimiento, como quien dice, nos hizo un extraño regalo. Y nos lo envió en el tren carguero que viene del norte. A media tarde, en uno de los patios de la estación, apareció una enorme pila de borregos muertos, de zaleas blancas y negras.

Al parecer, un hombre, ayudado por su mujer, sus dos pequeños hijos y su hija, los habían bajado a toda prisa, ya bien muertos, de unos de los furgones, y los amontonaron ahí. Habían subido al tren en la estación Cañitas de Felipe Pescador. Y el hombre se disponía a contratar un camión de carga para echarlos en él y llevárselos a la central de abastos, cuando fue aprehendido por los guardianes del orden. Estos escuetos datos contenía la nota que nos llegó a la redacción esa misma tarde.

Antes que yo supiera de ese montón de borregos en la estación, el señor Hernández, mi jefe, me había asignado una historia seriada de por lo menos siete entregas –cuya primera parte ya había salido publicada esa misma mañana– la cual debía de dar una larga y detallada cuenta de los daños que causó y todavía estaba causando, como en cascada, el mal temporal en la ciudad y sus zonas conurbadas. Estaba bien concentrado en estos artículos, digo, cuando me cayó esa peculiar pieza de información en las manos e inmediatamente empezó a tejer un extraño nido entre las ramas de mis pensamientos.

–Simeón, Simeón, Simeón –me había dicho un día antes.

Por algún inexplicable motivo, siempre que el señor Hernández me hablaba, tenía que decir mi apellido tres veces, y sólo el mío, a nadie más se lo hacía. Curioso. Continuó:

–Entreviste al gobernador, al de agricultura y ganadería, a la gente de la calle, al señor obispo. Quiero que se oigan sus voces auténticas en esos artículos.

Yo estaba metido, pues, en la talacha, poniendo en orden la información que había recabado durante todo el día: engarzando de-

claraciones, observaciones, testimonios, desechando reiteraciones, escogiendo fotografías, y la historia del pastor, que había llegado a la ciudad con un rebaño muerto esa tarde, no me dejaba en paz. Como que quería hacerse un campito en mi historia seriada. Y qué curioso, más adelante sentí que reclamaba un lugar de preeminencia en las crónicas que yo estaba trabajando, que debía ser el eje conductor.

Sin embargo, asuntos de mayor envergadura estaban sucediéndole a la ciudad y las urgencias de información de nuestros lectores tenían la preferencia. Y yo no podía darme el lujo de distraerme. Había insuficiencia de agua en muchas zonas: las tuberías, al congelarse, se habían reventado. Las ferreterías agotaron sus existencias de refacciones en las primeras horas de la mañana; había que recurrir a las de San Luis, a las de Aguascalientes y hasta las de Guadalajara. Había escasez de combustibles. La especulación despiadada de los comerciantes. Algunos transformadores explotaron a media noche y barrios enteros se quedaron sin luz. Los hospitales del Seguro y del ISSSTE estaban llenos de pacientes y deficiencias, como siempre. Muchos techos se vinieron abajo, muchas bardas de adobe se desmoronaron. Familias enteras sin hogar. Porción de gente accidentada, que se resbalaban al caminar sobre los parches de agua congelados en las banquetas. Una pareja de ancianos había muerto asfixiada, porque metieron a su recámara, para calentarse, un brasero con carbón ardiendo. Las cosechas en los campos se quemaron con el hielo. Por ejemplo, los naranjales de Valparaíso se achicharraron y las naranjas, ya muertas, aún prendidas de las ramas, tenían un aspecto siniestro. Las nopaleras se derrieron: sus pencas quedaron tiradas por el suelo, o colgando de los troncos, laxas como los relojes de Dalí. Se calculaba que iban a tardar por lo menos diez años en recuperarse: no habría una tuna ni para un remedio en todo ese tiempo. Y los pastizales. Y el ganado... Desolación para dondequiera que se volteara. A todas luces nosotros no poseemos la cultura del invierno crudo y largo y de la calefacción.

Y para colmo, cuando entrevisté al señor obispo en las penumbras de la sacristía de la catedral, me dijo –iracundo– que lo que estaba sucediendo no era más que un castigo de Dios. Que era el fin del mundo que se anunciaba. Que esperáramos más. El que tuviera ojos para ver, viera.

La vida de la ciudad –y del resto del estado– sin lugar a dudas, iba a tardar algún tiempo en volver a la normalidad. Pero pensándolo bien, ese pobre hombre de la estación del ferrocarril y su rebaño eran una parte de este desorden repentino, de esta manifestación tan brutal de la naturaleza, del caos que nos envolvía. O más bien él era una consecuencia de este sacudimiento cósmico que había sufrido el estado, por llamarlo de alguna manera, que tenía su origen en el cielo, en las fuerzas y el misterio del solsticio. Y que era blanco, frío y paralizaba. Y que desde cierto ángulo se le desprendía un resplandor; era algo hermoso y sencillo, elemental, con la consistencia de un signo.

Todavía no era muy tarde cuando inserté mi artículo en la sección de la primera plana que me correspondía. El portento que son las computadoras. Mientras se me enfriaban los ojos para poder salir al viento frío de la calle, limpié mis lentes con mi pañuelo, me tomé muy despacio un café caliente y charlé por algunos minutos con el colega de espectáculos y deportes. Y después que ya estuve en la calle, bien abrigado y satisfecho por un día de trabajo intenso y bien realizado, una fuerza, una voluntad ajena a mí, hizo que mis pasos, sin dudarlos por un instante, se encaminaran hacia la vieja estación ferroviaria.

En menos de veinte minutos estuve frente al montón de borregos muertos, ubicado a sólo unos pasos de los andenes. Los reflectores como que alumbraban más en el viento de la noche, o la luz fría era más pura. Sin duda se trataba de un rebaño que en vida había sido numeroso y próspero, pues del pescuezo del cordero guía –el cual se hallaba hasta arriba– el más grande y seguramente el más viejo y sabio, colgaba un enorme cencerro de bronce, que

brillaba por dentro, pues el golpeteo de su badajo mantenía pulida esa parte. Y su cara como que era la más triste, porque hasta en la muerte tenía que cargar con ese fardo, ese peso extra, esa obligación, y él era el dueño de las orejas que más de cerca habían oído ese llamado monótono y reiterativo.

La lana –muy crecida– de las zaleas del rebaño, lucía sucia, llena de lodo y sangre, como hilachos mal pegados. De pronto parecían borregos mal hechos. El espectáculo era desolador. Tanta muerte y desamparo ahí apilados. Desesperación aplacada. Las cabezas colgaban de los cuerpos como botones de flores marchitos. Sus ojos entreabiertos, un poco fruncidos y ya sin brillo, miraban sin mirar a todos los puntos de la ciudad y del cielo, a todo el universo, pudiéramos decir; y sus bocas, también ligeramente abiertas, pelando las dos hileras de sus dientes parejitos, como que estaban a punto de lanzar una perversa carcajada por la existencia que se les había escapado. Por esa jugarreta del destino. Por el desperdicio que había sido su vida.

Sin embargo, había una cierta belleza –inédita y sediciosa, cuando menos para mí, en todo ese conjunto que yo no me llenaba de contemplar desde todos los ángulos a mi alcance– en la composición de esos cuerpos atravesados unos sobre otros –y tan flácidos– que se acomodaban, que se ensamblaban con exactitud y suavidad entre sí, tan unidos en esa vejación, en esa quietud de la muerte, tan plácidamente durmiendo el sueño más contundente y eterno. Y con su mirada turbia dirigida a todos los puntos del mundo. Que era como una monumental escultura en conmemoración de una alegoría, de un signo consustancial a todo ser peregrino y vivo, que ha experimentado muchos climas, que ha escuchado todos los ruidos del mundo, que en ese momento se me escapaba...

De pronto pensé que ese borreguero era en realidad un artista que nos había traído a exhibir su obra maestra en esta Noche de Navidad. Con la cual nos comunicaba que él no tenía motivos para renacer esta noche, que él estaba muy ocupado escenificando el drama eterno, experimentando una pasión. Que yo estaba, en ver-

dad, frente a una instalación donde participaban el cielo y la tierra de toda esta región.

Mi problema era que no poseía, a lo largo y ancho del estado, con quién comentar ampliamente mi hallazgo. Alguien que lo comprendiera, que tuviera ojos para ver esa montaña de borregos y poder disfrutarla tan dolorosamente como yo.

Dos policías asignados por el municipio vigilaban que nadie se acercara o se los fuera a llevar. El pedazo de patio estaba acordonado. Y el clima de la ciudad era como el interior de un refrigerador que afortunadamente estaba retrasando la descomposición. Pero aun así, un ligero olor a zalea mojada, a cansancio y a sangre andaba en el viento.

—Ya los vinieron a retratar de todos los periódicos, joven —me dijo el policía más grande cuando les pregunté si nuestro fotógrafo ya había estado aquí.

—¿Saben dónde tienen al dueño? Lo quiero entrevistar.

—En la preventiva.

—¿Y a su mujer y a sus hijos también?

—No, a ellos no. No sabemos para dónde habrán ganado.

—Ahora, ¿ustedes saben cómo podría hacerme de ese cencerro? —le pregunté, apuntando con mi dedo índice enguantado a la oveja que se hallaba en la cúspide.

—Está sujeto a una cadena, y la cadena tiene un candado, y la llave la tiene seguramente el ovejero —me contestó el policía.

—¿Lo podré comprar? Al cabo para qué les va a servir ahora.

—No sabemos. Pero sí tenemos órdenes de que nadie se acerque aquí. Por eso estamos cuidando —me dijo el policía.

—¿Usted cree que lo podría comprar? —le insistí.

—No sé. Ya le dije que nomás estamos cuidando —ya estaba impaciente por mis insinuaciones de soborno, de corrupción. Decidí ahí dejarlo y mejor valerme de otros medios.

—Ora retírese —me dijo por último—. No nos traiga más problemas esta noche.

* * *

La mujer y sus hijos se habían ido a refugiarse en el templo neogótico del Buen Pastor. Averigüé que en ese recinto habían pasado la noche. Los mendigos de la ciudad que ahí recalaban se habían vuelto sus custodios desde que empezaron a tener problemas con la policía. La costumbre era que el sacerdote los sacaba del templo temprano, antes de la primera misa, les daba algo de desayunar, y luego los dejaba entrar ya en la noche, cuando cerraba. El sol por fin salió esta mañana. Estaban asoleándose en las escalinatas de piedra de la entrada y comiéndose el pan que sacaban de una bolsa de papel. Desde ahí ellos también miraban a la parvada de zopilotes que al amanecer empezaron a dibujar círculos negros en el cielo de la estación del ferrocarril. Con sus ojos bien pelones escudriñaban ese espacio de la ciudad. Conocían esos signos ominosos. Nunca antes había yo visto la tristeza y el temor haciendo estragos en seres tan inocentes e indefensos. Y tan sólo era la implacable naturaleza que así iniciaba sus labores de saneamiento y limpieza. Cuando me vieron llegar, como si algo malo presintieran, se metieron. Me causó más lástima su situación.

Entré detrás de ellos y me senté en una banca contigua. Dejé pasar unos segundos mientras me acostumbraba a las penumbras de este recinto en el cual nunca antes había estado, a pesar de ser la única torre con campanario —de cantera color amarillo quemado, como si hubiera sido hecha de melcocha— que se mira completa desde cualquier punto de la ciudad. La luz apenas penetraba los espesos vitrales de las largas ventanas a los lados del altar: túnicas rojas, halos dorados, cielos azules y oh, paradójica, rebañados blancos, sanos y bien alimentados por los pastizales de un verde imposible en los reinos de Dios. Ovejas renacentistas, celestiales, de mentiritas, cuyas zaleas el mundo no ensuciaban, al contrario, ellas más lo iluminaban con su resplandor.

Una vieja rezaba casi a gritos en un reclinatorio bajo el púlpito. O más bien era la acústica perfecta del recinto, porque su voz retumbaba diáfana en las naves vacías del templo, como si fueran las mismas columnas y muros de cantera los que suplicaran. Como ruegos y oraciones con voz de piedra.

Me acerqué a la mujer y le susurré casi al oído:

–Señora, no tenga desconfianza. Quiero platicar un ratito con usted. ¿Podemos irnos para afuera para hablar bien?

–No. Aquí dígame –me respondió con la voz quebrada, como si estuviera a punto de soltar el llanto.

–A lo mejor puedo ayudarlos en algo. Mis intenciones son buenas, pero quiero saber cómo pasó, cómo llegaron hasta la estación del tren –le pregunté en voz baja como si la estuviera confesando.

–El señor cura de aquí dice que él va hablar por nosotros. Que nos va a defender. Que el gobierno no nos puede meter a la cárcel. Mi señor no sabía lo que estaba haciendo. Ni yo ni mis hijos. Tampoco le hicimos mal a nadie. Dios sabe que sólo queríamos que no se nos perdieran nuestros animalitos –decía la mujer; y nunca me miró a los ojos–. Es lo único que teníamos para vivir.

–¿Quién los dejó subir al tren, señora?

–Un hombre que venía allí. Mi señor le dijo que los traíamos al rastro. A ver si los querían comprar por ser la Navidad.

–¿Ustedes solos los subieron?

–Y también los bajamos. Y no estaban envenenados como dicen. Se murieron de frío. Después ya se echaron a perder aquí... –y la mujer comenzó a llorar y se tapó la cara con su rebozo. Su cara cocida por el sol. Sus ojos amarillos por la desnutrición. Sus dientes manchados por el agua de aquellas regiones.

–¿Cuánto les cobraron en el tren? –le pregunté después de un buen rato.

–Nada. El hombre que venía allí nos dijo que cuando los vendiéramos le pagáramos –me contestó con su boca tapada por el rebozo.

—¿Qué pasó? ¿Cómo se murieron?

—En la tarde, cuando los bajaron del cerro, ya venían medio muertos. O asustados. Él traía cargando uno en el lomo. Y en el corral empezaron a pelearse, a darse topes entre ellos. Gemían como niños chiquitos. Mi señor y los muchachos también estaban fuera de sí. Andaban como desesperados de un lado para otro porque la nieve empezó a enterrar a los que se echaban de tan cansados. Paraban uno y se les echaba el otro: era el cuento de nunca acabar...

—¿Por qué estaban así?

—Estaban asustados. Tenían frío y no habían comido en días, la nieve tapaba todas las yerbas. No había qué comer. Nosotros también teníamos mucho miedo.

—¿Y luego?

—Nada. Ya le dije que los enterró la nieve y se murieron. Y los desenterramos y los echamos al tren. Nunca hubo tanta nieve.

—¿Cómo los llevaron al tren ya muertos, señora?

—Las vías pasan cerquitas del corral donde las guardamos en la noche.

La mujer no quiso salir a las escalinatas que bajan a la calle ni decirme más. Después, desde la sala de redacción traté de comunicarme, vía telefónica, con el señor cura del templo durante ese día y no lo conseguí hasta muy entrada la noche. Por su voz, supe que se trataba de un hombre joven, muy ocupado y activo. Me dijo dónde tenían al borreguero y con quién debía hablar para entrevistarlo, aunque me recomendó que mejor no lo hiciera, ya que el pobre hombre estaba bastante trastornado. Y luego me relató lo que él personalmente estaba haciendo para liberarlo y reubicar a la familia completa en su lugar de origen. De paso me invitó a que participara en una asociación civil de ayuda humanitaria que estaba formando y luego me echó una larga perorata sobre las injusticias, sobre la corrupción e irresponsabilidad en las instituciones que deberían de ver por la agricultura y la ganadería, sobre la negra situación por la que pasaban los campesinos del estado, sobre la

decadencia de nuestro medio rural, de nuestro campo –por la negligencia criminal de los políticos– por enfermedad, hambre y corrupción. Me pintó un mundo tan negro que por un momento creí que él y yo vivíamos en diferentes países. Cuando le pregunté si él no estaba de acuerdo con lo que me había dicho el señor obispo, apenas hacía dos días, que esto era el fin del mundo que así se anunciaba, un castigo de Dios, el sacerdote, de por sí exaltado, se había exaltado tanto más que me dijo:

–Usted y yo no nos vamos a hacer pendejos solos, compañero. Los que se están acabando son los campesinos, la justicia, el amor al prójimo, o sea la conciencia social. Y usted y yo sabemos quiénes son los culpables, quiénes roban y no hacen lo que deberían de hacer. Que aquí nadie se interesa por las desgracias de nadie, porque estamos cubiertos por una concha de egoísmo. No tenemos caridad ni misericordia.

* * *

Me costó mi trabajo y mi dinero, pero al fin allí estaba, ya era mío. Nada es imposible para un verdadero coleccionista. Había limpiado y pulido el cencerro. Y brillaba de una forma regia, desacostumbrada en los demás, aunque tenía el mismo sonido áspero, ronco, masculino, terrenal, que yo atribuyo a su forma de pirámide, lo cual lo diferencia de una campana, cuyo tañido debe de ser aéreo, femenino. Sentía que cada vez estaba más pesado y grueso, que mi continuo entusiasmo por él le incrementaba el peso. Campano, carlanca, esquilón, changarra, lo nombraba el diccionario. Tenía la voz del pastor en mi poder, el hermoso instrumento de su llamado, la voz que sus ovejas entendían. La guía del rebaño.

Era muy antiguo. Estaba remendado con remaches del mismo metal, también de bronce, y golpeado, con abolladuras. Tenía tres parches. Procedía del rumbo de los llanos de Cañitas. Mi experien-

cia me dice que en esa parte del estado se encuentran los más viejos. Algunos son todavía coloniales, el trabajo es dar con ellos, pero allí andan, y muchos aún en servicio; otros estarán arrumbados en algún cuarto de los tiliches. Llegaron en el siglo dieciséis, y a lo mejor muchos de ellos para entonces ya eran viejísimos. No sé a qué se deba, pues de pronto me obsesiono por cierto objeto, y el no tenerlo se vuelve como un malestar, que hasta que no lo tengo en mi poder vuelvo a hallarme contento. Pues también colecciono, aunque en menor medida, herraduras y espuelas. Y si bien hay momentos en que pienso que al coleccionarlos los saco de su ámbito, de su circunstancia, y los pongo en un mundo donde son inútiles, que los dejo mudos, no puedo hacerme a la idea de que anden por el mundo sueltos, yo sin ellos, si a mí me gustan tanto. Los busco con la misma pasión con que busco una buena noticia que me explique aunque sea una pequeña fracción de los mecanismos del mundo. Mis amigos me dicen que atrapo, confisco, retengo, cosifico y que eso es malo. Que silencio. Que no dejo fluir. Que no es bueno cambiar de lugar las cosas del mundo, que todos los objetos del mundo deben de estar donde deben de estar, haciendo su función y no otra. Llevando a cabo un destino entre todos, incluidos nosotros.

Yo me defiendo, argumentando que ellos hacen exactamente lo mismo con el silencio y los sonidos. Con la música, pues. La cambian también de lugar. Peor aun, ¿por qué escuchan, por ejemplo, los corales *Nunc dimittis* de Burgon en una reunión de amigos, o mientras hacen el amor, si fueron compuestos para las catedrales, para las liturgias sagradas? O a Palestrina o a Victoria, que para el caso es lo mismo. ¿No están desterrando o aplacando el mensaje primigenio, profanando lo devocional?

Y ya sé que estos objetos (mis cencerros) son un adorno inútil, cursi, y a veces muy caro –¿qué verdadero adorno no lo es?– pero los uso para detener discos, libros y revistas en los libreros, otros los tengo distribuidos en las mesas y bien acomodados

por tamaños en las vitrinas. Se reflejan y se multiplican en muchos espejos. Mi sala es un recinto único, no hay otro como éste en todo el estado. He invertido en ellos una fortuna. A veces creo que solamente trabajo para hacerme de esas chatarras. Pero me gusta pulirlos, tenerlos en mis manos y contemplarlos por largos ratos, mientras pienso y me imagino que son la voz que sonó en el valle, en la montaña, en el desierto. Que fueron rumbo, dirección, guía en la oscuridad, en la tormenta, después en la niebla, así como en los días claros, llenos de luz y de abundancia en los pastizales del verano; que su sonido significó, al igual para el cordero joven como para el viejo, la alegría, la seguridad, la dicha de pertenecer a un rebaño. Y también se me vienen a la cabeza locuras como el número de veces que habrá sonado cada uno desde que existe como cencerro, las distancias que habrá recorrido, el número de cuellos que lo habrán transportado y de orejas que lo habrán escuchado. De pronto tengo la convicción de que son sagrados, como ciertas palabras, como ciertos espacios.

Sin embargo, esta última adquisición inusitadamente había abierto un universo de posibilidades. Era como si todos mis cencerros hubieran sido un largo camino que me había llevado a este último. Que ellos habían sido una preparación para que llegara éste; con los otros ensayé, preparé su llegada. O ellos fueran el imán que lo atrajo, o la atmósfera que necesitaba para venirse a vivir conmigo.

* * *

Esa misma semana, un amigo de mi amigo Isidro, apodado el Alquimista, que había pasado a mi casa para de aquí irnos juntos a la fiesta de fin de año, cuando se lo mostré y lo tuvo en sus manos, sin vacilar y muy serio, como si yo hubiera hecho algo malo, me dijo:

—Pero esto es oro puro —y me miró a los ojos como pidiendo que le dijera a quién se lo había robado.

–¿Qué? –le pregunté, al tiempo que se lo quitaba de las manos.

–Es de puro oro. Te lo apuesto. ¿De dónde lo sacaste?

Lo puse bocarriba y parecía un cáliz de consagrar en mis manos. Y yo a punto de dar la eucaristía.

–Y esas como abolladuras que se le ven aquí, ¿sabes qué son? –me preguntó más entusiasmado.

–Ni idea...

–Ahí tuvo incrustados brillantes, perlas y otras piedras preciosas.

Me dejó con la boca abierta. No sabía qué pensar de él, de mi cencerro y todo el conocimiento que presumía tener sobre éste.

Y para colmo, o para agrandar el misterio y mi asombro, esa misma noche, en la casa de Isidro, durante la fiesta, su mismo amigo, el Alquimista, me contó que existía una leyenda que aseguraba que un viejo minero irlandés, a principios del siglo dieciocho y contratado por los terratenientes españoles, había llegado a los minerales de Zacatecas con el Santo Grial de contrabando. Y que nunca más se había sabido de su paradero.

A la mañana siguiente, muy temprano, llevé mi cencerro con un joyero de confianza, en el centro de la ciudad, para que le hiciera la prueba del ácido. El resultado fue positivo. Oro.

Cuando iba caminando rumbo a mi departamento, apretando contra mi pecho el cencerro que llevaba envuelto en una franela, no podía dejar de pensar en el infeliz borreguero, que me permitieron visitar en la enfermería de la cárcel dos días atrás, y con el cual no había podido hablar, ya que no escuchaba y solamente repetía fuera de sí y como disco rayado que tenía que salvar a su rebaño, o de perdida sus zaleas, que teníamos que quitarles las zaleas para que no se pudrieran, y luego:

–Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen...

* * *

Dos días después fui nuevamente a la enfermería de la prisión y nadie me supo o me quiso decir dónde estaba ahora el borreguero. Me urgían más datos sobre el origen del cencerro: desde cuándo lo tenía y cómo había llegado a él. Luego subí lentamente las húmedas escalinatas del templo –donde esa porción de la grey descarriada, enferma y sucia tomaba el sol, pastaba– con la esperanza de encontrarme ahí o en el interior a la mujer y a sus hijos, y nada. Al bajar, la campana mayor de la torre comenzó a tañer, sus vibraciones metálicas penetraron mi cabeza y todo mi cuerpo y en un momento creí que me derrumbaba como los muros de Jericó. O como si fuera bajando por las escalinatas de una pirámide y escuchara con todo mi ser los tambores del sacrificio. Por la tarde traté de localizar al señor cura y un clérigo sustituto me dijo que había salido de la diócesis por órdenes del señor obispo. Ni idea tenía de cuándo iba a regresar.

A los tres meses, también yo me fui de la ciudad con mis cencerros. Todos bien envueltos en papel periódico.

Un regalo de Navidad

A Alejandra Herrera

UNO DEBE DE pararse de la mesa con un poco de hambre. Nuestro cuerpo es un tubo de carne insaciable. Mi madre no probó bocado. No le gustó el aspecto que al final tenía el pato. Ni yo tampoco comí. ¿Porque no comí, por desperdiciar la comida, Dios me castigó y ahora me tienen amarrada de las manos a esta cama, bocarriba, mirando al techo, a las vigas donde está pegada, con sus enormes alas extendidas, una mariposa negra que se va a dejar caer en cualquier momento para picarme y matarme? Por Dios que fue un mal año, un año horroroso. La banda estatal tocaba unas marchas tan tristes, que nos ponían a llorar con más ganas. Y el que vivía de los que se hartan decía:

–Uno debe de pararse de la mesa con un poco de hambre.

Mi padre, el matancero de Tepetongo, iba por la vida recitando dichos. Era un moralizador aguerrido. Y esa costumbre le había ganado el respeto de algunas gentes, aunque por otro lado también le había convertido en el blanco de muchas burlas que, claro, casi siempre, si no eran menso, se hacían a sus espaldas. Pues la gente decía que daba el consejo y se quedaba sin él. Y por alguna razón el dicho que más me gustaba era el que más recitaba: “Uno debe de parase de la mesa con un poco de hambre”. Era un dicho sencillo, pensaba yo, pero un poco cruel, pues invitaba a dejar algo tan placentero como la comida a la mitad, en aras de una disciplina que entonces yo no entendía bien a bien. Y viniendo de la boca de un hombre obeso, como era mi padre, bien gordote, a la gente le pare-

cía el colmo del descaro, porque les sonaba a contradicción, a hipocresía; la verdad sea dicha: mi padre se oía cómico y grotesco. Él, que vivía de los que se hartan, los egoístas, los voraces: los cerdos. Era matancero. Pues a éstos los hacía comer día y noche para que pronto estuvieran listos para la matanza. Les tenía encendidos los focos del corral toda la noche para que comieran cada vez que se despertaran. Parece que lo estoy oyendo: Ve y apágales la luz; que no se desperdicie, ya está amaneciendo. Él mismo decía otro dicho más cercano a su oficio: "Hay que ser cerdo, pero no tan trompudo". Sin embargo, nadie se atrevía a contradecirlo o a burlarse de él en su mera cara, pues nadie estaba libre de no pedirle un favor y que después no se lo concediera, si no es que ya se lo debía. Toda la gente le debía favores. Por eso cuando se murió se sintieron libres. Ya sé, ya sé, lloraban de alegría. O se burlaban de mí, la burlada por su novio, la dejada. Se me fue de las manos, se me zafó. El mundo entero se me escurría entre los dedos de mis manos. Los dichos de mi padre siempre eran una enseñanza oportuna, aunque muchas veces en el momento de expresarlos él pareciera petulante y superior. Pero no tenía nada de superior ni de poderoso. No pudo hacer regresar a mi novio ni a mi hermana.

Ese año había empezado con un mal signo; muy al principio me empecé a volver olvidadiza, todo se me olvidaba, se me borraba de la mente; vamos a poner por ejemplo: me dirigía a algún lado, adentro de la casa y a medio camino me sorprendía preguntándome a dónde y a qué iba; me tenía que regresar o quedarme ahí parada un buen rato, como zonza, hasta que recordaba mis intenciones y mi destino. También las cosas se me empezaron a caer de las manos: un traste, un peine, un plato de comida. Así se me cayó mi novio, pues.

Mi padre murió repentinamente en septiembre; iba cruzando el patio de nuestra casa con el cucharón de la báscula lleno de azafrán en las manos. Cayó fulminado por el rayo de un infarto. La vida también se le zafó de las manos. ¿O se le olvidó que tenía vida en

ese momento en que rodó por el suelo? ¿Cuando uno muere simplemente se le olvida que estaba vivo y ya? ¿Se le borra de la mente que un día estuvo vivo? Vino un mundo de gente de todas partes a su velorio. Sus amigos y clientes que tenía regados por todo el estado. Hasta el señor gobernador mandó la banda estatal a tocar marchas tristes en su entierro. Esa tarde yo había llorado mucho. No por su muerte en sí, lloraba por tanta gente que estaba llegue y llegue. Lloraba porque él era muy querido; me di cuenta entonces que era muy querido y que toda esa gente había oído y aprendido de sus dichos. Y la música nos derretía el corazón como si éste estuviera hecho de manteca de cerdo.

Habían venido hasta los que hablaban mal de él, los que decían que dos cerdos se habían quedado a vivir dentro de su cuerpo –por lo gordote que estaba–, uno adelante y otro atrás, que esos cerdos se le habían metido en su propio cuero, que se habían metido dentro de él, que los llevaba a cuestras como castigo por todos los que había sacrificado a lo largo de su vida. Y si nos pusiéramos a pensar ¿cuántas vacas o cuántos cerdos enteros nos hemos comido a lo largo de nuestra vida? ¿O cuántos cientos de pollos y gallinas han pasado como volando por este tubo insaciable que es nuestro cuerpo? Uno no debe retener nada y a mi padre se le quedó atorado un cerdo completo.

Díganme si no tenía experiencia... por eso sus chicharrones, chorizos y embutidos eran famosos en kilómetros y kilómetros a la redonda, de todo el estado nos llegaban pedidos de chorizo y de chicharrón prensado. Sus recetas para prepararlos eran un secreto que sólo él sabía. Decían las malas lenguas que ni en su mismo lecho de muerte iba a soltar la receta de sus embutidos. Que sus mismos gusanos se iban a comer sus secretos en la tumba. Que ni a nosotros, sus hijos, ni a su mujer nos los iba a confiar. Y finalmente esas lenguas ociosas tuvieron razón. ¿No habrán quedado esas recetas en el cucharón de azafrán que llevaba? ¿Dónde las habrá puesto?

Para llevar a cabo su oficio de matancero él mismo decía que tenía que esculcar todos los corrales de las rancherías alrededor de Tepetongo. Se subía a su troca con su romana y su cajita de dinero y se iba rancheando compre y compre cochinos de todas las razas y colores, flacos y gordos; los primeros los metía a la engorda y los otros a la matanza. Colgaba su romana de la rama fuerte de algún mezquite y se ponía a pesar, a pagar y a subir puercos a la troca. Llegaba ya bien tarde con un griterío de cochinos apretujados y chillones, roncós de tanto gritar. Sin embargo, muchos rancheros llegaban hasta las puertas de la casa a vender sus manadas de cochinos. Y por las mismas puertas, días después, salían convertidos en embutidos o en las latas de cuatro hojas llenas de manteca.

Pero poquito antes de que llegara la primavera de este año los vientos de febrero trajeron esa enfermedad, esa epidemia, que los mataba en sus propios corrales. No había vacuna ni remedio que pudiera salvar a esos pobres animalitos. Como si por las noches mil matanceros despiadados volaran sobre los corrales de todos los municipios pegados al nuestro haciendo matazones.

Muchos rancheros, ante la inminencia de la muerte de sus animalitos, dentro de los cuales seguramente guardaban sus ahorros, llegaban apresurados hasta las puertas de la matancería para deshacerse de ellos; pero cuando no se les morían en el camino se morían aquí llegando. Mi padre les decía que no trajeran más muerte a las puertas de su casa, que ya no iba a comprar ni un solo cochino más hasta que pasara la maldita andancia. Todo el municipio se desangraba. Hubo tal contagiadero y moridero que hasta a mi padre le tocó. De todos los corrales del municipio entero salía esa pestilencia nueva que muy pronto se acomodó en nuestras narices. ¿Era un pecado de Dios? Ni un cochino para remedio.

Había sido un año de pérdidas dolorosas. Y como a principios de noviembre mi madre y yo habíamos empezado a hacer un balance de todo lo que nos había pasado. Pensábamos que a partir de

ese año nuestra vida iba a ser cuestabajo. Por lo tanto queríamos que pronto terminara. Cuando llegó diciembre dimos un leve respiro de alivio. Pues los primeros meses habían estado marcados por una epidemia que como ya dije asoló la región. Los cochinos se empezaron a morir y hubo grandes pérdidas y carestía de carne y de otras cosas. Ni un cochino para remedio. Olía a carne podrida, envenenada, por todos lados. Y el olor de los cerdos se metía en nuestras cabezas. Luego mi padre murió repentinamente y los meses del luto nos parecieron interminables. Y para colmo de los males, a mediados de la segunda mitad del año mi hermana más chica huyó con mi novio para Los Ángeles, dejándonos a mi madre y a mí sintiéndonos todavía más desamparadas, y ridículas y burladas. Y las lenguas ociosas de Tepetongo bien atareadas. La casa se nos volvió como un vestido viejo o como unos zapatos viejos que nos quedaban grandes.

Mi madre me había dicho, dos días antes de Navidad, que preparáramos algo sencillo para la cena después de misa de gallo, en fin que éramos las dos nada más, y si acaso Tomasa y Julián, los dos que nos ayudaban en la casa. Ya había encargado un pato grande y gordo de los que criaban los ejidatarios en la presa de Víboras. Y había dicho que nos lo íbamos a comer asado y relleno de chorizos rojos y negros. Me dijo: vamos a juntar el cielo y la tierra.

Secretamente, desde muchos días antes me había hecho el propósito de no comer mucho por estos días cercanos a la Navidad, porque cada año, cuando terminaba diciembre, siempre pesaba tres o cuatro kilos de más. Y luego que no teníamos nada qué celebrarle a ese año.

Y es más, en el momento de sentarnos a la mesa repasaba en mi mente la intención de pararme todavía con hambre.

* * *

Al primer contacto de la sidra con mi lengua, como si se tratara de una reacción química, repentinamente se desgranó el dicho de mi padre en mi mente —escuchaba su voz clara y precisa que sacudía mis adentros, lo veía incluso gesticular— los significados de su dicho me llegaban atropelladamente, como un regalo de Navidad. Pues ese dicho había andado flotando en mi mente todo el verano, estaba ahí preso, atrapado, no había forma de expulsarlo y deshacerse de él, como una enorme mariposa negra pegada a las vigas de la troje en las que se ha convertido mi mente —¿estoy en la troje de la casa?—, se quedaba por unos días quieta, pegada a la madera, luego se despertaba y echaba a volar removiendo con el aire el polvo de esos lugares. Y ese dicho en el momento más inesperado se configuraba y brincaba hasta mis labios y lo tenía que repetir en voz baja para que se saliera de mí y me dejara en paz, o como si fuera una oración milagrosa, un conjuro poderoso que me iba a cambiar la vida y el mundo para siempre. Aquella noche de Navidad sentía como si mi mente estuviera desenvolviendo un regalo envuelto en las palabras del mentado dicho, un regalo que mi padre me había hecho mucho tiempo atrás envuelto en las palabras de su dicho más querido. Y me urgía a que lo destapara. De pronto descubría que uno debía levantarse de todas las mesas todavía con muchos deseos, a medias satisfechos. Uno debía levantarse de la mesa con un poco de hambre, también significaba no vivir de más, irse de la vida con ganas de seguir viviendo, como él lo había hecho; no amar de más, alejarse del amor con deseos de seguir amando; irse de una ciudad sin haberla conocido bien; uno debe de pararse de la cama con un poco de sueño; uno debe dejar el lecho del amado con deseos. Era un buen tiempo para aprender que nuestro destino es la añoranza, la insatisfacción y el hambre a medias satisfecha. No nada más nos decía no comer más, nos decía que no hay que agotar las ganas, los deseos; no llegar al hartazgo. Había que retirarse a tiempo, un poco antes. Me decía también que había que borrar de nuestros pensamientos a nuestros muertos aunque toda-

vía nos queden ganas de llorar; había que retirarse del dolor, darle la espalda al pesar antes de que se acabara. No satisfacer las ganas de llorar por nada.

Ahora me explicaba por qué cuando íbamos a cualquier fiesta éramos los primeros en abandonarla; y después nuestros amigos decían que cuando nosotros nos íbamos significaba dos cosas: que la fiesta pronto iba a terminar y que comenzaba la segunda parte, la más aburrida, la decadencia. Que cuando partíamos se podía hablar de un antes y un después de la fiesta, que con nuestra actitud printábamos una raya.

Uno debe irse de la fiesta sintiendo que no debe irse todavía.

Mi madre no probó bocado. No le gustó el aspecto que tenía el pato.

Ni yo, finalmente. Mis deseos eran llegar al extremo de no comer nada. Que nada me hiciera falta; no tener necesidad de nada. Me paré de la mesa y los demás –mi madre Tomasa y Julián– se quedaron ahí platicando.

Juguemos a ser Dios

A Joaquina Rodríguez Plaza

TODAVÍA NADIE HA podido explicarme satisfactoriamente por qué el excremento de los gatos es tan repulsivo en cuanto a su olor, apariencia e inutilidad (no se puede usar como abono, por ejemplo) que hasta ellos mismos lo entierran en el mismo acto de desecharlo. Bueno, pero esta duda sólo está en parte relacionada con lo que voy a contar.

Todo empezó como una puntada de borrachos en el mesón La Mina, aunque la verdad es que esa vez estábamos tomando moderadamente. Para ser más exactos, era la noche del 23 de diciembre del año pasado. Y ya casi para irnos, salió de la bodega la pobre gata toda trasijada con su nueva camada de cinco gatitos recién nacidos. El dueño, que también es nuestro amigo, nos comentó que él no necesitaba tanto gato para su local, tres ya estaban apartados, tenían nuevo dueño, y que pensaba sacrificar dos si nadie se interesaba en ellos; los más feos: curiosamente uno negro y uno blanco. Fue cuando Isidro se paró con su cerveza en la mano y, haciendo que brindaba con los animalitos, dijo:

–Juguemos a ser Dios esta noche.

Hizo una larga pausa y después agregó:

–A ellos les vamos a quitar a su madre y a ella le vamos a quitar a sus hijos. Esta noche vamos a jugar a ser Dios. Y a ver qué pasa.

Y acto seguido le pidió al dueño que le pusiera todos los gatitos en una caja, que él se interesaba en ellos, que por primera vez en su vida iba a hacer un regalo de Navidad único y totalmente inútil: a

esas criaturas tan desprotegidas y tan jóvenes y ya condenadas a muerte, les iba a regalar la vida y el sustento, que se los iba a llevar a su casa. Jorge y yo tratamos de convencerlo de que se estaba echando a la espalda otra responsabilidad, que además era inconveniente juntarlos con sus pájaros. Pero ya borracho, uno es terco y no mide bien las consecuencias. Aunque, repito, no nos encontrábamos todavía borrachos, pues estábamos dejando espacio para poder aguantar más en la fiesta de Navidad.

Juguemos a ser Dios, Isidro se la pasó diciendo el resto de la noche, pues no fuimos capaces de pararle y seguimos la parranda en su departamento, después de que el dueño nos despidió del local con las de la casa, un abrazo de feliz Navidad y muchos otros buenos deseos a nosotros, sus clientes más fieles.

Isidro tenía un departamento muy bonito en el último piso de un edificio que estaba por el rumbo de la vieja cárcel estatal, arriba del ex convento de San Francisco. Era una verdadera tortura –tanto para los humanos como para los coches– llegar hasta allá. Zigzagueando se tenían que escalar esas calles angostas y bien empinadas. Y como si eso no fuera suficiente, después uno tenía que echarse cuatro pisos de escaleras sin pasamanos. Pero una vez traspasado el umbral todo era ganancia, pues Isidro era la persona más generosa que nadie hubiera conocido. Su enorme refrigerador siempre estaba lleno de comida, sobre los quemadores de la estufa siempre había cuando menos dos sabrosas cacerolas que él mismo había cocinado. Y su bar era una fuente inagotable de embriaguez y variedad. Pues ganaba muy bien, era muy trabajador y disciplinado. Todo el mundo en Zacatecas era su amigo y todo el mundo lo quería. Era soltero y juraba que jamás se haría cómplice para traer a otro ser humano a este mundo tan pinche. Eso sí, le encantaba coger, no dejaba pasar ni una semana sin sus dos palos, si no, decía que le daban unos dolores en la cabeza y el bajo vientre. Pero sólo cogía con putas, en la zona lo adoraban, y ellas le decían el Gallito, porque sus eyaculaciones eran tan rápidas como las de las aves, a

las cuales él tanto protegía. En suma, tenía un alma tan grande y hermosa como su guacamaya blanca, la reina de su casa, que se había encontrado herida en la huasteca potosina, cuando hacía su servicio social.

El departamento tenía una vista privilegiada de la ciudad. Abajo se veían los techos, las cúpulas de cantera rosa y los amplios jardines del ex convento; enfrente el cerro de la Bufo, casi se podía tocar con la mano su crestone de piedra, y el viejo observatorio se veía muy cerquita. A la derecha, toda la cañada como si la ciudad escurriera en un torrente de luz y piedra. Sus fiestas eran famosas porque desde cualquier lugar de la amplia sala se veía el tenderete de luces de toda la ciudad. Daba la ilusión de que uno estaba en el corazón de los acontecimientos.

La sala, con amplios ventanales, como que flotaba sobre la ciudad en esas noches inolvidables; cargada a reventar de alegría, de juventud, de euforia, de música, de futuro, con la seguridad que da la bendita ignorancia característica de esa edad: pensar que uno siempre va a estar joven, que el mundo no cambia y el tiempo no corre. Ese estado de beatitud que Dios nos da y luego, inmisericorde, nos quita. Nadie que sufriera de fobia a las alturas se atrevería a salir al balcón que le daba prácticamente toda la vuelta al departamento, pues éste era como un columpio sobre la ciudad, como ir sobre la canastilla del teleférico toda la noche sin parar. En ese entonces nadie se daba cuenta de que Isidro y sus fiestas se iban a convertir en una señal en el camino de nuestra generación.

En la sala solamente había sillones, muchos sillones de cuero de diferentes estilos y edades, seguramente desechos de oficinas en otro tiempo modernas, y una puerta vieja de hacienda, apolillada, servía como mesa de centro, acomodada sobre las cuatro bocinas del modular que se manejaba desde su recámara. Sobre la mesa había ceniceros y una gran cantidad de platos llenos de agua unos y de semillas, otros. Esa sala era una auténtica selva, un invernadero: había plantas en macetas colgadas del techo y muchos árboles y

enredaderas plantados en barriles y macetones por todo el departamento. La guacamaya blanca tenía su percha frente a la puerta corrediza del balcón y como veinte periquitos australianos, y otros tantos canarios y gorriones, vivían libres en la sala, algunos tenían sus nidos con todo y huevos en las ramas de los árboles, o vivían en jaulas abiertas. En los balcones tenía bebederos colgados con formas de flores llenos de agua azucarada para los chuparrosas. Sobra decir que había mierdas de pájaro por dondequiera; y aunque Ísidro tenía una señora que le limpiaba la casa dos veces por semana, las marcas estaban embarradas sobre los sillones, en el piso y en los quicios de los ventanales que permanecían siempre cerrados. Y para colmo, tenía un alicante y una vieja tortuga que había salvado de un atropellamiento, una vez que pasaba por la carretera a la orilla de la presa de Vísboras, los cuales de vez en cuando salían de sus escondites para horrorizar a los invitados. Cuando en las madrugadas los pájaros empezaban a cantar, sus invitados sabíamos que era el final de fiesta, la hora de partir y bajar a la ciudad, a la vida diaria; y uno agradecía su hospitalidad, la oportunidad que nos había brindado de escapar por algunas horas a un lugar diferente, mágico, en compañía de gente embellecida por la inteligencia.

La guacamaya había aprendido a sostener un cigarro de marihuana con los dedos de una de sus patas, se lo llevaba al pico y hacía como si fuera a fumárselo. Los periquitos y los canarios eran muy confianzudos, se posaban sobre los hombros, las cabezas y los brazos de los invitados. O de repente pasaba una parvada de gorriones sobre nuestras cabezas. Volaban de un rincón a otro.

Todos esos pájaros se los había encontrado enfermos o heridos o los había rescatado de algún lugar o de otro. Del mercado de Fresnillo, por decir algo, trajo cinco gorriones que un vendedor tenía apiñados en una pequeña jaula en un rincón oscuro. Y un periquito australiano, que él llamaba el pájaro de mil colores, lo correteó toda una tarde hasta que lo atrapó en los jardines del ex convento.

Uno estaba como encapsulado en ese microcosmos. El resto del mundo se veía y se sentía diferente desde ese lugar. Isidro era un creador de atmósferas, un dador de dones. Mira que meter una selva dentro de una casa enclavada entre los peñascos, rodeada de páramos y esterilidad. Era como si él te prestara unos lentes de realidad virtual en los cuales todos cabíamos. Estar ahí era hacer un viaje que él dirigía y patrocinaba. A mí me había dado una llave de su departamento.

Después de sus fiestas, a uno le quedaba un ligero y agradable dolor en los músculos del estómago y otro en las mandíbulas de tanto reírse. Isidro tenía un sentido del humor insuperable: todo lo que veía y oía lo transformaba en chiste. Como que la vida era un gran chiste que compartíamos con él.

Por esa razón era muy común oír de la boca de sus amigos frases como éstas:

–Hay una fiesta en el Arca de Noé.

–¿Cuándo fue la última vez que estuviste en la huasteca zacatecana?

–Dejé olvidado un disco en el paraíso.

–No te vi este sábado en la isla de Robinson.

–Vamos a visitar al eremita Gregorio López.

–¿A ella? La conocí en un zafari.

–Me lo juró en el Edén.

–Fue una discusión, una madrugada en el zoológico.

–Del jardín de las delicias nos fuimos a un hotelucho de mala muerte.

Jorge, Isidro y yo nos habíamos conocido en las oficinas de la maquiladora. Los tres éramos egresados de la universidad pero ahí todavía no nos conocíamos. Corrimos con la buena suerte de haber terminado la carrera justo en el momento en que empezaron a poner maquiladoras en el corredor industrial de Fresnillo-Calera. Y así, de repente, de la noche a la mañana, como sin ningún esfuerzo, nos vimos con un buen carro de la compañía, muchas prestaciones

y dinero de sobra, gracias a Dios. El mundo era nuestro. De una quincena a otra no nos alcanzábamos a gastar todo el sueldo.

Aunque los tres éramos buenos amigos, Jorge estaba en las antípodas de Isidro. Era la persona más tacaña que yo he conocido. Y su tacañería llegaba a extremos como éste: nunca aceptaba nada, por más insignificante que fuera, para no verse comprometido a tener que dar algo después él mismo. Fumaba como horno de ladrillero, pero si se le acababan los cigarros en una fiesta, nunca aceptaba uno aunque se tuviera que pasar algunas horas sin fumar. Sin embargo, le gustaba la gente, quería mucho a Isidro; y disfrutaba de la conversación con quien fuera, como si eso no implicara dar y recibir. Isidro decía que era un cuate muy solidario, inteligente y servicial; y lo que eso quería decir sólo Isidro lo sabía. Jorge iba a sus fiestas, no fallaba ni a una, pero llegaba con las cervezas exactas o la botella o botellas de vino tinto que se pensaba tomar durante la velada; incluso llevaba sus propias botanas.

Isidro decía que le gustaba sólo la gente inteligente. Que no había espectáculo más disfrutable que el que una mente inteligente daba. En la madrugada, ya medio borracho y acariciando uno de sus gatos, gritaba que amaba a sus amigos por su pura inteligencia. Que la inteligencia era el único mundo posible. Que el hecho de que una mujer o un hombre tuviera en su cuerpo un espacio consagrado a la inteligencia justificaba cualquier villanía, o que el mundo estuviera como estaba. Que de ese espacio, de ese sagrario, escurría el mundo, tanto lo bueno como lo malo. Y no explicaba más.

* * *

Pero desde aquella noche de diciembre en el mesón La Mina, los gatos se volvieron el centro de su atención, los adoraba. Ese año empezó colgando dos calendarios de gatos en su cocina y comprando libros sobre gatos. Con los meses, los descriados animalejos iban

creciendo rápidamente, y eran ya los dueños de la sala, el baño y la cocina. Dormían a los pies de su cama. El departamento empezó a apestar.

No los disciplinó a tiempo y muchas veces escarbaban y se cagaban y meaban en los macetones, a pesar de que tenían sus charolas de arena en el baño y el balcón. Pudrieron la tierra, de la cual salía un olor que picaba en la nariz. Se colgaban de las enredaderas, de los árboles, de todas las plantas; hacían destrozo y medio. Y él, en vez de molestarse, todo lo que ellos hacían le parecía gracioso y el colmo de la elegancia. Isidro parecía imperturbable como un chac-mool. Decía:

–Los gatos eran sagrados para los egipcios. Eran dioses.

Y ahora, nos recibía sentado en un sillón acariciando el lomo de uno de sus gatos. Sus conversaciones se volvieron un poco aburridas y reiterativas, pues todo el tiempo hablaba de las costumbres, gracias, travesuras y nuevos descubrimientos y sorpresas de sus felinos. Decía:

–Es como tener un tigre y una pantera en la casa. Qué maravilla, además son muy buena y grata compañía.

En las reuniones, pues, sentado con su gato en el regazo, le dio por mojarse el dedo índice con lo que estuviera tomando y untárselo al gato en el hociquito, éste hacía gestos y desplegaba su enorme lengua para limpiarse el líquido. Decía: los voy a volver alcohólicos, para que toquen el fondo gatuno. Y sí, una madrugada, ya borracho, el blanco salió corriendo por el balcón y de un brinco se fue al vacío. Todos bajamos despavoridos a la calle, pero afortunadamente no le había pasado nada: vaya si son flexibles esos bichos.

–Hay un cuento de Kipling para niños –nos decía una noche– que narra la domesticación de los animales y cómo éstos se sometieron al hombre menos el gato. Cuando le toca a éste negociar su relación con los humanos, es el único que hace un convenio, pacta: no se someterá, estará en la casa como un huésped con privilegios, y gozará además de entera libertad.

También vimos cómo paulatinamente iban acabando con todo. Él no percibía los cambios como es natural. El escenario se iba transformando. Lo lamentábamos con cierta nostalgia. Como que ya no era lo mismo estar ahí. Sentíamos que estábamos en otra casa. Incluso Isidro había cambiado un poco, y esto no lo podría explicar bien: seguía siendo muy generoso, pero algo alrededor de él se había modificado para mal.

—En el siglo diecisiete —nos contó Isidro otra noche, mientras miraba con ojos de enamorado a uno de sus felinos—, un obispo de Zacatecas excomulgó a su gato, porque éste se había vuelto tan curioso que un día que celebraba una misa, brincó al altar para mirar de cerca lo que estaba pasando.

Lo primero con lo que acabaron esos feroces animales fueron los reptiles. El alicante fue al primero que se echaron. Aunque se salvó un tiempo, porque cuando ya estaban, vamos a decir, adultos los gatos, al principio del verano, a Isidro le dio por hacerles unos regalos de vez en cuando: compraba ratones blancos en el mercado y se los soltaba en el departamento. Casi no les duraban nada. El alicante tuvo la suerte de enguayirse entero uno, después se metió a los entresijos de uno de los sillones de cuero y salió tres meses después, cuando ya lo había digerido, a cumplir su destino mortal en las garras de los pequeños y hermosos diablos. Porque lo que sea de cada quien, estaban bien bonitos.

Una noche que llegué al departamento estaban todas las luces apagadas. Isidro, tirado en su cuarto medio dormido, en medio de un intenso olor a mota, no se había dado cuenta que sus gatos —no sin poco trabajo, a juzgar por el reguero de sangre que hicieron por toda la sala— habían logrado sacar a la pobre tortuga de su concha para comérsela. Pero mi espanto mayor estaba en la forma que después esos animales me miraban, en lo siniestro que había en el brillo de sus ojos, como si por sus cabezas estuvieran pasando pensamientos terribles que quisieran comunicarme.

Isidro decía: es natural que así sea. Uno no puede ir contra la naturaleza, son cazadores, carnívoros. Depredadores. ¿Qué vamos a hacer si están en su derecho? ¿Quiénes somos nosotros para querer cambiar sus instintos, su naturaleza?

Los árboles y las enredaderas se fueron secando. Su tierra y sus raíces estaban muy esculcadas. Muchos de los pájaros se escaparon por la puerta corrediza que tenía que abrirse más seguido para que los gatos salieran al balcón, otros habían terminado en la panza de los mininos. Pero lo más desagradable era el olor que habían impregnado en los muros y los muebles. Del techo todavía se agarraban las guías secas de las enredaderas. De día, la luz de afuera hería como un cuchillo en los ojos.

La pobre guacamaya blanca, el mismo Isidro lo platicaba, se había muerto de los sustos y de la tristeza al ver que su mundo se iba deteriorando. Las chuparrosas ya no se atrevían a acercarse al balcón, muchas de las que sí se arriesgaban iban a parar en el hocico de alguno de los diestros gatos.

Isidro nunca los enseñó a salir del departamento. Creo que le tenían miedo al mundo, pues se acurrucaban en el balcón y miraban a la ciudad con ojos interrogantes hasta que se quedaban dormidos y, cuando despertaban, horas después, continuaban con el escrutinio de esos lugares que nunca habían pisado y que tal vez nunca pisarían.

Cada vez que estaba en su casa, yo empezaba a estornudar. Tan viciado estaba el nuevo ambiente, que me empezaba a volver alérgico a sus gatos y a sus nuevos ámbitos. Un día uno se me echó encima porque pasé cerca de la charola de su comida. Se creían los dueños del lugar.

Y luego, daba la impresión de que Isidro experimentaba otro cambio en relación con sus gatos, o más bien él se puso a hacer experimentos con ellos. Pero no se crea que experimentos crueles, no. Por ejemplo, los dejaba sin comer uno o dos días porque le gus-



2895072

taban los maullidos que daban para pedirle comida, decía que era una música de ruego, triste, conmovedora, tierna; que lo seguían por todo el departamento con esas hermosas rogativas. Que disfrutaba del silencio que él guardaba mientras los gatos se desgañaban pidiéndole cosas y favores alrededor de él. O cuando los regañaba y se alejaban de él, producían otro tipo de maullidos, de arrepentimiento, de pena, de lo irreparable. Decía que ya podía distinguir muchos estados de ánimo en el lenguaje de los gatos y que le fascinaban los maullidos cuando hacían el amor. Que eran de locura, de sufrimiento, de terror, de olvido del mundo que los rodeaba, porque entonces él les hablaba, y ni los zapatazos los sacaban de ese ritual que los enajenaba. Esos maullidos de desesperación eran miel para sus oídos.

Lo que todos nos preguntábamos, y no podíamos dar con una respuesta satisfactoria, era por qué había decidido llenar su casa de animales tan innecesarios, hermosos sí, pero totalmente innecesarios. Incluso yo empecé a notar que él estaba adelgazando, se veía enfermizo.

–Ya deshazte de ellos –le dije un día, desesperado.

–¿Qué? Si mis gatos son mis niños –me contestó extrañado, como si no se imaginara cómo sería vivir sin ellos.

Recuerdo que un fin de semana, un mes antes de las fiestas de diciembre, su mamá vino a la ciudad, estuvo con él en el departamento y yo los fui a visitar, o más bien pasé a conocerla. Era una mujer muy regañona, sin ningún sentido del humor o condescendencia para los demás, lo contrario de Isidro; pues sin decir agua va, me regañó. Yo supongo –flotaba algo en el ambiente– que madre e hijo se habían pasado todo el tiempo discutiendo.

–En esas maquiladoras –me dijo– nomás los echaron a perder: ustedes ya no creen en nada; ahí los hicieron irresponsables y desperdiciados.

* * *

Pero esa noche, la última o más bien aquella madrugada, Isidro y Jorge se hallaban conversando en el balcón; miraban la ciudad con sus botes de cerveza en la mano. A pesar de que hacía frío, ambos estaban en camiseta de algodón con manga larga mostrando orgullosamente los músculos que habían desarrollado gratis en el gimnasio y con la comida de la compañía donde trabajábamos. Como era la noche de Navidad, habíamos acordado cenar con nuestras familias y después reunirnos con Isidro a partir de la una de la mañana para celebrar la verdadera Navidad con los amigos.

Estaban tan embebidos en la plática que no escucharon cuando abrí la puerta corrediza y me paré detrás de ellos. Jorge era el que estaba hablando en ese momento. Le decía:

–Son como tus gatos. Toman y toman. Nada más saben tomar. Te quieren porque les das. Déjales de dar y vas a ver qué no dicen de ti. Y qué te hacen. Si te procuran y te dicen cosas bonitas que tú te crees, quiere decir que no eres inteligente: les das para que te quieran, para que te acepten. Das para que digan que eres generoso. Se aprovechan de ti. Das para no estar solo. Porque no puedes aceptar la soledad.

Ambos ya tenían alcohol de más en sus sistemas. Estaban tomando desde la comida. Debido a que ellos no tenían familiares en la ciudad, y uno no quería hacer el viaje a Jerez y el otro a Valparaíso; por lo tanto, se la habían pasado tomando juntos hasta la una, que fue cuando había empezado esta fiesta.

Con decir que Isidro había comprado un árbol de Navidad, pero al parecer ni le había dado tiempo de ponerlo: estaba recargado a un lado de la puerta de entrada con sus ramas todavía amarradas con un lazo. Junto al árbol –el cual soltaba un agradable aroma de pino y por momentos refrescaba el ambiente y nos hacía olvidar el de los gatos– había un paquete de heno envuelto en periódicos y cuatro cajas con lo que debían de ser adornos: luces, escarcha, esferas y velas de colores. Pero en cierta forma no era necesario tener aquí nada que nos dijera que afuera era la época de Navidad, por-

que desde esta sala se daba uno cuenta que la mayoría de las ventanas de la ciudad tenían un árbol y adornos de Navidad encendidos. La ciudad entera palpitaba en un continuo encender y apagar de foquitos aquí y allá. Dos de las muchachas—Rafaela y Paulina—desde hacía rato, se habían tomado la molestia de ponerse a decorarlo.

Lo que sucedió después fue muy confuso. Recuerdo que abrí nuevamente la puerta corrediza y me metí a la sala con la demás gente. Unos bailaban, otros tomaban y platicaban, y fue cuando el tiempo como que dio una brusca voltereta y todo devino en tragedia. El mundo fue diferente a partir de ese instante.

Así, de pronto, ya no estaban sus siluetas en el balcón. Ambos cuerpos se fueron al vacío. Se estrellaron contra el duro piso de la ciudad. Piso de piedra. Habían tocado el fondo gatuno, sólo que ellos no poseían la flexibilidad de los felinos.

Las averiguaciones fueron una pesadilla para todos los que asistíamos a sus fiestas. Los que estábamos esa noche ahí y los que no habían ido nos fuimos igualmente con ellos, nos jalaron, nos involucraron en su discusión, en sus problemas, en toda su mierda, en todo lo que se traían entre ellos. Y en realidad lo que habían estado discutiendo nos incumbía, sus revelaciones tenían que ser nuestras revelaciones. En unos cuantos días conocimos las profundidades a que puede llegar el infierno en una ciudad pequeña.

* * *

Una tarde, dos o tres días después, me animé a ir a ver el lugar en donde habían caído mis amigos. Llevaba una veladora y un manojo de flores para dejarlos como ofrenda. Unos vecinos me contaron que, después de caer, los cuerpos habían rodado unos cuantos metros calle abajo; y me hicieron notar un hilo de sangre coagulada que llegó una cuadra más abajo. Como si sus sangres mezcladas huyeran de sus cuerpos. O como si se la quisieran ofrecer a la ciu-

dad. O como si se quisieran ir juntos a vagar por los lugares que tanto habían querido. Los mismos vecinos también me dijeron que ellos le habían pagado a un muchacho para que echara los gatos en un costal y lo fuera a tirar allá muy lejos, por el cerro de la Bufa. Cuando me contaban eso sentí un poco de odio, de coraje por esos animales y recordé la noche en que Isidro había decidido adoptarlos. Dije para mis adentros: se lo tenían merecido, pinches animales; muerto Dios, que se atengan a sus instintos, a sus recursos.

El año que siguió fue totalmente diferente. Una diáspora. Los sobrevivientes de aquella fiesta final –la fiesta de la juventud, la celebración de la vida que había durado todos aquellos años: la segunda mitad de nuestros veinte– nos dispersamos por los caminos de la vida; evitábamos a más no poder encontrarnos, y cuando esto sucedía, inmediatamente desviábamos la vista, avergonzados, con miedo por compartir una experiencia terrible, un secreto inconfesable, como si nuestras caras fueran un agujero desde el cual se mira un precipicio del infierno. Como si nuestras vidas también se hubieran desplomado de aquel balcón, aquella noche, para irse a estrellar en el duro piso de la realidad. Sin embargo, esa corriente sucia e impersonal que se llama vida sigue fluyendo a pesar de nosotros. Estar vivo es una tragedia, de cualquier manera.

Aquella Navidad marcó el fin de nuestra juventud.

Feliz Navidad, vecinos

A Ricardo Reyes

LA FAMILIA DE al lado, los Muro, tenían un árbol que primero echaba toda su basura en nuestro patio, después nos causó otros perjuicios. Durante la primavera soltaba esas flores que parecían prepucios morados sobre las baldosas. Pero todo comenzó cuando llegaron las aguas, y el río crece y crece. Dijimos: se va a meter a nuestra huerta. Y dicho y hecho, un día en la madrugada, aunque estaba bien oscuro, miramos desde el patio de nuestra casa cómo se llevó primero los duraznos y los membrillos que estaban plantados a la orilla del barranco, después el nogal, el aguacatero y un chabacano, que tenían así de gruesos los troncos. Hasta un poste de la luz se llevó el méndigo río: nomás tronaban y chicoteaban los cables cargados de electricidad, como si fuera un árbol de lumbré. A la mañana siguiente, cuando la corriente había bajado, mi papá y yo encontramos nuestros árboles uno aquí y el otro allá, atorados en las piedras y entre esa basura de lodo prieto como el chocolate y hojas podridas que el río baja de las montañas. Nos los podemos llevar arrastrando si los enganchamos a una yunta de mulas, le dije. No, ya están muertos, ya les dio el aire a las raíces, me contestó mi padre. Y aunque nos los lleváramos, ¿dónde los íbamos a poder plantar? El río había dejado, en gran parte de lo que fue la huerta, un valle de arena y un pedregal de piedras blancas. El migajón de tierra negra para sembrar se lo había llevado completo.

En cambio, a la huerta de los Muro, aquí al otro lado, no le había sucedido gran cosa; les tumbó un pedazo de lienzo pero eso no era

nada. Comparando con los daños que le había hecho a la nuestra, la de ellos estaba intacta. El río ni la tocó casi, porque está un poco más arriba, y hay unos peñascos que siempre han aventado la corriente con fuerza para nuestras propiedades.

Entonces sí me comenzó a caer más gordo ese árbol de los Muro, que brincaba las bardas y extendía sus ramas sobre el cielo de nuestra casa. Que no daba fruta ni nada, ahí nomás de adorno. Y lo más grave era que no solamente invadía nuestro cielo, sino también nuestra tierra. Sus raíces ya habían levantado un poco las losas de cantera del patio, y en mi cuarto ya habían cuarteado el piso de cemento. Esas raíces eran como víboras subterráneas que estaban en engorda, cada vez más y más crecían y levantaban nuestro suelo. Esculcaban las entrañas de nuestra casa. Nos movían el tapete, como quien dice.

Ya me había cansado de rogarle a mi padre que obligáramos a los Muro a que hicieran leña de ese árbol. Yo, incluso, me había quejado con ellos por lo de las losas y el piso de mi cuarto, pero ellos me tiraban de a loco. Y eso más me encabronaba. Se me volvió un capricho, como quien dice, una obsesión, pues. Y mi padre me decía que me olvidara del mentado árbol, que había que vivir en armonía con los vecinos, que no era tan grave lo de las raíces y la basura que echaba.

Ese árbol inútil, que no daba ningún fruto, nada más le crecían esos semillones negros, al tamaño de un puño, que parecían testículos allí colgando, de a dos en dos.

Pero los acontecimientos se aceleraron y tomaron por otro rumbo porque mi hermano el mayor, que estudia leyes en la Universidad de Zacatecas, se vino a pasar el mes de diciembre con nosotros. Para esto, al árbol ya se le habían caído todas las hojas. Estaba ahí desnudo, como quien dice, impúdicamente burlándose de nosotros; entre sus ramas mirábamos el cielo azul en el día y las estrellas en las noches de invierno. Llegando llegando le mostré todos los perjuicios que había hecho el río. Y lo del árbol de los Muro, me cai

que no creí que le interesara, pero en la noche cuando nos íbamos a dormir y vio las cuarteaduras en el cemento del piso del cuarto, y lo puse al tanto del árbol que las estaba haciendo, se encabronó más que yo. Salimos casi encuerados al patio para que se desengañara con sus propios ojos.

Por ley ese árbol debe de ser cortado, dijo. Ese tipo de árboles debe de estar como a diez metros del límite de las propiedades. Mañana mismo los demandamos ante el ministerio público. Tarde se me hace para que amanezca, casi gritaba mi hermano, rascándose los huevos.

Al comenzar formalmente el pleito, nos topamos con un problema: mi hermano no tenía aún permiso para litigar. Pero en realidad no era ningún problema, puesto que en un mes lo podía conseguir, cuando se reanudaran otra vez las clases en la universidad y le extendieran una constancia. Y entonces sí, se podía calar como abogado de la familia. Los dos estábamos bien convencidos de que ésa era la única forma legal de acabar de una vez por todas con ese pinche árbol.

Mientras tanto, se acercaba la época de las posadas. Y empezó a llegar de Los Ángeles toda la gente que viene a pasar aquí la Navidad y el año nuevo. Y la casa de los Muro se llenó de gente. El ruido de sus risas, sus conversaciones, la música que tocaban sus aparatos eléctricos, brincaban las bardas y como que llenaban nuestra casa de otra clase de basura.

Y ahí tienen que por mala suerte mi hermano vio a una de las hijas de los Muro, que no veía desde que estaba chiquita, de las que llegaron de vacaciones, en la nevería de la plaza y se flecharon. En una escasa semana ya estaban enamoradísimos, cargando peregrinos juntos y toda la cosa. Y se chingó el asunto legal. Se olvidó del árbol. Él sí, pero yo no.

La noche de Navidad fue el colmo, me llevé una sorpresa de aquéllas. Al alzar la vista al cielo, cuando salí al patio de nuestra casa, me encontré con el árbol de los Muro todo adornado. Estaba

como ardiendo: el tronco y las ramas estaban forrados de cientos y cientos de foquitos blancos, hasta las puntas. Se prendían y apagaban, corrían los chorros de luz por todos lados. Parecía un árbol de luz cristalina, de hielo, transparente, como el rey de todo el universo. Y más tarde me enteré de que mi propio hermano los había ayudado a decorarlo. Fue como si me hubieran puesto banderillas. Qué digo banderillas, me injerté en pantera.

Más noche, casi en la madrugada, mientras los Muro –y mi propio hermano con ellos– cenaban, bailaban y se emborrachaban bajo su árbol de ramas de luz, yo, de este lado de la barda, levanté una hilera de las losas que cubrían las raíces abombadas y, con un hacha, les hice muchas heridas. Y ahí vacié dos botellas de cianuro líquido. Felices, a los Muro ni por aquí les pasaba que para la próxima primavera su árbol no iba a echar esas flores moradas que seguramente tanto les gustaban. Ni basura. Y cuando llegaran las aguas nuevamente, se iba a comenzar a caer a pedazos, podrido. Y el inútil de mi hermano que se siguiera rascando los huevos, que solamenté para eso tenía gracia.

Paseo en trineo

A Raúl Tortolero

SILENCIO ES LO ÚNICO que han escuchado de ese hombre misterioso, dijo Ricardo como remate de su relato. Ricardo hace todo el día programas de radio. Él llena de ruidos el cielo del estado. Él vive de poblar con ruidos el silencio.

Era una esplendorosa tarde bañada por el sol de diciembre. Ricardo, Raúl, Cuauhtémoc y yo –bueno, más bien ellos– habían decidido que pasáramos la tarde en San José de la Isla, para matar un poco el tiempo y hacer hambre, pues la amable esposa de Cuauhtémoc –él vende computadoras– estaba en su casa preparándonos una succulenta cena de Navidad.

Como venía en avión de Chihuahua y Zacatecas está en la ruta, decidí bajarme y pasar la Noche Buena con los tres amigos que tengo en esta ciudad. Mi trabajo es promocionar *cidis* por el norte del país. Visito radiodifusoras, discotecas y tiendas de discos muestreando los últimos *covers* de música moderna. Aunque mis amigos piensen que es un trabajo aburrido y sin nada de creatividad, a mí sí me procura satisfacciones y dinero. Y a pesar de que a ellos, por principio, cualquier cover les parezca de pésimo gusto y mala calidad, yo no comparto esa opinión. Lo mismo siempre traigo algo nuevo aparejado, digo yo de los covers de los años sesenta –en su mayoría– que vendo. Como si en aquellos años estuviera el origen de lo que escuchamos ahora. Pues todo se recicla. Y acepto, claro, que haya versiones que a estas alturas ya se volvieron míticas y que sea imposible superarlas. Pero de cualquier modo, se siguen haciendo interpretaciones nuevas.

Íbamos por la carretera en el coche blanco de Cuauhtémoc rumbo a San José de la Isla, uno de los pueblos más antiguos y más hermosos del estado. La radio iba tocando y casi todos hablábamos al mismo tiempo, nos arrebatábamos la palabra por lo contentos que estábamos de vernos nuevamente. En el fondo de nuestra conversación se escuchaban las canciones que yo promovía. El pueblo está como a cuarenta minutos de la ciudad y en el fondo de una cañada; de repente la carretera empieza a bajar y a bajar, hasta que se llega al banco de un río angosto que corre, brinca y serpentea entre piedras blancas y depósitos de lama verde. Es dramático el cambio del clima y del paisaje: el invierno se suaviza al comenzar a bajar la hondonada. Y ahí está el atractivo y la riqueza de esta región. La carretera, o más bien la brecha, costea una de sus orilla, y los dos lados de sus fértiles riberas son huertas y más huertas de árboles frutales. Arriba, pero muy arriba, se asoma un cielo azul de desierto. Abajo, nosotros nos tomábamos una cerveza tras otra.

La conversación desde un principio comenzó a girar en torno a la religión. Quizás porque Raúl estaba muy interesado en el tema especialmente ese día. Raúl era del DF, pero ahora trabajaba en el periódico *Imagen* de Zacatecas, después de haber vivido en Veracruz algunos años, donde había conocido a unos chamanes y eso había reforzado sus creencias católicas: él mismo hacía limpias y curaba con la energía de las manos a sus amigos. Él era creyente, y en un aparte me confesó que lamentaba mucho el hecho de que Cuauhtémoc y Rusti no lo fueran para nada, pues los sentía incompletos; es más, a veces ellos lo cotorreaban por mocho. Esa mañana su periódico había publicado una traducción que él mismo había hecho sobre un artículo de una agencia extranjera donde su autor, con motivo de la Navidad, desglosaba algunas teorías sobre la personalidad del Nazareno. Decía, por ejemplo, que debió haber sido muy atlético, sólo así se explicaba que pudiera haber expulsado con violencia a los mercaderes del templo; que no llevaba el pelo largo, sino corto, a la usanza romana, pues Él era un hombre de su

tiempo, subversivo y moderno. Que no correspondía a la imagen afeminada con que lo habían pintado desde la Edad Media, y ahora el cine. Que probablemente el sexo no le interesaba, como no le ha interesado a los grandes líderes modernos, obsesos en sus ideales, que están más allá de esas superficialidades.

Ricardo nos contó después, cuando pasábamos a un lado del casco de una vieja hacienda en ruinas, una historia que había alborotado a la opinión pública y a los no escasos medios de comunicación del estado. Sucedió que esa hacienda, o más bien esas ruinas, le pertenecían a don Fidencio Scorsa, a ese hombre que tanto le debe la ciudad, el hombre cuya biblioteca, dicen los enterados, tiene la colección de libros, documentos y objetos más importantes de la historia del estado y de toda la región. Dicen que incluso tiene un retablo churrigueresco en el oratorio de su casona. El mismo hombre que un día se apostó frente a la catedral con un fusil al hombro y se puso a dispararle a las palomas que según él, más que pronto, iban a acabar con los relieves de cantera barroca.

Él, don Fidencio Scorsa, también dicen las lenguas venenosas, entre ellas la de Ricardo, mandó pintar una virgen sobre uno de los muros de su hacienda en ruinas. Luego había hecho correr la nueva de que la Virgen se había aparecido ahí. En menos que se los cuento, decía Rusti bien divertido, empezaron a llegar las peregrinaciones y las contribuciones para construirle un templo a la Virgen en ese lugar. Pero cuando al señor obispo le llegó la noticia del chorro de lana que se estaba derramando sobre las ruinas de don Fide, decidió tomar el negocio en sus manos y designó en el lugar a un sacerdote de todas sus confianzas para que vigilara y administrara las resultas del milagro. El pleito entre el obispo y don Fide se ventiló ampliamente y sin ningún pudor en los medios. Ambas partes se sacaron los trapitos al sol. Dicen que el gobernador tuvo que intervenir para que la disputa no se fuera a politizar y tomara por cauces peligrosos. Pues se empezó a hablar de tráfico de influencias, de tráfico de joyas de arte colonial y documentos históricos.

Salían a la luz pública robos en las iglesias, desapariciones de iconos y cuadros de los altares y otros objetos, hasta archivos completos de parroquias y notarías, curatos y qué no. Yo estaba entre choqueado y muerto de risa. Rusti decía muy serio antes de desternillarse también de risa:

—Esos cabrones se aprovechan de la necesidad que tiene la gente de estos rumbos de que Dios les hable. De oír la voz de Dios aunque sea allá de vez en cuando. De recibir una señal aunque sea así de chiquita.

Creo que el haber pasado frente a las ruinas de don Fide fue la razón por la que empezamos a hablar de religión esa tarde. O porque este lugar era como recorrer la nave mayor de un templo de la naturaleza. O tal vez por el hecho de que íbamos a pasar la Navidad juntos; quién sabe. De todos modos ya íbamos caminando muy contentos por la orilla del río. El coche lo habíamos dejado donde se angosta más la brecha. Las montañas que nos rodeaban como que se nos querían venir encima. El sol todavía iluminaba los peñascos más altos. Aquí abajo ya se acomodaba la luz del atardecer. Las huertas eran solamente una larga extensión de tierra seca donde flotaba una maraña indiscernible de troncos y de ramas grises: todos los árboles frutales pierden sus hojas en invierno. Me quise imaginar cómo sería un verano en estos lugares.

Ricardo dijo:

—De aquí nos regresamos. Quiero que vean las casas que hay al otro lado de aquella loma, donde da vuelta el río. Las huertas son más anchas. ¿Y qué creen? Ahí están las residencias de campo de los zacatecanos ricos. Vamos para allá.

Rodeadas por una neblina hecha de ramajes grises y pelones, en cada huerta estaba como plantada una amplia y próspera mansión, ya fuera blanca, toda de cantera o de ladrillos rojos, como si fueran flores que tomaran la sustancia para su prosperidad de la misma tierra negra de la huerta y del río. Como que flotaban sobre el suelo, sin hacerle daño al medio ambiente, pues las propiedades

no tenían bardas, estaban circuladas con alambrados que dejaban ver las edificaciones en medio de las arboledas.

Rusti dijo, ahora les voy a contar el curioso drama que se está llevando a cabo dentro de una de estas casas. Fijense que hace algunos años, ya bastantes, no me pregunten exactamente cuántos porque no sé, un hombre misterioso se acercó a un matrimonio ya maduro de este pueblo para hacerles una oferta de trabajo. Les dijo que un hombre rico de la ciudad o de más lejos, ahora no recuerdan bien –pero ellos mismos lo cuentan exactamente como se los estoy contando–, había comprado una lujosa residencia con su respectiva huerta. No recuerdan si les dijo que se trataba de un minero, un industrial, un ganadero, un comerciante, un influyente político; o un traficante de drogas, le agregaron al inventario de posibles dueños los lugareños envidiosos, quienes desean para ellos la buena suerte de esa pareja. Y que este hombre necesitaba una pareja como ellos, ya consolidada –alejada pues de las pasiones y de la turbulencia de la juventud– y sin hijos, para que le vigilara su residencia, se la mantuviera limpia, impecable tanto en sus interiores como en sus jardines, y de paso que le cultivara los árboles frutales que ya tenían las huertas que la rodeaban, que él pensaba usarla sólo unos cuantos fines de semana al año. Que la paga iba a ser mucho más que el sueldo mínimo. Ahora, no crean que se trata del diablo disfrazado de hombre misterioso. Este hombre quiere seguridad, no lo mueven razones morales al escoger a sus empleados: no quiere que la pareja se vaya a pelear y deshacer y le dejen después botada su valiosa propiedad. La mujer y el hombre se emocionan con la oferta y en seguida toman posesión de su nuevo trabajo. Y para no hacerles el cuento largo, hasta la fecha no han vuelto a tener razón del dueño ni del hombre que los contrató. Ellos mismos cuentan que los primeros meses fueron difíciles, hasta que aprendieron que cultivando las huertas, éstas les iban a dar para mantenerse y para pagar las contribuciones al gobierno. Tomaron las huertas como si fuera un negocio de ellos: sólo era cuestión de aten-

der bien los árboles que ya existían: duraznos, perales, nogales, manzanos, membrilleros y muchas flores bajo estos árboles: bolas de hilo, gladiolas, encajes, espuelitas y campánulas moradas y azules. En los alambrados de las huertas se enredan las guías de esos extraños rosales que dan rosas dentro de las rosas.

Y es la hora que el dueño no ha regresado. Ellos lo siguen esperando, piensan que de un momento a otro aparecerá para pedirles cuentas. Y aquí está lo curioso: se comportan como si estuviera por llegar. Y temen no estar haciendo bien lo que se les encomendó. Pero en realidad ellos son los dueños absolutos y se siguen comportando como criados, como conserje ella y como velador él. No usan nada de lo que hay dentro de la casa que mantienen limpiezísima. Dicen que la mujer y el hombre entran y la recorren admirando todas las comodidades que contiene, ni siquiera pisan las alfombras, las rodean por los pisos de mosaico, ni usan la cocina ni los mullidos lechos de las recámaras, ni se sientan en los cómodos sillones de cuero blanco, ni corren las cortinas de grueso encaje, ni escuchan la música que deben producir tantos aparatos eléctricos. Ellos viven en el reducido espacio de la conserjería, en la austeridad más espantosa.

Pero ahí tienen ustedes que un día de verano que se encontraban los dos viejos en el huerto, mientras cortaban los membrillos de los árboles y los acomodaban en las rejas de madera, ella le contó a su marido una leyenda que había escuchado en el municipio de Tepetongo, de donde era oriunda. Decía que había una vez un minero muy rico en Juanchorrey que tenía dos hijos en los cuales se veía. Eran los tiempos en que se fundaron estas tierras. Gran parte del producto de sus riquezas la mandaba para España, donde poseía otros negocios no menos importantes. Un buen día decide hacer el primer viaje de regreso a la Madre Patria. Un viaje que iba a durar todo un año, si no es que más. Una vez hechos los preparativos, llega el momento de su partida. Una noche antes, decide que nadie lo debe despedir, que se irá de su hacienda oscura en la ma-

drugada; pues no le gustan los adioses. Que su hijo mayor lo encaminará hasta Zacatecas, donde se unirá a la flota segura y escoltada, que tres veces por año cruza la Gran Chichimeca, rumbo a la capital de la Nueva España. De ahí al puerto de la Vera Cruz y de aquí a Cádiz. Esa noche pues, con una misa en la capilla de su hacienda y confesión general, se despide de su hijos –los bendice–, de sus criados y de sus administradores. Pasa el tiempo: primero los meses y después los años, y nadie da razón de él: como si se lo hubiera tragado la tierra. Y en verdad la tierra se lo comió. La vieja hizo una pausa y pasó trabajosamente la saliva antes de continuar. El más preocupado y el más triste de todos es su hijo menor. Para calmarlo, el mayor decide ir a España en la búsqueda del padre, y para de paso poner al corriente los negocios de la familia allende los mares.

El que se queda es un gran jinete y aficionado de la crianza y amaestramiento de los caballos de carreras. Se desahoga de sus tristezas y tensiones –pues él espera lo peor en el desenlace de este drama– corriendo sus caballos por las amplias praderas de la hacienda. Y así pues, un día de otoño, se ve en la necesidad de comenzar a construir en los corrales una nueva caballeriza para resguardar sus caballos más jóvenes de un invierno feroz que se anuncia en el aire, el sol y los árboles. Cuando abre algunas zanjas para levantar los cimientos de su nuevo edificio, descubre un entierro clandestino. Con horror se da cuenta que es el cadáver putrefacto de su padre, lo reconoce por su vestimenta a medias podrida. Pero en el puño de una de sus manos cerrada –ya en los puros huesos descarnados– aprisiona la medalla de su hermano mayor y un pedazo de la fina cadena de oro. Por su mente pasaron las palabras de su progenitor contando una vieja historia: “En el barco en el que llegué de España –ahora era como si se lo estuviera diciendo esa calavera que sostenía entre las manos, esa fría mañana de otoño– venía un fraile piadoso que no cesaba de darle las gracias a Dios por haberle permitido flotar sobre el agua por algún tiempo, por no tener tierra

bajo la planta de sus pies durante un buen número de meses. Porque la tierra, según decía ese clérigo, estaba ensangrentada por tantos crímenes que los hombres habían cometido desde el principio de los tiempos. Que dondequiera que estuviéramos parados, debajo de nuestras plantas se había cometido un crimen". Y la tierra era insaciable, pedía más sangre. El primogénito seguramente había cometido ese crimen para, primero, adueñarse de la fortuna de su padre y, segundo, al mantener a su hermano con la ilusión de que su padre iba a aparecer de un momento a otro, lo convertía en su esclavo, así este último seguiría trabajando para él, y continuaría incrementando la fortuna en común.

Y aquí termina esta maravillosa historia. En cuanto a la vieja pareja –continuó diciendo Rusti–, silencio es lo único que han escuchado de ese hombre misterioso.

Cuando terminó, Rusti dijo con una amplia sonrisa en su boca: –Gracias por su silencio–. Y después de un rato:

–A ver, ¿ustedes qué creen que pasó? –preguntó Rusti–. Cada quien diga tres suposiciones.

–Suposiciones ¿de qué? –preguntó Raúl.

–De lo que le sucedió a esa pareja de viejos conserjes –dijo Rusti.

–El dueño de la residencia se murió en un lugar muy lejano. Y nadie de sus parientes tuvo noticia de esa propiedad –dije yo.

–O simplemente se le olvidó que era el dueño de esa propiedad –dijo Cuauhtémoc.

–Sí, se le borró de la mente el compromiso que había hecho con unos pobres desconocidos –dije yo.

–Sufrió un accidente. O una muerte repentina antes de comunicarle a alguien, a uno de sus herederos, de la existencia de esa propiedad –dijo Raúl–. Era un hombre raro.

–Debió de ser un viejo avaro. Una noche lo asaltaron en su propia casa. Era un hombre solo y los ladrones se llevaron todos sus papeles. Nadie sabe que este lugar existe. Nadie cercano a él –dijo Cuauhtémoc.

–Tal vez guardó esta propiedad en secreto para heredársela a algún hijo ilegal. La muerte se lo llevó antes de tiempo –dijo Raúl.

–¿Y qué tal si el hombre murió quemado con todo y sus papeles? –dije yo.

–¿Y qué tal si ese hombre –el conserje– mató al dueño y lo enterró en la huerta a los pies de un árbol? Sólo para mantener en su mujer la ilusión de que existe un dueño de esa casa y de ese huerto, para que ella trabaje y mantenga esos lugares limpios, listos para ser inspeccionados, para que ella no olvide que tiene una obligación contraída. Y además de ser el crimen perfecto, al mismo tiempo es una broma macabra que ese hombre le hizo a su propia mujer –dijo Raúl.

–Estoy de acuerdo. Yo me imaginé que mientras ella contaba su historia, cuando juntos recogían la cosecha de membrillos, en realidad ella estaba sobre una tumba también clandestina. Esa historia que ella contaba salía de la misma tierra donde estaba parada, ahí tenía su origen. La tierra ensangrentada se la estaba dictando –dijo Cuauhtémoc.

–Sea lo que sea –Raúl dijo concluyente–. Esa mujer está en gracia divina.

* * *

En verdad que hay cosas que únicamente pueden suceder en la provincia. Cuando íbamos entrando de nueva cuenta a la ciudad, ya de regreso de San José de la Isla, en la radio del coche de Cuauhtémoc, Angélica María, con sus tiernos veinte años de los sesenta, cantaba *Paseo en trineo*, un cover que había sido un éxito en aquella época, cuando éramos niños. Y esa tonadita –que se usaba en toda suerte de anuncios de radio y que cada año era grabada nuevamente por el cantante o el grupo de moda– tenía la magia de envolverme en el espíritu de la Navidad y sacudirme todo, desde

adentro. Me llenaba de una dicha inexplicable cada diciembre la primera vez que la escuchaba. Me sentía seguro, pero sólo por un largo segundo, porque se acercaba la época de renacer en el pesebre de esta vida –porque el mundo se veía hermoso y la vida era perfecta, pero esa sensación se desvanecía luego luego al darme cuenta de que uno es perecedero y frágil. Que uno se va a morir y las canciones se van a seguir cantando sin nosotros. Otras bocas y otros oídos cultivarán y recogerán esos frutos del aire.

* * *

–Voló un ángel –alguien dijo cuando acabábamos de cenar. Pues nos habíamos quedado callados por casi un minuto. Afuera se oían los cuetes de la celebración, que estallaban en diferentes puntos de la ciudad. Nadie había querido romper el silencio. Mientras tanto yo pensé en la Navidad. Miraba al nacimiento en un rincón de la espaciosa sala –donde acababan de colocar al niño Jesús dentro de su pesebre–, que seguramente la esposa y los hijos de Cuauhtémoc habían arreglado con mucho esmero días antes. Que era el emblema del nacer cada año a la fe, a la tradición, a pesar del pesado silencio. Lo viéramos desde donde lo viéramos, nuestra vida también era un cover de mala calidad, de una canción muy vieja y gastada, de un sonsonete reiterado y monótono. Pero si no fuera por eso, sólo tendríamos el silencio.

Luego me quedé temporalmente sordo como una tapia por el chile y el alcohol, pero después de un buen rato se me destaparon los oídos con un tronido. Y escuchaba en mi mente las palabras de Rusti esta tarde en San José:

Silencio es lo único que han escuchado de ese hombre misterioso. Gracias por su silencio. Silencio...

Los guajolotes de Navidad

A Ociel Flores

LOS GUAJOLOTES –que en mi pueblo nombramos cóconos– ya no eran negocio. No ganaba para nosotros, menos para darles de comer a ellos. Nomás ya no costaba. La mujer muele y muele con que vámonos a México, allá quién quita y levantamos cabeza de una vez. Y ahí me tienen mal vendiendo lo poco de lo que éramos dueños para venimos a la ciudad. Al principio –pese a que Dios nos socorrió con sólo dos chamacos para que nos ayudaran– batallamos para acomodarnos, luego, encontramos un lugarcito.

Después de estar viviendo todos amontonados por algunos meses en un cuarto redondo allá por el rumbo de Santa Clara, y yo trabajando de machetero en un camión repartidor de gas, gracias a Dios que me hallé este trabajo un poco más descansado.

Fue por pura chiripada que pasé caminando frente al edificio. Se veía tan bonito desde afuera, y salía ese frescor como de sus entrañas de piedra bien pulida, en comparación con el calorón que se levantaba de las banquetas y del pavimento de mediodía. Y así, nada más porque sí, Dios me metió en la cabeza que entrara a preguntar si por casualidad no necesitaban un barrendero o un velador; pues yo ya no estaba en edad ni en fuerzas para andar subiendo tanques de gas a las azoteas, ya me temblaban las piernas y se me doblaban las corvas a cada rato. No me canso de darle gracias a Dios que me quitó la vergüenza y me animé a entrar al edificio aquel día por primera vez. Al que le apura, le apura. Ya ni podía dormir bien en la noche de tan cansado que me soltaban de ese

trabajo. Me ponía a pensar: así no voy a rendir mucho, más que pronto me voy a acabar.

Quiso Dios que me dijeran que sí necesitaban gente. Al otro día empecé muy temprano, a las siete, mi entrenamiento para barrer, trapear, encerar los corredores y darles brazo a las molduras de cobre de los dos elevadores, a los ceniceros de las esquinas, a los maceteros y a los letreros de los directorios. Me dieron mi uniforme azul con mi cachucha también azul y así dio comienzo el cuento de nunca acabar: limpie y limpie los pasillos de los quince pisos, sin parar, para arriba y para abajo todo el santo día de Dios; y aunque no se empuerquen, va y viene el trapeador sobre el suelo de mármol limpio. Que siempre estén como un espejo, decía el administrador. Que la gente se refleje en los pisos.

Bien que me cuadraba ese trabajo. Es fácil, uno no se cansa ni suda, además de que siempre tenía que estar aseado, presentable, como decía el administrador, que Dios lo tenga con bien donde se encuentre. Es muy fácil mantener los pisos y las paredes hechos de mármol rojo y verde, como éstos, siempre pulidos, rechinando de limpios. Además que son bien frescos y disimulan la mugre, que por otro lado no dejábamos que se juntara ninguna mugre que disimular. El administrador me tuvo buena voluntad desde un principio, o más bien yo me lo supe ganar: llegaba bien temprano y no dejaba que mi trabajo le diera motivos de quejas que me pudiera echar en cara, y claro que sin parecer barbero ni arrastrado. Como me volví más atento –me di cuenta que eso se pega– en medio de tantas personas tan decentes que entraban y salían de sus negocios en el edificio todo el día, pronto me conocieron y conocí también a los que trabajaban en las oficinas de los despachos. Que ingenieros, que abogados, que doctores, que contadores y un mundo de secretarías y mensajeros. Todos me saludaban muy atentos, y pronto me empezaron a llamar por mi nombre. Cuánta amabilidad, qué diferencia a lo que uno está acostumbrado. Que don José para acá, que don José para allá. Que ya en la tarde algunos, los que no podían

salir a comer, me decían: váyase por unas tortas, tráiganos unas limonadas y de paso a mí unos cigarros. Y cómprese lo que quiera, don José.

Al mismo tiempo uno de los elevadoristas me enseñó a perderle el miedo y a manejar el elevador y a contestar el teléfono que teníamos a un lado. Uno llega a esos lugares bien tapado, hay que reconocerlo sin pena. La campanita que sonaba cuando se prendía el foco y se abría la puerta se volvió como música para mis oídos. Pronto aprendí a calcular en qué piso sonaba cuando yo estaba en la planta baja, o hasta arriba; sabía a qué distancia de mí se encontraba, en qué piso se hallaba parado o entre cuál y cuál iba, subiendo o bajando. Subiendo o bajando yo recorría el edificio todos los días a todas horas, conocía todos sus rincones, veía a la ciudad desde casi todas sus ventanas, desde todos lados. Lo aprendí a conocer como si fuera mi propio cuerpo. Cuando ese cristiano se fue, luego luego yo le pedí al administrador ese nuevo trabajo y me lo dio sin chistar. Así fue como yo me convertí en el elevadorista y mi hijo mayor –que antes andaba repartiendo garrafones de agua purificada– se encargó de mi trabajo. Más adelante yo le enseñé a él la cosa del elevador.

La azotea era el lugar más bonito del edificio. En medio había una casita vacía y una bodega rodeadas por un patio bardeado desde donde se veía el cielo más cerquita, y a los lados a toda la ciudad no se le alcanzaba a ver el fin. De vez en cuando me escapaba por un rato por allá, para pasarme una buena hora pensando y mirando hacia abajo: las gentes parecían hormigas y los coches de juguete. El edificio era como una pirámide de tres partes, cada cinco pisos se hacía más angosto, hasta que terminaba aquí en la azotea, vacía, según yo, desperdiciado tanto espacio. Comparado con nuestro cuarto redondo de Santa Clara. Unos con tanto espacio y otros sin nada, pensaba yo.

No entendí qué pasó de pronto, pero cambiaron las cosas para bien y, sin proponérmelo, yo salí beneficiado. Se murió el verdade-

ro dueño del edificio –que además nunca conocí–, y su hijo –que sí conocía, porque era el patrón de una oficina de abogados que abarcaba el piso siete y que era muy buena gente– se deshizo del viejo administrador, que por otro lado era muy dedicado y gracias a él yo sabía hacer lo que sabía, todo funcionaba en orden, sin tacha, lo que sea de cada quien. El caso es que dijo que de ahora en adelante él solamente iba a ser el administrador del edificio que le había dejado su padre. Que de ahora en adelante se iban a hacer los asuntos a su modo.

Y me dijo que desde ese momento yo era el jefe de los de limpieza, de los de mantenimiento, de los de elevadores y que iba a estar viendo quién entraba y quién salía de su edificio, que también era mío, me dijo –claro nomás de dicho–, que íbamos a hacer las cosas los dos juntos. Él sabía con quién estaba tratando: yo era bien dedicado y luchón porque siempre me ha gustado hacer y servir. Y me dio la llave de los cuartos de atrás de los elevadores donde antes asistía el viejo administrador, donde estaban las llaves de todas las dependencias de la administración. Así empezó lo principal.

Ese hijo, o el nuevo dueño, también me advirtió que las cosas seguían como antes de cualquier modo. Yo despachaba directamente con él a los que tenían que arreglar cualquier asunto que tuviera qué ver con el edificio. Pues cada rato venían a retratar los pasillos o la entrada, que para revistas, que para anuncios; y hasta pedazos de películas y telenovelas las venían a hacer aquí. Claro, pagando su buen dinero. Porque aunque es un edificio viejo, como creo que ya lo dije, es de los que ya no se construyen, hasta sus elevadores son de puro fierro macizo y bien adornado. Mi trabajo era que todo estuviera impecable siempre. Yo me esmeraba más y más. Era a todo dar estar viviendo en un lugar tan bonito: como dentro de un alhajero. Y como que uno sentía que debe portarse diferente.

El nuevo dueño también tenía un hermano ahí en el edificio, que se parecía a él, nada más que éste, que era ingeniero, estaba gordo, pero lo que se dice gordote. Sus oficinas –hileras y más hile-

ras de restiradores y cajas llenas de rollos de papel— ocupaban el último piso completo. Era un hombre bonachón que contaba chistes; cada vez que me encontraba me decía: ¿ya se sabe éste, don? y me contaba una charra nueva, a veces bien colorada, sin importarle quién nos estuviera oyendo. No se metía con nadie; eso sí, dejaba que su hermano hiciera las cosas a su modo. Era bien tragón, parecía tener un hambre sin llenadero. Siempre estaba encargando comida de la calle, todo se le antojaba: le llegaba el olor de lo que la mujer preparaba en la cocina de la azotea y le decía: tráigame una torta de lo que hizo de comer hoy, doña. Y la mujer se la llevaba; todo se comía, a nada le hacía el feo. Pero esto vino después, me estoy adelantando.

Fue entonces que me armé de valor para ir a hablarle una tarde en que se hallaba solo en su oficina. Yo siempre he pensado que muchos asuntos no se hacen porque la gente no sabe hablar a tiempo. O porque nos da miedo o porque de plano no sabemos decir las cosas por su nombre. Y yo, a Dios gracias, siempre me las he arreglado para hacerle la lucha, para que por mí no quede la cosa. Le dije que la casita de la azotea estaba desaprovechada, que yo podía vivir ahí con mi familia, que al fin y al cabo ya casi todos trabajábamos con él (a mi otro hijo, el chico, pronto lo acomodé también como ayuda del electricista). Así la familia enterita podía hacerla de velador y de cuanto se ofreciera las veinticuatro horas del día. Nuestras vidas completas dentro de la vida del mismo edificio. ¿Qué más queríamos él y yo?

La siguiente semana a medianoche acarreamos nuestras pocas pertenencias y las acomodamos en la casita de la azotea. Cuando la mujer llegó por primera vez al edificio —pues ella no lo conocía por dentro, desde hacía mucho yo se lo había enseñado por fuera y de lejos solamente—, al meterla al elevador para llegar a lo que iba a ser nuestro nuevo domicilio, dijo: este edificio nos va tragar. Y se la pasó diciendo lo mismo; la asistía la razón, ya que duraba muchos días en que no dejaba la azotea hace y hace su propio quehacer, que

lavándonos la ropa, que haciéndonos de comer, que ayudándonos un poco con los pisos de arriba. Mis hijos y yo le comprábamos y le subíamos el mandado y lo que necesitara.

Allá arriba pegaba el sol bien fuerte durante el día, y en la noche hacía un airazo que nos volaba las cachuchas del uniforme de elevadorista o nos pegaba con violencia la ropa al pellejo. Ahora que lo veía bien, era un lugar enorme y el vacío como que nos hacía un hueco adentro de nosotros mismos. La mujer se las ingenió para irlo llenando poco a poco. Primero le dio por poner unos tenderos en una esquina. Pero el espacio era grandote, una verdadera bendición de la providencia. Tráiganse las macetas que estén por ahí arrumbadas, que nadie les haga caso, que desechen de las oficinas, dijo la mujer, tenemos campo para sembrarlas, para tener algo verde donde descansen los ojos, algo verde cerca de nosotros, al fin y al cabo que serán prestadas. Y así lo hicimos, en menos de un mes ya tenía un hilera de macetas con plantas de muchas clases, que le daban la vuelta a la casita y a la bodega, que se había robado de aquí abajo, de la Alameda. Los domingos cuando ella y yo salíamos ya de tarde a misa, ya de vuelta al edificio, cuidándose de que nadie la viera, cortaba de aquí, arrancaba de allá, desenterraba de acullá las plantitas que le gustaban y las envolvía en su rebozo, como si cargara un niño tiernito o muy enfermo y delicado.

La mujer transformó ese lugar tan inhóspito y desértico en un espacio más amable: daba gusto y descanso estar dentro de sus límites. Barría y regaba todos los días, creo que pronto le agarró mucho cariño a esa azotea. Es lo bueno de las mujeres, digo yo, que pronto cambian para bien cualquier lugar. Donde una mujer permanezca más de un día, lo vuelve un nido agradable. ¿Y qué estoy diciendo? ¿O no será una trampa, más bien? ¿Las mujeres son constructoras de trampas? Estar ahí era como estar en otro mundo. Porque cuando de la azotea bajábamos al edificio, uno sentía que se iba sambutiendo en un universo de otro tiempo, de un tiempo tan

diferente al de aquí arriba, de ruidos tan diversos, olores, temperaturas, el zumbido de hombres y máquinas de escribir trabajando, teléfonos, ráfagas de música de radio dentro de sus oficinas, pisadas fuertes o de tacón alto que se acercan o se alejan sobre los pisos de mármol; y los elevadores que subían y bajaban por las tripas del edificio, lo hacían cimbrarse muy apenitas, dándole circulación, como si fuera un animal vivo. Y el ruido del tráfico de la avenida se metía por la boca de la entrada cuando las puertas de vidrio y fierro se abrían de par en par.

* * *

Como a la mujer le gustaba que fuéramos los domingos al mercado de Sonora, nada más a ver —¿pos a qué más?— ahí se le ocurrió un día que gastáramos en dos huevos de guajolote. Pero para qué quieres eso mujer, le dije, si saben igual que los de gallina y éstos son más caros. Y ella, que no puede olvidarse del rancho, que todas las noches me dice que lo sueña, solamente me dijo: yo los quiero; y no preguntes. Y ahí mismo y en ese instante lo decidió: se los echó al seno, se los acomodó entre los pechos para darles su propio calor. Y se puso culeca. Y todo ese tiempo durmió sentada en un rincón del cuarto, se apuntalaba con costales rellenos de trapos viejos, colchonetas y almohadones para no irse de lado y que los fuera a aplastar. Ponía tanto cuidado como si de veras estuviera preñada. Ponía tanto empeño como si se fuera a tratar de sus propios hijos. Así y todo seguía haciendo su quehacer, sólo que ahora con mucha prudencia y bien arropada, como si en verdad estuviera enferma. Hasta que después de más de un mes o algo así, le nacieron. Una mañana, mucho antes de levantarnos, oí por primera vez el pío pío pío. Ella ya les tenía preparados sus posillos con agua y maíz machacado. Me los imaginé tan tiernitos saliéndole de las meras chiches.

Y así fue como empezamos, por ella, a querer recuperar lo que habíamos perdido. Lo que en realidad habíamos dejado por nuestra propia cuenta y voluntad. Nadie nos corrió de nuestra tierra. Tampoco hay que culpar a nadie de lo que nosotros mismos decidimos. De lo perdido, lo que aparezca, pensaba yo.

Al principio, siempre y hasta ahora, no estuve del todo de acuerdo, pero qué podía yo hacer contra la terquedad de la mujer y de los hijos. Ellos terminan por mandar en uno. Ellos decían que estaba bien lo que ella decía y proponía, que a nadie le hacíamos mal alguno. Que antes al contrario. Cómo va uno a saber las consecuencias, si no anda con el profeta en ancas, como decía mi propio padre.

A mí apenas me daba tiempo para vérmelas con plomeros, electricistas, gaseros, el mantenimiento de los elevadores, la luz, la limpieza de los baños, los pasillos, las escaleras. Me agarraba una oreja y no me alcanzaba la otra. Y no es que yo hiciera gran cosa, pero tenía que estar al pendiente de todo. Un edificio es como el cuerpo de un caballo viejo, cuando no se enferma de una pata, es de una oreja, por ejemplo. Yo nomás les decía a la mujer y a los hijos, sí, sí, está bien, hagan lo que quieran. Siempre se salían con la suya. Con lo atareado que andaba caía medio muerto en las noches. Ni soñaba de lo cansado que quedaba. Ellos también tenían su quehacer: antes de que llegara la gente a sus oficinas, bien temprano, la mujer hacía los cinco pisos de arriba, uno de los hijos, los de en medio y, el otro, los de hasta abajo, junto con los baños y escaleras. Y lo bueno era que podía confiar en la mujer y los hijos. Estaba seguro de que ellos y su trabajo no darían motivos de queja. De todos modos, de día yo andaba como dormido por tanto trabajo y responsabilidad, por eso los dejaba que hicieran lo que quisieran en la azotea. Allí nadie nos revisaba nada. A medias me daba cuenta de lo que pasaba, en fin que allá nadie subía, me consolaba yo.

Lo primero que a la mujer se le ocurrió poner un corral para los dos guajolotes en el norte de la azotea. Luego dijo que los animalitos necesitaban las ramas de un árbol para dormir o para

recorrerlas durante el día, y convenció a los muchachos para que se robaran la ramota pelona de un árbol, pues en esos días andaban podando los árboles de la alameda de enfrente. No me di cuenta ni cómo la subieron. Y ni los pude reprender a tiempo, porque cuando la vi ya la tenían arriba y bien afianzada de una pared. Lo único que pude hacer fue mover la cabeza con disgusto, pero a ellos ni fuerza les hizo.

Para entonces, la mujer ya tenía una hilera de cajones de madera con bolsas de plástico llenas de tierra, de donde salían los primeros brotes de cebollas, zanahorias, jitomates, repollos, cilantro, yerbabuena y hasta cañas de maíz en unos. Cada caja era una parcela. Y lo que sea de cada quien, yo sentía aquí adentro muy bonito al ver nacer y crecer esas yerbitas. La mujer decía con tanto gusto cosas como: me pasé toda la tarde en la huerta; o muy temprano voy a barrer el corral, que yo creí que se estaba volviendo medio fuera de sí por ese nuevo entusiasmo. Con su mente estaba en otros lugares.

Duró como dos o tres días con unos huesos de durazno en la boca, que dizque humedeciéndolos y calentándolos, para que brotaran más pronto cuando los sembrara en la tierra de un bote de hojalata. Lo mismo hizo con unas semillas de mandarina.

La azotea se iba transformando. Cuando yo entraba sentía que entraba a un lugar diferente: las plantas y los animales, al crecer aunque fuera sólo un pedacito, como que ocupaban más lugar, nos llenaban más los ojos y un huequito de aquí adentro. Se sentía menos vacío el lugar y la ciudad entera.

Pero los problemas nos empezaron a llover, o más bien a subir desde abajo. Cuando comenzó la temporada de las lluvias, el hermano del dueño, el ingeniero, me dijo que revisara las coladeras y tuberías de la azotea, ya que había filtraciones en sus techos, porque sus oficinas estaban inmediatamente abajo de nosotros. Así lo hice y se lo dije: todo estaba en regla, fluía bien, no había retenciones. Un mes después me llevó casi de la mano a revisar los techos

de sus oficinas, para que viera con mis propios ojos la humedad que seguía escurriendo. Nomás me estaba tanteando. No nos hagamos tontos, me dijo, te voy a dar un consejo gratis: si tu mujer quiere tener sus plantitas en sus macetas, está en su derecho, pero ésta es la forma de tenerlas en una azotea: primero pon unos tabiques en el suelo, y luego unas tablas sobre éstos y sobre la tablas las macetas. Así circula el aire, no acumulas humedad. Tienen derecho a tener sus macetitas, ¿por qué no? Y no es regaño, tómallo como un consejo. Ándale. Y así lo hicimos. Antes de que se le ocurriera subir a la azotea.

Y unos días después, el dueño me mandó llamar muy temprano. Me dijo que cuando venía llegando vio desde lejos que de la azotea se asomaban las ramas de un árbol. Que qué significaba eso. Le contesté que sí. No sabía qué más decirle. Qué no pueden subir la leña ya cortada, me preguntó. Hay el peligro que se venga abajo con el aire y cause un accidente. Cambia ese viejo calentador por uno de gas. Encárgalo a la de ya, y que te lo instale el plomero. Di un respiro de alivio. Subí alarmado a contarle a la mujer. En la noche amarraron la rama a las paredes de la casita. Y uno de los muchachos se fue por toda la avenida para ver si ya no se veían las puntas de las ramas. Por fin, por más que uno se retirara del edificio, ya no sobresalía ningún leño. Nuestros guajolotes podían seguir creciendo allí.

Pero yo no se cómo le hicimos, y con qué razones me envolvieron para que yo consintiera entrar en sus planes, porque ya dije que yo andaba como dormido de tanto trabajo, y más con tanta obligación y responsabilidad y decía sí, sí, a esto y aquello, a lo que me proponían la mujer y los hijos. Yo ni oía bien. Iba yo por el edificio como si trajera un enjambre de moscos en mi cabeza. Pero como habían empezado las aguas, la mujer, con lo que guardaba de su propio sueldo, ya tenía apalabrada una vaca recién parida en un establo de Santa Clara. Los muchachos se fueron por ella en la noche; se la trajeron arreando y a buen paso desde allá. Uno de ellos

cargó al becerrito atravesado en el lomo. Y llegaron con la vaca y su becerrito en la madrugada a las puertas del edificio. Y empezó la apuración para subirla a la azotea a escondidas. Sobra decir por qué en la madrugada y a escondidas. A esas horas nadie estaba en el edificio, solamente el velador, que era el mayor de mis hijos, mi mujer y yo y mi otro hijo.

Primero los metimos al vestíbulo y cerramos la puerta. La pobre vaca estaba espantada. Pero la teníamos bien lazada de los cuernos, del pescuezo y de las patas delanteras entre mis dos hijos y yo. La metimos a tirones y empujones. El becerrito estaba muy chiquito y correteaba de un lado para el otro como loco, se veía muy curiosillo, resbalándose en el mármol como divertido y como asustado, quién sabe, pues hasta le dio un chorrillo repentino y aventó unos chisguetes por el piso y las paredes. La mujer lo cargó y lo subió por el elevador a la azotea. Luego bajó a ayudarnos con la vaca, que queríamos subir por las escaleras. Uno estiraba y dos la empujábamos por las nalgas con todas nuestras fuerzas. Hicimos un ralladero en el piso con sus pezuñas, que me empezó a dar preocupación y solamente alcanzamos a subirla un piso; las escaleras le daban miedo, se resbalaba, y se abría de patas tanto que creíamos que se nos iba a desguangular.

Después le amarramos las cuatro patas en un solo nudo y tratamos de jalarla y subirla escalón por escalón arrastrándola, pero no pudimos, estaba bien pesadota y daba unos bramidos tan tristes, que retumbaban por el edificio como si el animal trajera una bocina, que me llenaban de miedo. Le hicimos un bozal para que no pudiera abrir la boca y bramara. Y luego daba unos resoplidos como si la estuviéramos ahogando. Para esto ya había hecho un cagadero, la pobre, de tan asustada que estaba. Mi hijo mayor dijo que la amarráramos más, hasta dejarla sosegada y la hiciéramos casi bola y la metiéramos al elevador. Y resultó. Bien amarrada, como si fuera un bultote de carne, logramos meterla en uno de los elevadores y nos la llevamos hasta arriba de un jalón. De ahí a la azotea nos

costó otra hora de trabajos, pues la desatamos y la subimos a la pobre a punta de empujones y chicotazos.

Como a las cinco de la mañana todavía andábamos todos atareados limpiando el edificio y desinfectando y perfumando el elevador y los pasillos para no dejar rastro. Pulimos con mucho esmero los pisos, y aun así muy temprano me llamó el dueño —que en todo estaba, nada se le pasaba— a su despacho para preguntarme por qué había unos rayones en el piso del vestíbulo. Le dije con mucha sangre fría que los hicieron los que habían venido a hacer la película el otro día. Me dijo enojado que por qué no le avisé a tiempo. No supe qué contestarle. Y me ordenó que llamara inmediatamente a la agencia de los pulidores de pisos y que lo arreglaran.

Esa tarde, cuando subí a descansar, la mujer ya le había hecho a la vaca un tejabán de palos, bolsas de plástico y cartones de cajas —que sacaba de la basura de los despachos— para protegerla del sol. En la noche cenamos calostros con piloncillo.

En el mercado de San Juan empezó a comprar manojos de alfalfa, que dejaba encargados con su amiga la vendedora de periódicos de la esquina, y los iba a recoger ya de noche, cuando se quedaba vacío el edificio. O cuando los jardineros de la Alameda podaban el pasto, ella iba a llenar sus costales gratis. Lo ponía a secar y lo guardaba. Le duraba mucho tiempo ese forraje.

Un día en la mañana llegó un remolino que levantó las hojas secas, la paja, las plumas y demás basura, y el piso de la azotea se quedó como barrido. Yo estaba hasta abajo y salí a la calle a mirar cómo se derramaba todo aquel basurero por los cuatro lados del edificio. Gracias a Dios que en esos momentos no se encontraba ni el dueño ni su hermano ahí, y pronto pasó el remolino y se asentó la tierra y el polvo y la basura, si no se nos hubiera caído la puerta en ese mismísimo momento.

Luego, una noche, la mujer y uno de los hijos llegaron de por el rumbo de Contreras con un enjambre en una caja adentro de un costal. Ahora sí me enojé y les dije: ya basta y sobra para tanto. La

mujer me dijo que no tenía por qué enojarme, si se trataba de algo tan insignificante, que no ocupaba mucho campo, y que además esos animalitos iban a andar por el aire y se iban a pasar acarreado miel de las flores de la Alameda; solamente iban a venir a dormir, que en qué me molestaban a mí o a nadie. Que cuando me estuviera comiendo las primeras mieles ya ni me iba a acordar de este mal rato. El cajón del enjambre lo acomodó entre las cajas que contenían las plantas que ya estaban bien crecidas y dando sus frutos.

La mente de la mujer era como la panza de un guajolote, que no tiene llenadero. Esos animalitos pueden comer y comer hasta reventarse, sus buches no conocen el límite. Y ella igual, nomás urdiendo ideas, nada era suficiente, con nada estaba satisfecha. Por eso yo a cada rato le decía que en la cabeza tenía un buche de cócono.

Luego dijo: se desperdicia mucha comida y Dios nos puede castigar; nos hace falta un cochinito para que se coma todos los desperdicios. Entonces no dije nada, que viniera lo que viniera, para qué iba a gastar saliva con una mujer y unos hijos que no entendían de razones. Total, cuando se nos cayera la puerta todos juntos íbamos a salir perjudicados y fuera del edificio, y si ellos no entendían eso o no lo querían entender, pues que se atuvieran a las consecuencias. Me imaginaba que el dueño me iba a decir: ¿Qué has hecho del lugar que les encargué? Y yo qué iba a contestar, si el hijo mayor era como su madre, le salían ideas y sentimientos desconocidos, que me daban miedo, porque siempre se salían con la suya. En cambio el menor era más callado, creo que como yo, a donde lo llevara la vida estaba bien, como los guajolotes: allí donde caían estaban bien.

La mujer le hizo una cama de hojas secas y de zacate viejo a la vaca. Y esperaba que se secaran sus majadas para usarla como abono para las plantas, que seguían crece y crece.

El cochinito llegó una madrugada en una caja de madera. Más bien dos cochinitos. Para entonces los guajolotes ya estaban grandes. Ya hasta habían tenido más guajolotitos. Creo que a los

primeritos, para entonces, ya hasta nos los habíamos comido en mole. El mismo hermano del dueño, el gordote, se había despachado una buena pierna cubierta de mole verde con arroz, que mi esposa le llevó a su oficina. Teníamos hasta cinco gallinas ponedoras y un gallo blanco, con una cresta roja como una corona de carne que se le tambaleaba sobre la cabeza cada vez que se movía.

En las mañanas se sentía bien fresco aquí arriba, el gallo nos despertaba, y hasta los pájaros de la Alameda venían a cantar entre las plantas de la mujer. La vaca mugía y el pío pío de los cóconos nos hacían sentir bien a gusto antes de bajar a trabajar tan temprano.

Una noche el hermano del dueño se quedó trabajando hasta la madrugada. Al siguiente día en la tarde me dijo: oye, ¿es cierto lo que oí? Un gallo cantando en la azotea esta madrugada. Le contesté que yo también lo había oído, que posiblemente había gallos en las vecindades de Santaveracruz.

Y poco después me dijo: ¿Por qué se oyen tantos pasos en la azotea? ¿Pues qué tanto hacen allá arriba? ¿O qué tanto acomodan y clavan? ¿Qué tanto arrastran? Voy a subir a inspeccionar un día de éstos. Y me miraba como si me estuviera semblanteando. Cuando usted quiera, está en todo su derecho, le contesté con muchos huevos. Y me retiré de él sin saber qué más decir. Se lo conté a la mujer tal y como me lo dijo el hermano del dueño. Ella tomó providencias inmediatas: a la vaca, al becerro y a los marranos les envolvió con garras viejas las pezuñas, para que se amortiguaran sus pisadas y no se oyeran en los techos de las oficinas del hermano del dueño. También les puso un bozal que les quitaba solamente en las noches, cuando sabía que el gordote se había ido. Comían de noche, pero en la madrugada les ponía otra vez su bozal. La pobre vaca bramaba muy triste toda la noche; creo que no hallaba su lugar. El piso del corralito de los guajolotes y de las gallinas los cubrió de yerbas secas. Y ella andaba descalza, y nos obligó a quitarnos los zapatos durante el día, cuando anduviéramos en la azo-

tea. Y yo no me quería imaginar qué hubiera pensado y hecho con nosotros ese hombre si se hubiera dado cuenta que mi mujer incluso se zurraba en el corral del cochino para que el animalito se comiera su caca. Y decía que nosotros debíamos de hacer lo mismo. Costumbres de rancheros, pues, qué le vamos a hacer.

Y los del último piso dale y muele con la misma canción: que seguían oyendo ruidos raros que venían de la azotea. Y ahora con la novedad que les llegaba un penetrante olor a establo. Yo les dije que cerraran bien sus ventanas porque el viento, que soplabá del norte, traía ese olor de los establos de Azcapotzalco. Y para colmo de los males, un día una abeja furiosa entró al despacho y le picó a una secretaria en la frente. Se armó el gran escándalo, pero afortunadamente ni por aquí les pasó que el animalito tuviera su casa allá arriba con nosotros. Lo que sí les extrañaba era que un mosco pudiera subir tan alto.

La mujer, desesperada y un poco asustada, hizo algo para calmar un poco las sospechas: el día de la Santa Cruz, un día que el ingeniero, el hermano del dueño, hacía una fiesta en sus oficinas, mató tres guajolotes de los más grandes y se los llevó en una cazuela llena de mole y una canasta de tortillas calientes a su fiesta, cuando casi se estaba acabando y todos estaban ya medio borrachos. Él no cabía en sí de contento y agradecido. Hasta se les cortó el cuete. No dejaron ni los huesos. Hasta los dedos se mordieron de tanto que les gustó el guiso. Por un tiempo se dejaron de quejar sin ton ni son.

Pero la tarde cuando matamos el primer cochinito –ya bien maiciado– y lo hicimos chicharrones, nos metimos un buen susto: al ingeniero le llegó a sus meras narices el olor de la fritanga, y como ya dije que era un hombre muy guzgo, que siempre estaba pidiendo un bocadito de lo que la mujer hacía, se dejó subir a la azotea. Estaba tocando la puerta de entrada cuando la mujer salía con un platón de maciza y costillas calientes en chile colorado y su buen altero de tortillas. De ahí se regresó. Por seguir la carnada ni

siquiera se dio cuenta de lo cambiada que estaba la azotea. Esa vez nos salvamos por un pelito. Pero nos metió un buen susto. Estábamos cada vez más nerviosos. Nos gustaba tanto nuestro campito allá arriba, pero sólo pensar que el dueño nos pudiera caer en cualquier momento, nos llenaba de intranquilidades. Vivíamos con el Jesús en la boca.

Y los guajolotes se habían dado como plaga, bendito sea Dios. De aquellos dos primeros salieron otros y de éstos otros y así. Eran ya como cincuenta, grises y azulados, y en tres meses iban a salir todos, justo para la Navidad, para venderlos a buen precio. Ya iban a terminar de estirarse y luego a puro engorde y engorde. Estaban amontonados los pobres en lo que era su corral. No los dejábamos subir a la rama porque se podrían volar a la calle. Largos se me hacían los tres meses que faltaban para podernos deshacer de ellos; y entonces sí me iba a fajar bien mis pantalones y a la mujer ya no la iba a dejar seguir con su criadero de guajolotes. Pues un día uno nos metió un tremendo susto. Se subió a la barda y no lo pudimos bajar. Al rato se fue al vacío. Lo dimos por perdido. Fingimos que ni nos preocupábamos, que no lo conocíamos. Ni quisimos saber dónde fue a caer, si vivo o muerto, si alguien se lo llevó, si lo apachurró un coche. Afortunadamente, creo que nadie se dio cuenta en el edificio cuando cayó.

De unos botes de tierra salían las plantas de los chayotes. Era septiembre y ya casi habían crecido lo que tenían que crecer. Cubrían los tendedores y la enramada que les había hecho la mujer. Una mata se subió a la rama seca y ahí se enredó. Tapaban por completo el techo de nuestra casita y la bodega. Pero nunca nos dimos cuenta que una mata había brincado la barda. El aire y el peso de dos chayotes que tenía ese brazo lo echaron para abajo.

Esa tarde de septiembre pasaba por enfrente del despacho del ingeniero cuando éste me hizo una seña con el dedo para que lo siguiera, como si su coraje fuera tanto que no pudiera decir palabra. Me pasó a su oficina y apuntó con el dedo a la ventana para

que yo viera. Al otro lado del vidrio, el aire mecía una guía de chayote con chayote y todo, con sus hojas y sus tirabuzones traspasados por la luz del sol poniente. Era como si mi corazón estuviera ahí colgando lleno de clavos. No dije tampoco nada. Di media vuelta y me fui para la azotea. Ahí me quedé más de una hora pensando qué hacer y qué decir.

Y bien que me acuerdo de esa tarde. En mi vida se me va a olvidar esa fecha. Está grabada con lumbre en mi alma. Era el 18 de septiembre. Cuando abro la puerta de la azotea, me topo con él, ahí está el dueño parado, como esperando a propósito que alguien saliera. Ni siquiera había tocado. Estaba como un gato esperando que salga el ratón del agujero para cazarlo y tragárselo. Dio un paso para adentro y miró a todos lados con los ojos bien pelones.

¿Pero qué es esto?, gritó con una voz destemplada y chillona, como si estuviera ante la visión más horrorosa que hubiera visto en su vida. Se le pararon los pelos como si hubiera metido la cabeza a la mismísima puerta del infierno. Hasta los guajolotes se espantaron y aletearon todos, se movieron todos al mismo tiempo, se arrinconaron más en su rincón, como si ellos también hubieran visto al diablo.

La mujer salió de la casita y se quedó tiesa a medio camino, esperando que yo hiciera o dijera algo. Mi hijo, el grande, que venía detrás del dueño, fue el que lo agarró por atrás, le torció una mano y le tapó la boca para que no siguiera gritando. Lo dobló y lo tiró al suelo sin soltarlo. La mujer, en menos de lo que se los cuento, se quitó el delantal y se lo dio al hijo para que se lo pusiera de mordaza.

Al poco rato ya lo teníamos amarrado con sogas y tapado de los ojos. ¿Qué vamos a hacer? –dijo el más chico de los hijos, que había llegado después. Lo vamos a esconder mientras sacamos todas nuestras cosas y nuestros animalitos y nos les pelamos de aquí, dijo la mujer, nos desaparecemos. Y que después lo encuentren y lo desaten sus gentes. En tremendo lío nos hemos metido, pensaba

yo. Ahora cómo vamos a salir de ésta, Dios mío. Y la cosa, en vez de mejorar, empeoraba, pues al mayor de los hijos le empezó a salir un coraje y un rencor para mí desconocidos. Y eso me llenaba más de susto. Su cara estaba desfigurada. Dijo, no le tenga lástima a este explotador, papá. Merecido se lo tienen los ricos como éste. Dios mío, qué cosas he criado, pensaba yo, no lo decía. En ese momento me di cuenta que él ya había crecido, que ya era mayor de edad.

La mujer se puso a llorar y se metió a la casita, desesperada. Lloraba como si nos le hubiéramos muerto. Se le cerró el mundo. Solamente ella y yo teníamos la certeza de que se nos había venido todo abajo. Le dije a los muchachos, métenlo a la bodega con mucho cuidado, mientras pensamos qué hacer. No le vayan a hacer nada. Que no se lastime. Cerramos bien la azotea y nos juntamos en la cocina. El mayor le dijo al chico que se fuera a la entrada y se portara como si nada pasara y él nada supiera, que ya tendríamos toda la noche para pensarlo. Y luego nos dijo, todos a sus obligaciones, a sus puestos como si nada.

Y ya casi para amanecer, bien desvelados, concidimos en una cosa: ya no teníamos tiempo de nada. Por lo tanto nos quedábamos un día más, nos íbamos a ir hasta la siguiente noche. Mientras tanto, el dueño iba a permanecer todo el día en la bodega. Nosotros nos íbamos a parar bien temprano a hacer nuestro trabajo como si nada. Cada uno de los hijos al elevador y la mujer a la limpieza y yo iba a estar empacando y amarrando nuestros tiliches. A medio-día iba a contratar una mudanza para la noche.

Todo iba a salir bien. Pero cuando sobrevino la catástrofe los tres andaban lejos de mí, perdidos en las entrañas del edificio. Se los tragó el edificio, como dijo la mujer una vez.

* * *

La mañana del 19 de septiembre de 1985 a las 7:19, con un temblor de tierra, la ciudad de México se sacudió muchos de sus problemas en unos cuantos segundos. El edificio se desmoronó, se vino abajo y su azotea quedó casi al ras del suelo, intacta. Ahora el edificio parecía como un altero de tortillas: se juntaron los pisos con los techos. Un hombre –la pura sombra, como un fantasma, se movía en el polvo dorado de los derrumbes que por muchos días flotó sobre la ciudad–, había salido ileso de la tragedia. Se fue a lo largo del Eje Central arreando una parvada de guajolotes jóvenes rumbo al norte. Dos días después iba rodeando la ciudad de Querétaro con destino a Zacatecas. Cuando los periódicos empezaron nuevamente a circular decían que esa fecha marcaba el fin de la modernidad.

El espíritu navideño

A Miguel Ángel y Gabriela Quemáin

SUCEDIÓ AQUELLA MADRUGADA de Navidad, durante la fiesta del terrible fin de Isidro en su ya legendario departamento. Era la primera vez que el Alquimista iba y la última que estábamos ahí nosotros. Ahora no me acuerdo quién lo llevó y en qué momento se adueñó de la reunión. Porque aunque a primera vista le podría caer a uno pesado, después de intercambiar unas cuantas palabras, seducía con su plática, su sonrisa, su cortesía, su picardía. Pronto se daba uno cuenta que era simpatiquísimo, y lo que es más: encantador. La curiosidad que despertó en mí su personalidad me motivó a echarle una rápida observación para luego descubrir que la técnica de su éxito era una labor bien planeada, que consistía en ir conquistando de a uno por uno a los miembros del grupo y que después todo girara legítima y naturalmente alrededor de él. Por eso la mayoría de los que estábamos en la fiesta andaban con que el Alquimista para allá, que el Alquimista para acá, como si no hallaran dónde ponerlo o qué honores hacerle.

Hasta Isidro, que al parecer ya lo conocía, le preguntó con mucho entusiasmo y familiaridad, como si verdaderamente hubiera extrañado su ausencia en las cantinas o en las calles de la ciudad:

—¿Dónde te has metido, caray, que no te has dejado ver en un buen tiempo?

—Me ha traído el viento de aquí para allá. Pero sigo haciendo lo mismo.

Recuerdo que la pregunta y su respuesta me causaron cierta sorpresa, o mejor dicho, cierta incomodidad en el momento en el

que se produjeron. Y no puedo explicarme bien a bien este sentimiento. Tal vez se deba a la familiaridad con la que Isidro y él se trataron. Porque en aquel momento me parecían dos personalidades antagónicas. Además de que Isidro era mi mejor amigo y yo nunca había oído de la existencia de ese personaje en su vida. Pero después de la tragedia en que devino la fiesta, ese simple diálogo ahora me pone los pelos de punta, me horroriza.

—¿Quién es ese compa? —le pregunté a Isidro en cuanto pude.

—¿A poco no lo conocías? Te lo encuentras en todas partes —su respuesta no me sacó de ninguna duda, y no era el tiempo ni el espacio para hacer aclaraciones. Una chica con la cual me dejé platicando Isidro, me confundió aún más. Pues me dijo:

—Es buena gente. Lo que pasa es que a veces se deschaveta. Dicen que tiene que permanecer por días colgado de cabeza de una pata o de un columpio, no sé, que dizque para que el litio que le recetan le llegue a la cabeza, si no... —y la muchacha puso a girar un largo y flaco dedo índice, como si fuera una mosca, alrededor de una de sus orejas de la cual pendía una enorme arracada de oro.

—¿El qué? —le pregunté.

—Litio...

El Alquimista estaba muy consciente de que sus comentarios y respuestas las más de las veces causaban alegría, risas o estupor. Así como también a cada rato externaba juicios como para que uno se diera cuenta, si no lo había hecho ya, de lo saludable y bien que se le veía. Pero tampoco quiero decir que pareciera echador y artificioso o que por eso perdiera un poco de su encanto natural. No.

—Me sorprende —decía— que de un tiempo para acá soy el más viejo en todas las reuniones.

Y sí lo era, pero sólo porque él lo confesaba. Se veía igual que todos los demás. Aunque en un arrebato de extrema justicia, se veía más joven que muchos de nosotros, que el mismo Isidro, lo que sea de cada quien.

—¿Qué tan viejo? —preguntaba alguien.

–Llegué aquí desde hace mucho tiempo. Yo estuve en la fundación de Zacatecas. De eso hace ya como quinientos años. Y anduve muy ocupado en la Guerra chichimeca, jóvenes.

Todos reíamos a mandíbula batiente. Y alguien más se atrevía a preguntar:

–¿De qué lado?

–Eso sí no me lo pregunten, porque ya no me acuerdo, jovencitos.

Tenía la costumbre de terminar sus enunciados con la palabra jóvenes, chicos o tontuelos, como el torero que con una muletilla le pone su firma a una faena bien hecha.

Isidro, cruzado de brazos, estaba en el balcón, recargado en el barandal, escuchando atentamente a una muchacha que gesticulaba vehementemente con un vaso en una mano y un cigarrillo en la otra. Se veía la ciudad desde cualquier lugar de la sala. Una ciudad adornada de Navidad. Era una noche esplendorosa. Todo el mundo se veía fresco, descansado, feliz. De los bafles del modular salía música de viento. El Alquimista hablaba en medio de un grupo, todos se hallaban parados a la entrada de la cocina. Pero cuando pasé a su lado, él estaba de espaldas y, como si tuviera ojos por detrás, volteó a mirarme y continuó platicando ahora dirigiéndose a mí, dando por hecho que yo ya formara parte del grupo cuya conversación indudablemente él dirigía.

–Les estoy diciendo a estos jóvenes que me parece bien que Isidro haya dejado el árbol de Navidad ahí nomás recargado en la pared. Sin su clásico nacimiento abajo. Como que se arrepintió a medio camino, ¿no? El tan llevado y traído espíritu de la Navidad, yo digo que no existe. Es una substancia que producimos nosotros mismos aquí adentro –y con el índice de su derecha se golpeó tres veces con fuerza la frente.

–A mí sí me gustan los árboles de Navidad –le dije–. ¿Qué tienen de malo?

–¿Por qué? –me preguntó con mucho interés, como si estuviera a punto de comenzar el análisis clínico de una verdad universal en

un salón de clases. Yo pensé que estaba frente a un profesor de filosofía de la universidad.

–No sé, no lo había pensado. ¿Qué puedo decir? Me gusta su olor. Me gusta ver los foquitos de colores que prenden y apagan. El brillo de la escarcha roja, verde y plateada sólo se ve en estas épocas. El pelo de ángel también, o como se llame.

–¿Ven ustedes? –dijo él, dirigiéndose a los demás, como si estuviera destazando mi cadáver–. Está diciendo que abre dos de sus sentidos para que entren en su cuerpo dos sustancias: el olor del pino y ciertas luces de colores. Dos sustancias que una vez adentro del cuerpo y combinadas con otras producen el espíritu navideño. Ahora dime tú, ¿para ti qué es la Navidad?

–Fiestas, alegría, regalos. Comida del cuerpo y del espíritu, se me ocurre –dijo una morena guapísima.

–Lo mismo otra vez. Miren, por ejemplo, este departamento está saturado de humor de gato; y ya se le metió a Isidro en los sesos. Antes le gustaban los pájaros, ¿se acuerdan? Ha cambiado a los gatos. Cayó del universo aéreo al universo terrestre y depredador. ¿Se acuerdan cuando enseñó a fumar a su guacamaya? Por cierto, ¿también se le fue? Este olor a gatos ya me hartó. Estos olores me han producido el sentimiento de odio hacia esos animales. Fíjense que ahora se usa mucho decir, tratándose de parejas: no hubo química entre nosotros. O no se produjo la reacción correcta. O lo nuestro es muy químico. Y cuánta razón hay en esas palabras.

Se quedó callado un rato. Todos esperábamos que siguiera hablando.

–Díganme: ¿qué nos hace quitar rápidamente la mano de una plancha caliente sino una intrincada y gradual serie de impulsos químicos que conspiran para llevar a cabo ese acto reflejo? Pero, ¿qué es la Navidad? –se preguntó a sí mismo el Alquimista–. Lo que ves, lo que comes. Vas por la calle y ves árboles de Navidad en las ventanas de las casas, en los jardines, en los aparadores de las tiendas. Foquitos aquí y coronas allá; y tu cerebro le manda tele-

gramas a tu cuerpo diciéndole: se acerca la Navidad, ponte feliz, época de sorpresas, fiestas, buenos propósitos. ¿Y con qué manda estas señales? Simple y llanamente con substancias, jóvenes. Y aquí déjenme hacer un paréntesis. Es substancia, no sustancia. ¿Por qué quitarle a la palabra su raíz? La podemos matar, le arrancamos su alma. Así que cuidado.

Siguió preguntando, especialmente a las muchachas, qué significaba la Navidad para ellas y luego traduciendo cada una de las respuestas, según él, a términos químicos. Cuando el grupo se fue desintegrando y perdiendo fuerza el interés por la conversación que nos había reunido, me quedé solo con él. Yo, como sentí que él estaba lleno de energía, de ganas de platicar, le dije:

-¿Tú qué haces?

-Yo vivo en las cavernas y de las cavernas. En las mismísimas entrañas de esta tierra que pisamos. Soy un ser subterráneo.

-¿Qué? -le pregunté molesto. Para mi pregunta sería yo no quería una respuesta de charlatán. No me gusta que me vacilen. Me chocan los vaciladores. Estaba a punto de impacientarme. Y él lo notó, porque en ese instante me dijo:

-Trabajo en una mina de Fresnillo. Soy ingeniero químico.

-¡Ah, ya caigo! -sonreímos juntos. Yo completamente aliviado. Ahí me di cuenta que le gustaba jugar con las reacciones del que lo escuchara. Y en un momento límite salvaba la situación alegremente. Hacía como el paso de la muerte con los sentimientos ajenos. No era un guasón irresponsable. Eso me incomodaba un poco, porque él sabía que uno sabía, que él sabía que estaba siendo manipulado por él.

-Debe de ser una ocupación muy interesante, ¿o no?

-Pues sí. El mundo de la materia es todo lo que hay; lo demás son meras transformaciones de ésta. Vamos a decir que mi trabajo se halla en las mismas fuentes, en la base de todo. ¿Y tú que haces...? Ah, sí, ya me dijiste que trabajas en una maquiladora de aquí de Calera. Ustedes sí que le sirven al diablo. ¿No es cierto? Estoy

bromeando –e inmediatamente me puso su mano derecha extendida en el hombro y me lo sacudió con fuerza y afecto.

Yo nunca le había dicho dónde trabajaba, porque ésta era la primera vez que cruzaba palabra con él. Y como no quería que la conversación se fuera por otros rumbos, no quise averiguar cómo se había enterado. Nos metimos a la cocina para prepararnos sendas cubas. De pie y recargados en la mesa le dije:

–Aunque yo no esté muy de acuerdo, es interesante lo que planteas. Eso de las substancias –y subrayé la palabra para indicarle con eso que lo estaba siguiendo– cuando menos es muy original.

–No, no. Para nada. Recién me entero que en tiempos de la Colonia ya había alguien que pensaba exactamente como yo. Y en los mismos lugares. Qué coincidencias.

–¿Cómo está eso?

–En las bocas de la misma mina, donde ahora trabajo, vivía una mujer, llamada doña Refugio Rojas, a la que la inquisición le echó el guante encima acusándola de bruja. Pero en realidad era curandera. Vendía amuletos, encontraba objetos perdidos, transformaba malas voluntades en buenas, preparaba pócimas de amor y para lo contrario, desenamorarse; si alguien ya aburrido se quería zafar de una relación amorosa, había una pócima que hacía que la separación fuera armoniosa, sin que ninguno de los dos miembros sufriera. Pero lo más interesante se halla en las conclusiones a las que llegó después de muchos años en el ejercicio de su profesión. Una amiga historiadora, conociendo mis deformaciones profesionales, me pasó una copia del juicio inquisitorial, que en términos modernos podríamos llamar: las averiguaciones previas.

–Y se puede saber qué dicen...

–Claro. Básicamente la acusación se reduce a esto: por andar propagando embustes y haciendo creer a los ignorantes ideas contrarias a la religión, la condenaban a morir quemada en leña verde de mezquite. O sea que antes de morir había también que llorar mucho a causa del humo. Imagínate. Y su tesis también era muy

simple. Alegaba, con muchos argumentos, tratando de convencer a sus detractores, que ella por fin había descubierto la piedra filosofal. Que era la dueña del secreto. O sea que había descubierto cómo transformar todo lo existente, pero digo todo, en oro.

Así pues, empezaba su alegato diciendo que todos los frutos de la tierra se transforman en espíritu, en afecto, en amor o también en maldad. Que el mundo era sustancia únicamente. Que no debíamos hacernos ilusiones. Y en eso ella tenía razón, pues era curandera y conocía las plantas medicinales y sus secretos. Hablaba con conocimiento de causa, ¿no crees? Una manzana, afirmaba, un pedazo de pan, se transforman en un pensamiento. Después en una acción. La prueba más contundente que daba era el vino: ¿no causaba estragos en los hombres que, por otro lado, sin él eran rectos y prudentes? ¿No envalentona a unos y pone a llorar a otros? ¿Y qué de las drogas que los indios se untaban en las piernas y comían a mordidas? Decía: no somos más que una serie muy compleja de compuestos, de sustancias, que se combinan unas con otras para dar los resultados más imprevisibles, pero, por otro lado, nada extraños, nada misteriosos. Y llegaba a conclusiones temerarias, decía: la lucha en este mundo es sólo para conseguir el alimento. O sea las proteínas, para usar una palabra nueva. Los ricos las acumulan en sus trojes, en sus graneros, en sus despensas, en sus cavas, en sus ganados que pastan en las praderas. En el oro y en la plata que es pura sustancia, pura energía comprimida al máximo. Y que todo el mundo teníamos miedo de que nos faltaran estas sustancias, porque significaba la muerte.

En ese momento de la conversación me di cuenta que dos de las muchachas, que habían estado platicando con nosotros, se hallaban frente a un ventanal de la sala poniendo el árbol de Navidad. Ya lo habían acomodado y le habían extendido sus ramas. El aroma de pino, ahora un poco más fuerte, invadía la sala y a mí me llenó de contento. Cuando al fin se encendieron las luces entre el follaje, todos aplaudimos. Isidro y la chica con la que platicaba en el bal-

cón se unieron nuevamente al grupo. Los gatos, asombrados, perplejos, miraban al árbol sin parpadear; en sus ojos se repetía en miniatura el árbol de Navidad.

—Y se ve que los inquisidores esculcaron en su mente con una minuciosidad de profesionales, porque en el interrogatorio la hacen desglosar sus teorías una y otra vez para que no quedaran dudas. Para darte un ejemplo, dio su definición de amor. Dijo: es una terrible enfermedad, una drogadicción que si no se cura a tiempo —pues ella conocía los remedios— puede llevar al pecado y al crimen. Que incluso podía llevar al afectado a renegar de sus progenitores, a ver el mundo con otros ojos. Y los síntomas son claros: consisten en que los ojos de alguien elijan a un desconocido y lo envistan de cualidades y atributos que no tiene, para que satisfaga las necesidades de esta enfermedad. Ella decía que el amor no era más que sustancias y humores que corrían por el cuerpo y que el mismo cuerpo producía, punto. Un magma químico es el cerebro, y de ahí brota el amor en pensamientos, en sentimientos, en acciones.

Pero volviendo a la piedra filosofal, ella reclamaba su crédito en el descubrimiento que había hecho en la misma entrada de las minas. Un indio, una gallina, un esclavo negro, un pedazo de pan de las indias, una vaca, el sudor de un caballo: todo se podía convertir en oro puro, sólido. Y los procedimientos no eran muy complicados. Ella le preguntaba a sus inquisidores, triunfal, que cómo los filósofos del pasado habían estado tan ciegos. El primer paso era la esclavitud en cualquiera de sus formas. En su forma más elemental: un indio come y bebe. Y come y bebe para tener energías y entrar a las minas y trabajar y sacar el oro y la plata a la superficie. Ese pedazo de pan o carne y ese vaso de leche se convirtieron en oro y plata en las manos del dueño de la mina. El dueño alimenta al esclavo y al animal para que le produzcan oro. Todos sus bienes los puede transformar en oro en el momento que así lo quiera.

No solamente en las minas se hallaba la piedra filosofal: todo lo que se come se transforma en sustancia, y ésta en energía y esa energía se transforma en trabajo y ese trabajo se transforma en oro. Y ese oro es del dueño de la mina, de la hacienda, del taller, de la fragua, de la tienda. Un dueño cualquiera, de lo que sea.

El cuerpo es el lugar donde se juntan, se revuelven y se separan las sustancias, les decía a los inquisidores. Dentro de ese reducido espacio de la naturaleza había como un cazo donde lo que caía se fermentaba, se transformaba y producía otras sustancias que daban como resultado sentimientos. Coman ustedes gansos, patos, pollos, faisanes, palomas y sentirán alas dentro de sus mercedes; serán ligeros. Coman peces y ecos del mar, de la laguna, del río recorrerán sus cuerpos, éste llevará sus ritmos. Coman cerdos y se arrastrarán sobre la tierra, tendrán deseos de trompear y revolcarse en el lodo. Un cerdo se quedará a vivir dentro de sus mercedes a causar estragos.

Recuerdo que fue entonces cuando miré a Isidro nuevamente en el balcón, y ahora platicaba acaloradamente con Jorge.

—No hay duda que la depresión es producida por una hormona. La euforia es una sustancia también —dijo el Alquimista—. Mira hacia el balcón: aquellos, nuestros amigos, están bien deprimidos.

—¿Y tú cómo sabes?

—Nada más hay que verlos. Míralos: le están metiendo mucho vino y malas palabras a su cerebro —en ese momento me di cuenta que él solamente tomaba coca-cola con agua mineral y hielo—. Peligrosa combinación. Pronto se producirá una reacción, cuyos resultados ahora no podemos predecir. Porque las palabras también están hechas de sustancia, que salen de nuestros labios y caen en otro cerebro. Son sustancias que viajan en el aire como el polen. Y repito: alcohol y depresión son dos compuestos que se llevan muy mal.

—Pero no me has contestado cómo lo sabes.

—Ellos ya son una docena de cervezas cada uno. Eso basta. Pero

el amor también es una serie de sustancias. ¿La idea de Dios y la Navidad es una sustancia también? Indudablemente, ¿o no? Si las ideas son sustancias o más bien están hechas por sustancias que se desdoblán, y combinan y andan en nuestro cerebro, entonces Dios es una idea hecha por sustancias, ¿o no? Ni más divinas ni menos divinas. Por eso cuando se es viejo el cuerpo se empieza a vaciar, se le van ciertas sustancias, nomás ya no las produce. Se van los deseos, los sueños, todo, el amor.

—Es muy temerario, como tú mismo dices. Es simplificar mucho, ¿no? Reducir mucho. ¿Entonces qué es el bien y qué es el mal para ti?

—Creo que no me has entendido. A estas alturas tú ya deberías saber lo que pienso.

—¿También sustancias?

—¿Qué más? ¿Tú crees que puedan ser otra cosa? Y no se te olvide la "b".

Y siguió hable y hable y yo escuche y escuche, no encontraba la forma más cortés de cortarle la plática o dejarlo ahí hablando solo. Además de que con los que me interesaba platicar estaban ocupados. Me preguntó: ¿Y qué es un drogadicto, sino alguien que está experimentando con su cuerpo como si fuera un laboratorio?

—Para ponerte un ejemplo gráfico de lo que digo —continuó—, el matancero de mi pueblo está gordísimo. ¿Qué pasó? Poco a poco se fue metiendo en su cuerpo un marrano de los que él mismo mata. El pobre vive dentro de un cerdo, que materialmente lo está ahogando. Un objeto, un animal puede meterse enterito en tu cuerpo y vivir ahí. No me lo vas a creer, bueno —se empinó medio vaso de un jalón—, esto sí no me lo vas a creer, pero conozco a un tipo que tiene un coche adentro.

* * *

Los dos estábamos frente a frente metidos en esa discusión bizantina, pero de todas maneras yo sentí como si desde acá él los hubiera empujado, o con un simple soplo suyo pudiera hacer que dos cuerpos se desprendieran del balcón y cayeran cuatro o cinco pisos abajo. Porque cuando volteeé y no los vi en el balcón y luego, en medio de la confusión que le siguió, él me dijo:

–Las sustancias caen a la tierra y se pudren y se transforman: eso es todo jovencitos –aunque estoy seguro que cuando pronunció esta última sentencia, faltaban algunos segundos para que él y los demás se enteraran de la tragedia que se estaba llevando a cabo en el balcón. Sufrí lo que se dice una descompensación. Se me cortó la borrachera de un sopetón. Tenía la boca seca, la lengua, como un cuero. Me temblaban las rodillas. Reacciones extrañas sucedían dentro de mi cuerpo.

–Hay pocos que pueden sobrevivir a la explosión del cosmos.

Luego hizo otro comentario que me pareció totalmente fuera de lugar y el colmo de su cinismo:

–Este mundo es sólo sustancias en movimiento, que actúan unas sobre otras. Temo decirles que no hay más, jóvenes. No hay razón para mistificar.

La última imagen que recuerdo de él es que andaba por la sala como perdido, desconcertado, sin que nadie le hiciera caso –pues él seguía bien conectado en lo suyo y todos los demás estábamos reaccionando a lo que había sucedido con Isidro y Jorge– repite y repite como disco rayado:

–No hay por qué hacerse ilusiones.

Desde aquella noche no lo he vuelto a ver, gracias a Dios. Se hizo ojo de hormiga, así como llegó se fue. Cuando vinieron las averiguaciones y la pesadilla parecía no tener fin, nadie reclamó su presencia o se acordó de él, como si no hubiera asistido a la fiesta, como si no existiera. Como si hubiera sido un sueño sólo mío, un producto de lo que comí, fumé y bebí en esa fiesta. O una aparición. Ahora siempre me lo imagino colgado de los pies en un hos-

pital, curiosamente de un árbol de Navidad o de las vigas de una troje para que el litio le circule por la cabeza, se fermente, se desdoble –o lo que sea– en ese complejo magma químico donde según él se producen Dios, el amor, la muerte y la vida. Pero sé que a la vuelta de algún camino, el día menos pensado, aparecerá. Porque siempre ha sido así.

El árbol de nochebuena

LLEGAMOS A LA casa de los abuelos cuando apenas empezaba el frío. Todos los árboles del patio, encerrado en sus cuatro muros bien altos, ya estaban casi sin hojas, pelonas sus ramas. El escaso follaje se veía opaco, muerto. Como que se querían escapar por las azoteas, por el cielo, las higueras, los naranjos, el chabacano, la jacaranda y un enorme árbol de nochebuena, hecho de puras marañas. Ora sí nos dejaban jugar en el lugar donde quisiéramos y subirnos a esos árboles viejos, nadie nos regañaba o reprendía como antes. ¿Dónde andan, niños?, si acaso nos gritaba mi tía o mi abuela desde la cocina o desde las otras piezas. ¡No se vayan a caer! Cuídense mucho; cuida a tu hermanita, Sebastián.

Le decía a Claudia, no tengas miedo, súbete tú también, tenemos permiso, nadie se enoja. Desde aquí veo muchos lugares. Podemos explorarlos todos. Hay tesoros escondidos aquí arriba. Les tengo miedo a los animales, me decía ella. Aquí no hay animales, le aseguraba. ¿Y qué son esas lagartijas y esas ardillas y esas telarañas de allá arriba?, me preguntaba. No hacen nada, le repetía, son nuestras amigas.

A cada rato se acercaba mi abuelita a alguno de los dos, a mí o a Claudia, nos abrazaba, nos pasaba sus manos cariñosas, calientes, arrugadas y viejas sobre el pelo o sobre la cara, se le escurrían las lágrimas y hacía gestos para no soltar el llanto; luego volteaba para otro lado, se cubría la cara con su rebozo y sofocaba unos gemidos que se le querían salir de muy adentro. En las ocasiones en que ya no se podía aguantar, pegaba unos gritos que nos llenaban de miedo y también nos ponía tristes a nosotros.

Cuando estaba solo en el corral, de pronto me daban ganas de llorar a mí también —como que se me juntaba mucho sentimiento aquí en el pecho— y sin que nadie me viera u oyera me ponía a llorar muy quedito porque me acordaba de mi madre. Y porque ya no la íbamos a ver.

—Baja de allí —me pedía Claudia.

Luego me repetía:

—Te digo que bajas...

—No puedo bajar orita. Espérame —me tardaba mucho tiempo en contestarle.

—¿Por qué? ¿Pos qué estás haciendo?

No le podía decir: porque se me salieron las lágrimas, estoy llorando aquí también. Estoy fingiendo la voz y no me puedo aguantar. Tengo mucha tristeza. No puedo hablar bien. Me da vergüenza hasta contigo. Porque debo ser fuerte, me dijeron muy serios mis tíos, para que tú no te des cuenta de lo que hemos perdido, porque estás muy chiquita, para que yo te proteja de ahora en adelante. Pues de pronto nos quedamos solos.

Como Claudia no me quería seguir, me pasaba horas enteras, en equilibrio, bocarriba, como crucificado en una cómoda cruz que formaban tres ramas casi horizontales. Miraba hacia las nubes y parecía que iba volando. Y me ponía a pensar en muchas cosas. Y mi tía Eloísa me gritaba, no te vayas a quedar dormido allá arriba. Es peligroso. Bájate, Sebastián.

Una mañana estaba hasta arriba, ahora abrazado a una rama del árbol de nochebuena, cuando me di cuenta que mientras los otros árboles dormían profundamente entre las sábanas grises de los primeros días de diciembre y los cantos de los pájaros eran como historias del verano que se contaban en sueños, el de nochebuena empezaba a despertarse. Todas sus puntas se estaban reventando en capullos rojos. Poco a poco ese único habitante insomne del patio sacaba a la superficie, para mostrárnosla, una pesadilla violenta, llena de sangre y dolor, un delirio arrancado de los mismos

cimientos de la casa, del pueblo, de la misma tierra. Muy pronto todas estas flores iban a estar adornando las mesas y los altares. Iban a teñir de otro rojo esta nueva temporada y nuestras vidas de por sí ya tan bañadas en ese color. Como si la naturaleza tuviera cortadas, heridas.

Ahora que lo pienso, ahora que veo al niño que fui aquellos días antes de que llegara la primera Navidad, de las muchas que a partir de entonces iba a pasar en la casa de mis abuelos, que miraba al patio y al trajinar de sus habitantes desde arriba, entre la maraña de las ramas, la escasa hojarasca y las flores de la nochebuena, desde diferentes ángulos, ahora que lo pienso, digo, llego a la conclusión de que no he cambiado gran cosa. Que cada año sobre mi corazón se abre, y desdobra dolorosamente sus pétalos, la misma nochebuena. Y que voy por la vida como un Adán recorriendo un paraíso de árboles heridos.

No obstante, dentro de las cuatro bardas de ese patio nos sentimos protegidos y fuimos felices Caudia y yo; hasta que al final de otra temporada navideña también sentí que estaba creciendo, porque las ramas de la nochebuena ya no me aguantaban, empezaron a crujir con el peso de mi cuerpo, y asustado eché un brinco al piso.

* * *

En la cena de Navidad todos estuvimos muy contentos. Comimos mucho. Nos dimos los abrazos y brindamos, nosotros con ponche. Por toda la casa flotaba, desde en la tarde, el aroma de la comida horneada para fiestas, hasta el aire frío del patio sabía a pasteles de frutas y a turrón. Como que pudimos olvidar por un buen rato. ¿O el dolor para ellos ya se había desgastado un poco? No para mí. Me causaba miedo ese comportamiento de los adultos. Y más cuando de repente, sin que viniera al caso, como sin quererlo, a mi abuela

se le escapó la pregunta de los labios. Una pregunta que seguramente andaba revoloteando siempre por su mente.

—¿Ya lo habrán agarrado, Samuel? ¿Dónde lo tendrán?

—¿Cómo voy a saber yo? —y mi abuelo había dejado de comer para mirar con furia a mi abuela, para clavar en ella sus ojos llenos de coraje—. Mujer, ¿no quedamos en que no íbamos a platicar de esos asuntos delante de estos niños?

Y en cada celebración, a partir de esta noche, me vendría a la mente nuestra pérdida. Por lo tanto, toda alegría tenía algo de ilícito. ¿La flor de nochebuena no es también algo ilícito, que produce la naturaleza, el jardín, en medio del invierno, cuando debería de estar dormida, en reposo?

Harto después de la misa de gallo —con faroles de colores y muchas velas encendidas— y de haberle dado dos vueltas a la plaza para bajar la cena, y de que habíamos rezado nuestras oraciones para dormir con los angelitos, y mientras nos ayudaba a ponernos las pijamas y nos acomodaba en nuestras camas, ya muy tarde, que hasta solitos se nos cerraban los ojos y nos tambaleábamos de tanto sueño, mi tía Eloísa nos dijo:

—El niño Jesús va a nacer dentro de todos nosotros esta misma noche. Hagámosle un pesebre bien calentito en el corazón. Nos va a traer alegría y consuelo. Desde mañana nos vamos a sentir diferentes. Así es como Dios nos renueva la vida cada año.

Mi tía Eloísa también nos dijo que iba a dejar la luz prendida y que se quedaría con nosotros hasta que estuviéramos bien dormidos para que no nos diera miedo. Se sentó en la orilla de la cama de Claudia y ésta le preguntó:

—¿Qué vamos a hacer mañana, tía?

—Cosas divertidas y bonitas. Ya verán.

—¿Como qué, tía?

—Mañana temprano, después de desayunar, nos vamos a ir al río a recoger más pedernales y musgo. Para ampliar el nacimiento, para hacer el caminito por donde llegarán los Santos Reyes. Tú mis-

ma dijiste que se necesitaba uno más grande. Iremos hasta el cerro para traer otras ramas de pino, y más flor de peña, en fin que tenemos bastantes estrellas y esferas y luces...

—¿A ver, Sebas, cómo quieres que nos vayamos, a pie o en los burros? —me preguntó a mí.

—En los... bu...rros... bu...rro....sss...

Y me fui con ellas, pues al siguiente instante yo empecé a soñar que íbamos los tres muy contentos río arriba, por la orilla, caminando sobre las playas de arena mojada, bien arropados, cargando una canasta cada quien, donde acomodábamos los pedernales que nos encontrábamos y los témpanos de musgo que desprendíamos de los peñascos. Los burros los habíamos dejado amarrados de las raíces de un álamo. Y el agua helada que corría entre las piedras era la música que acompañaba a los pájaros, que en los árboles y en los arbustos de la orilla, con sus picos bien abiertos, nos cantaban canciones de Navidad. Pero eran canciones muy tristes y de los ojos de los pájaros se desprendían lágrimas gordas que iban a caer en la arena transformadas en piedritas de cristal de todos los colores. Y que nosotros las recogíamos para pavimentar el camino por donde iban a llegar los Santos Reyes con sus cargamentos de regalos la mañana del seis de enero, para que así concluyera la temporada de la Navidad.

—¿Y ya sabes qué les vas a pedir a los reyes, Claudia? —le preguntaba mi tía.

—Sí, Eloísa.

—Buenos, pues. Mañana en la tarde te ayudo a escribirles tu carta. Pero primero piensa bien qué les vas a pedir. Tienes de aquí a mañana. ¿Estás oyendo tú también, Sebas?

—Sí, Eloísa... —le respondí entre sueños.

También debo decir que aquél fue el último año que le escribí una carta a los reyes. De hecho tuvimos que hacer dos cartas cada cual, ya que una era para ponerla en el zapato que se deja a un lado del nacimiento y, la otra, para enviarla al cielo bien pegada a un

enorme papalote de papel de china, que fabricamos con nuestras propias manos y que echamos a volar en el aire de las praderas que hay allá arriba del pueblo, en el cerro de la Cruz. Y que cuando le soltamos la hebra y el viento se lo llevó muy alto, muy lejos, hasta donde ya no lo podían ver nuestros ojos, sentimos que nuestro mensaje iba derecho a Dios, a los Reyes Magos.

Creo que los dos le pedimos a los Santos Reyes la misma cosa: que a nuestro padre no lo aprehendieran y no lo lastimaran.

* * *

Ahora que soy adulto me doy cuenta que sí nació ese niño dentro de nosotros aquella noche. Y que ese niño creció y creció sin saber qué era tener padres. Un niño que se hizo viejo. Y que por lo mismo, la vida fue una larga pasión, un largo viacrucis donde se nos azotó, caímos y levantamos, una Verónica también salió a nuestro encuentro y tuvo nuestro rostro cansado y lleno de dolor entre sus manos bienhechoras, el agua fresca y reconfortante también bajó por nuestras gargantas, así como la hiel, a su tiempo. Y no faltó la herida del centurión en el costado, que plantó en nuestra piel la última flor de nochebuena, que sacó de nuestro cuerpo la última gota de vida.

Nuestra existencia –la de Claudia y la mía– ha sido como la de cualquier otro humano, tampoco quiero sentirme un ser especial. Nuestra vía dolorosa también la pavimentamos nosotros mismos y, en gran parte, con la ayuda de los demás. Sin embargo, siento que en realidad nosotros la comenzamos a recorrer muy temprano, y que fuimos dejados, por seres irresponsables, a nuestra suerte en ese camino. Al final de aquella temporada navideña en el patio de nuestros abuelos, en el momento cuando pisé la tierra al bajarme del árbol de nochebuena, como que una alfombra se empezó a desenrollar ante mis ojos. Y aunque ha sido un camino pavimentado

con guijarros de muchos colores, nunca he ignorado donde éstos tuvieron su origen.

Desde entonces, jamás me he vuelto a subir a un árbol; y siempre que veo a un niño o a un adulto entre las ramas de alguno, un escalofrío me recorre el cuerpo, me mareo, y pienso que ese ser humano no tiene por qué desafiar al precipicio; que es como recorrer los pasillos de un universo terrible. Debido a que con la maraña de esos brazos leñosos y esas hojas crea un mundo aparte; y porque en el espacio de un árbol también se forman muchas cruces. Y una cruz, a su vez, es un reducido espacio de madera donde apenas cabe un cuerpo, sin embargo, cuerpo y cruz se vuelven infinitos, pues sólo por el azar de ese encuentro se llevan a cabo los más hermosos dramas.

Y que las flores de nochebuena, con sus aterciopelados pétalos rojos, salen al mundo a contarnos un viejo relato de sangre cada diciembre.

Macarito

A Ignacio Trejo Fuentes

—ACABÓ CON SU CUERPO, pero su mente está funcionando bien.

Fue lo que dijo el doctor sobre mi tía María del Consuelo. Recién había cumplido noventa y dos años y los pobres de sus hijos no tenían para cuando terminar de batallar con ella: la metían y la sacaban del hospital cada semana. Hasta que ya no respondiera al tratamiento, les había dicho el mismo doctor.

Ésa fue una de las muchas razones por las que el pobre de mi primo Macarito decidió irse de nuevo para Los Ángeles. Ahora sí definitivamente, decía él. Pensaba estar cerca de ella cuando Dios la recogiera. Sentimentalismos, digo yo. Pero el pobre ya no halla su lugar.

Por eso, nosotros, los que fuimos sus compañeros de la fábrica, le habíamos organizado esta fiesta sorpresa, más bien esta comida de Navidad, con una coperacha. Entre todos también le habíamos comprado su boleto de avión, uno barato. Ahora creo que como para deshacernos de él cuanto antes. Todos lo seguían apreciando a pesar de que hacía más de un año que lo habían corrido, pero andaba por la ciudad y no dejábamos de encontrármolo por aquí y por allá.

La comida era a las tres, a esa hora iban a llegar todos los compañeros. Él y yo habíamos decidido adelantarnos una hora para esperarlos jugando billar en el sótano del restaurante. Hasta esa mañana le dijimos que estaba invitado a comer.

—No van a llegar. Vas a ver —me dijo medio nervioso.

-Sí van a llegar, no te apures.

-Hasta viene Chepo.

-¿Qué?

-Él le entró también.

Chepo era un viejo huichol con el que estaba Macarito, el cual le había dado posada desde que se deshizo de su casa y se le acabó el dinero. En realidad nunca le pregunté cómo lo conoció. Vivía con él desde mucho antes de que lo liquidaran en la fábrica. El viejo le hacía pie de casa y hasta le daba de comer sin cobrarle nada. Lo mantuvo un año entero. Era un viejito buena gente que hablaba nuestro idioma todo mocho, que no tenía ninguna obligación, más que su buena voluntad, de mantener al irresponsable de mi primo; porque era una irresponsabilidad ir por la vida así, aunque él no tenía la culpa, no había crecido, se portaba como un niño.

Don Chepo era dueño de una casita para él solito allá por el lado de Lo de Bracho y lo mantenían unos hijos que al parecer radicaban en Ciudad Juárez. Le tenía mucho cariño a Macarito, y cuando lo fui a invitar a la fiesta de despedida, hace menos de dos semanas, me dijo que estaba triste porque su muchachito se iba tan lejos, que él no sabía qué más buscaba, que quién sabe si Dios le diera licencia de volverlo ver. A mí me conmovió comprobar que uno tiene más con los extraños, que éstos pudieran sentir compasión y lo ayudaran a uno más que sus propios familiares.

Cada vez que veía a Macarito lo veía peor. Más y más gordo. Arrastraba los pies, no los alzaba, yo creo que llenos de callos y juanetes, tampoco podía doblar bien las rodillas. Y esa rara costumbre que tenía de comprarse zapatos bien justos y a veces hasta un poco chicos. De por sí tenía los pies cortos y en proporción con su cuerpo se le veían más. Siempre le preguntábamos: ¿por qué no te los mides antes de comprarlos? Ni siquiera doblaba bien los dedos de las manos, no se le cerraban bien de tan gordos o hinchados. Tomaba el taco del billar como si fuera un leño ardiendo. Si se caía una bola de la mesa, no se podía agachar a recogerla. Para ir de una

buchaca a otra como que lo pensaba. Echaba esos resoplidos para llenar y vaciar sus pulmones.

Ya no rendía en el trabajo, por eso lo habían corrido.

La madre de Macarito murió cuando él nació y mi tía María del Consuelo, que sus hermanos y hermanas creían que ya se había quedado para vestir santos, se encargó de criarlo y cuidarlo como hasta los cinco años, que fue cuando ella se huyó de la casa para casarse –ya no le importó el chamaco, con lo volada que estaba por el que se convirtió después en nuestro tío– y lo dejó con mi abuelo, para entonces un viejo también viudo y mal averiguado. Y ahí empezó el desorden en el cual viviría toda su vida. Por muchos años, desde el Norte, el padre de Macarito le mandaba una carta al viejo allá cada venida de obispo.

La bola de primos crecimos juntos en el mismo pueblo. Maca no era mucho más grande que nosotros, solamente tres o cuatro años, pero a esa edad hacen una diferencia considerable. Nosotros lo envidiábamos. Era libre viviendo con mi abuelo. No tenía que ir a la escuela todos los días –faltaba cuando quería– ni a la doctrina los sábados y domingos. Ni a misa. No tenía que bañarse más que cuando creciera el río o cuando el abuelo lo llevara a nadar hasta la presa de Víboras. Era muy bueno para nadar, mejor que nadie para las corrientes fuertes, los hondos y los remolinos del río.

Sus patitos eran los que más brincaban, los que siempre ganaban. Un juego que consistía en lanzar guijarros desde la orilla del río o de la presa y que se fueran patinando sobre la superficie del agua sin hundirse, apenas tocándola de vez en cuando. Pero él practicaba por horas y horas en la cola de la presa. Juntaba un montón de piedras y ahí lo tenían tire y tire, rompiendo a cada rato su propia marca.

El abuelo lo tenía bien papachado. Andaban los dos en un par de burros bien mansos y lentos recorriendo sus propiedades. Lo llevaba a Jerez a cada rato. Maca nos contaba que allá le daba dinero para que fuera a ver películas, mientras el viejo lo esperaba sen-

tado en una banca del jardín principal, enfrente del cine. Que cuando oscurecía la ciudad se llenaba de luces de colores, que encendían y apagaban.

Le pedíamos que nos contara las películas y no daba pie con bola, todo se le iba en reírse y emocionarse y no entendíamos más que un pedazo de aquí y otro de allá. Ni siquiera del nombre de la última película que había visto se acordaba.

No tenían horas para comer, donde se les antojara y lo que se les antojara era bueno. Los dos se volvieron muy desordenados. El abuelo cargaba un morralote de cuero con una bolsa de pan adentro, tablillas de chocolate y dulces, también dinero suelto. Un morral mágico y maravilloso. Cuando le daba hambre, Maca sólo tenía que meter la mano para sacar una arepa, un tostado, un alamar o un cortado. De nada tenía antojo.

Y así, teniéndolo todo, era rezongón. Decía malas palabras, hacía diablura y media y nadie lo regañaba o lo andaba cuidando cuando no estaba con el viejillo de mi abuelo. Se juntaba con los muchachos más grandes del pueblo para que le enseñaran cosas malas, por eso hablaba como ellos. Era brabucón y nuestras mamás no nos dejaban juntar con él porque nos iba a echar a perder como él mismo ya se había echado a perder.

Por eso precisamente, él era la envidia de todos nosotros, los demás primos. Bueno para pelear con los puños, lo respetábamos. Por su puntería para las pedradas y su pericia en los demás juegos. Que si llegaba la época del yoyo, él era de los primeros en comprarse uno; de las canicas, del balero, de los cochecitos, igualmente. Pero su tren de fierro, de cuerda, bien pesado y larguísimo, con cajas y cajas de carros y otros tantos metros de rieles, casi de a de veras, que su papá le había mandado del Norte, sólo lo sacaba de vez en cuando. Me acuerdo que entonces el abuelo le daba permiso para que jugáramos con él y, en la tarde, nos permitía entrar a su casa y lo armábamos sobre las losas del corredor, lo hacíamos dar vueltas en los pilares y en los arriates de los naranjos. Disfrutába-

mos tanto desempacándolo y guardándolo después. Su casa era de las más grandes y viejas del pueblo, una cuadra entera, con dos patios, doce arcos de cantera le daban vuelta al de los naranjos. Siempre olía a azahares, los pétalos se desprendían de las ramas y se quedaban tirados por el piso. Llenas de tiliches viejos todas las piezas.

Es curioso cómo los malos recuerdos se quedan a vivir en nuestras mentes para siempre, siempre están vivos. Quizás porque Macarito era huérfano, el abuelo no nos quería, yo creo que nos odiaba a nosotros que sí teníamos padre y madre. Y cuando menos, por mi parte, el sentimiento era recíproco. Y es más, ha estado sin desgastarse dentro de mí. Nunca me dio una sonrisa ni me echó una mirada amable. Cuando murió, y mi hermano Héctor se puso a llorar, recuerdo que le dije, no llores, no te debe de dar tristeza. No está bien. No se lo merece.

Para Maca ésa fue la época más feliz de su vida. Siempre estaba hablando de cosas que habían sucedido cuando éramos chicos. Un rato de remembranzas se aguantaba, pero después de una hora se volvía tedioso y aburrido, dándole vueltas y más vueltas a las mismas aventuras. Lo sacaba a uno de sus casillas muy pronto. Ninguno de los primos, ya adultos, lo aguantaba.

La cabeza de Reinaldo se asomó por la escalera al nivel del piso y nos dijo:

—Ya llegaron casi todos. Déense prisa.

Más tarde oí cuando alguien le preguntó:

—¿Y tienes ganas de irte?

—Sí. Porque aquí nada más quiero estar hasta la madre.

—No te entiendo, pinche Maca.

—Es que a don Chepo le llevan de todo.

* * *

Pero todo cambió de repente, cuando murió el abuelo. Ahora me doy cuenta que cambió el país, las primeras familias enteras de Tepetongo se empezaron a ir a Los Ángeles. Mil cosas pasaron o mejor dicho comenzaron a pasar al mismo tiempo. El campo ya no era el mismo. Hasta el clima cambió, ya no era llovedor como antes. Se quedaron, por primera vez que yo me acuerde, sin arar y sin sembrar gran parte de las tierras. Empezaron a nacerles plantas y árboles que no daban frutos, sólo espinas de distintos tamaños, que los animales ni se comen, de las que deben de nacer en las cabeceiras de los barbechos; y como si las piedras pudieran rodar por sí solas, también poco a poco los fueron invadiendo.

A la vuelta de unos cuantos años los burros y los caballos se volvieron artículos de lujo, la gente ahora viajaba en camiones y colectivos.

El abuelo tenía cinco hijos y tres hijas. Empezaron los pleitos para repartirse la herencia: las casas que tenía en el pueblo y las yuntas de tierra en Las Cruces y en el Cerro Verde, sus vacas, caballos y burros que le quedaban y unos "centavitos", como él decía, que guardaba en un banco de Jerez.

Yo estaba muy chiquillo, pero escuchaba las discusiones y los consejos de mi madre: No te vayas a dejar. Te toca una de las casas y una yuntita de tierra.

Y hasta el pobre de Macarito se fue en el repartimiento de la herencia. Sucede que el más chico de mis tíos, el tío Juan, que vivía en México y que además se acababa de casar con la tía Mary, se encargó de él. Se lo llevó como parte de su herencia. Que dizque lo iban a educar, que le iban a dar escuela, que iba a hacer de él un hombre de bien, que estaban a tiempo.

En realidad, el abuelo le había dejado todo al huérfano, ésa había sido su última voluntad. En realidad ya no quería a sus hijos, como que ahora en su vejez se había dado cuenta que había criado una runfla de buitres. Andaba como desengañado del mundo. Pero

los tíos y tías no se iban a quedar cruzados de brazos. Se limpiaron con el testamento.

Después de que se lo llevó para México, empezaron a llegar los chismes al pueblo: se zurraba en los calzones, a veces no quería comer y cuando comía, se hartaba, y sabe cuántas cosas más. Era un burro en la escuela. Y un flojo para trabajar. El tío Juan lo despojó, lo maltrató. Y una tía lejana, la tía Sofía, se lo llevó a vivir a su casa, hasta que su verdadero padre, el tío Macario, le arregló sus papeles de residencia en el Norte y por fin lo recogió. Todo esto cuando ya estaba en edad para trabajar.

Aunque la tía Sofía sí era una alma caritativa y bien intencionada, cuando lo recogió ya no pudo hacer gran cosa por él. Y creo que ella fue la única que se le acercó para ayudarlo sin ningún interés, la única que lo quiso bien.

En cambio su papá lo explotó bien y bonito. Para entonces su papá ya tenía su segunda familia crecida y el sueldo de Maca era indispensable. Trabajaba mucho y ganaba buenos dólares, más que su papá. De esa familia sí salieron todos gente de provecho y estudiada. En cambio Maca siguió igual, o peor.

Aunque sí hizo sus ahorros, y con ellos compró un lote y construyó una casa de tabiques rojos, con jardín y todo, muy bonita, en las orillas de esta ciudad. Le echó mucho dinero a esa casa, pues pensaba casarse algún día y venirse a pasar su vejez en ella. Las puras rejas le costaron un dineral. Una hilera de lanzas de acero le daba toda la vuelta a su propiedad. Luego la alquiló para no tenerla vacía. Pero eso no era negocio.

Su padre era un hombre muy de iglesia, tenía amigos sacerdotes, y vivían cerca de una capilla. Maquita, entre otras ocupaciones, fue el sacristán por algunos años. Ayudaba en la misa, recogía la limosna y tocaba la campana. En un barrio de puros mexicanos, me imagino yo. Pero un día se le ocurrió confesarle al padre de la capilla un mal pensamiento que había tenido y éste le dijo a mi tío que

tuviera cuidado con Maca. Y en menos que se los cuento, con escándalo y todo, va mi primo de patitas a la calle.

Y así empezó otro peregrinar. Compartiendo departamentos y cambiando de trabajos a lo largo y ancho del área de Los Ángeles; hasta que, cansado, aburrido, explotado, acabado, se vino a su casa que había construido aquí.

Pero era gastador, sus ahorros no le duraron nada. Luego vendió la casa y puso ese dinero en el banco y de ahí vivía. Luego se le acabó y entró a trabajar a la maquiladora donde yo le conseguí trabajo. El último trabajo que ha tenido.

¿En qué se gastaba el dinero?

Todas las Navidades invitaba a dos o tres de las primas de las más jovencitas, pues las de su edad ya todas se habían casado. Y se las llevaba que para Mazatlán, que para Cancún, que Acapulco, gaste y gaste como si siempre le fuera a durar lo poco que tenía. Les hacía porciones de regalos. Después empezó con las hijas de los primos. Era medio incestuoso –nada más de tocar y ver, claro–, o más bien le gustaban, y le siguen gustando solamente las muchachitas. El problema es que a las muchachitas no les va a gustar un vejete ya.

* * *

Yo me encargué de llevarlo al aeropuerto en mi carcacha, para que se ahorrara siquiera también lo del taxi. Me quedé platicando con él en la sala de espera hasta que llegó el avión que venía de México. Estaba contento como un niño, porque todo iba a ser diferente en cuanto llegara a Los Ángeles. Allá conseguiría un trabajo. Según él, todo comenzaría de nuevo. Llevaba muchos ibas en la cabeza. Iba a ahorrar y luego iba a comprar una casa aquí y se iba a venir y ahora sí iba a ser cuidadoso con el dinero.

Después lo vi caminando y rengueando hasta llegar a las escalerillas del avión, y luego subir con mucha dificultad cargando una mochila. Me daba tanta lástima mi primo Maquita. De nomás mirarlo, se me hacía nudos el corazón. Me sentía mal conmigo mismo porque muy en el fondo estaba contento de que se fuera, pues de esa forma ya no lo iba a ver por un buen tiempo, y como luego dicen: corazón que no ve... Pero así es la vida, pensaba yo, qué le vamos a hacer. Dicen que es pecado preocuparse demasiado; sentir el dolor y el pesar por mucho tiempo. Además que ya tiene uno bastante con sus propios problemas.

Esa tarde de Navidad, mirándolo desde donde yo estaba, de pronto se me ocurrió que Dios siempre se estaba riendo de nosotros, de alguna forma o de otra, pues su cuerpo se había hecho viejo, pero su mente no. También me puse a pensar que su madre no se había muerto toda cuando él nació, como que un pedazo de ella se quedó sobre la tierra a morir más lentamente. Pero Él sabrá por qué hace las cosas así. Al final de cuentas, ¿qué es la existencia —ésta larga pasión dolorosa— sino un irse muriendo y renaciendo?

En el momento que el avión se empieza a mover me siento feliz, una felicidad que va en aumento, al pensar que en mi casa me estaban esperando mis hijos y mi mujer para celebrar juntos las Pascuas de Navidad, y porque estamos en la época de renacer.

Salgo del estacionamiento y en las orillas de la carretera todavía están los anuncios deslavados con los que el pasado julio el partido ecologista hacía su propaganda: Es tiempo de proteger a la naturaleza del hombre.

Danza delirante

A Frédéric-Yves y Angélica Jeannet

ESTA VEZ VENÍA de la Comarca Lagunera. Y, como casi siempre, llegué a Zacatecas la noche de Navidad, pero ya muy tarde, pues en estas épocas es cuando el trabajo más se me amontona. El taxista –el cual me bajó de la terminal al hotel– me dijo que había estado lloviendo todo el día, pero que en cuanto oscureció, había escampado. Me lavé los dientes, la cara, ordené mis cosas en el cuarto, cambié mi saco de pana por una chamarra gruesa, me enredé una bufanda en el cuello y salí a la calle sin rumbo ni planes. Sólo quería encontrar un lugar para tomar y comer algo ligero. Era ya muy tarde para hablarle a Rusti o a Cuauhtémoc; aunque estaba seguro que estarían despiertos y en sus respectivas casas, no quería incrustarme en sus ocupaciones navideñas a última hora. Mañana me comunicaría con ellos para lo de la cruda y el recalentado. Tenía muchas razones para sospechar que a sus esposas no les agradaba mucho que un solterón empedernido anduviera de sonsacador de sus maridos; pues ahora, que viajaba por la parte norte del país para promocionar los *cidis* de mi compañía, me daba la oportunidad de verlos más seguido. No obstante, prefería encontrarme con ellos en alguna cantina o en sus lugares de trabajo. Ahí ellos eran más libres, y yo también.

Por lo tanto, estaba decidido, sin autoflagelarme ni cosas por el estilo, a pasar las mejores horas de la Navidad solo. Me fui caminando por la avenida principal, pasé frente a la catedral, seguí dos cuadras hacia arriba y ni un lugar se hallaba abierto. Todo cerrado:

las cortinas de los aparadores bajadas, con sus enormes candados en el piso. Empezó a chispear: los pedazos del suelo que ya se habían secado se volvieron a humedecer.

Me sentí más desolado que un fantasma. Sin embargo, por las calles, adornadas para la Navidad, de pronto pasaba un coche aplastando y cambiando de lugar los pequeños charcos sobre las baldosas, donde se reflejaban los palpitantes foquitos de colores de las guirnaldas que pendían del cielo de la ciudad; como si sobre el piso mojado estuvieran tirados los vitrales de la catedral después de un desastre. Soplaban un viento tan frío, que lo sentía hasta en los cabellos. De todos modos, siempre me siento contento cuando regreso a Zacatecas, una extraña euforia me pone a recorrerla como si yo fuera un turista que llegara por primera vez.

De las ventanas de algún balcón iluminado, por aquí y por allá, se derramaba hacia la calle la luz interior, la música, los ruidos de las conversaciones o los cuetes. En las entrañas de la ciudad se celebraba la fiesta íntima de la Navidad. Y yo me sentía excluido de ella.

Nada más por no dejar, decidí encaminarme por último hacia el jardín Independencia, aunque de antemano ya estaba seguro de que no iba a encontrar nada abierto. De ahí me fuí al hotel con la certeza de ser la única persona en toda esta ciudad que no tenía con quién celebrar las fiestas navideñas. Pero cuál no va siendo mi sorpresa: al llegar a las puertas del hotel me di cuenta que enfrente, el mesón La Mina, estaba abierto. Y lo extraño: hacía rato, al salir, no me había fijado en ese hecho. Me cambió el humor, pues es uno de los lugares más frecuentados por mis amigos. Y pensar que por una hora había andado buscando a lo tonto.

Entré con mucho gusto al lugar, y aunque pensaba que no me iba a encontrar con nadie conocido, cuando menos podía tomar un par de copas y comer algo antes de irme a dormir y descansar. Era mejor que estar en la casa de cualquiera de mis amigos, con sus esposas y sus escuincles gritando y brincando de aquí para allá, que al final de cuenta uno ni puede platicar a sus anchas, y si no se

puede hacer eso, no vale la pena juntarse con ellos. Los procuro para echar una buena platicada. Después de los años he descubier-to que una de las ocupaciones humanas que más me gusta es la conversación. Yo vine al mundo a platicar. Estoy ahora convencido de que ésa fue la misión que Dios me encomendó. Por la misma causa, tampoco me dio una pareja: muy probablemente con su pa-reja nadie conversa tan sabroso. Estoy contento al saber que no me he perdido de nada. El único problema es que mientras las pala-bras salen por la boca, por ahí mismo deben entrar bebidas, comi-das y humo; y lo demás que esto implica. Bueno, digo yo, todo tiene un precio. Y yo lo pago con agrado.

Pero quién me iba a decir que ésta no era una noche de gratisimas sorpresas. Caminé por lo que debió de haber sido originalmente un zaguán, ahora el restaurante, y luego hasta un rincón –bajo un arco de cantera de lo que fue el patio– donde se hallaba el bar en penumbras. Frente a la hermosa barra de caoba labrada y brillante estaba el único parroquiano. Yo únicamente veía sus espaldas. La parte superior de la barra era de vidrios opacos y estaba iluminada por dentro. La luz venía de abajo.

Cuando me acerqué, él volteó a sonreírme como si me hubiera estado esperando. Nos reconocimos al mismo tiempo. Era Felipe Castellanos. Nos dimos un abrazo bien fuerte. Luego, sin separar-nos, nos quedamos viendo nuestras respectivas caras por unos cuan-tos segundos, para continuar el abrazo y las consabidas palmadas en la espalda. Yo estaba feliz por verlo después de tantos años y ante la perspectiva de pasarme con él las horas restantes de esta Navidad. Nos empericamos en unos bancos muy altos y queda-mos como en cuclillas, con los tacones de nuestros zapatos atora-dos en los tubulares. Nos tocábamos con las rodillas. Empezamos a hablar simultáneamente, arrancándonos la palabra, dejando con-versaciones a medio camino para emprender nuevas. Había mucho que averiguar sobre los amigos vivos y los amigos muertos, y el uno del otro.

Yo empecé a tomar compulsivamente por el gusto de verlo. Recuerdo que a cada rato pedía una cañita de tequila añejo con una cerveza para bajarlo. Así me la llevé toda la noche.

Felipe se veía flamante, como acabado de salir del vapor. Su pelo lacio, abundante, un poco terco, bien envaselinado, se veía azul con los reflejos de la luz de los arcoiris de neón con las que estaban decoradas las paredes y los pilares del bar. Sus dientes grandes y anchos, parejitos, brillaban cuando los humedecía con los pequeños sorbos que le daba a la rara bebida que tenía enfrente de él. Pensé que su dentista en realidad era un artista, pues la última vez que lo había visto le faltaba un diente de arriba y otro de abajo.

-¿Pos qué estás tomando, hombre? -le pregunté.

-Una lagartija del desierto.

-¿Qué es eso?

-Pruébala.

Y me ofreció su vaso. Le di un pequeño sorbo a la bebida verde lechoso que sabía a menta, yerbabuena, ron y leche condensada.

-Está sabrosa -le dije.

-Es una bebida de ángeles -y Soltó una carcajada muy de él. Dentro de su boca, las hileras de sus dientes formaban dos perfectas herraduras blancas en un estuche de terciopelo rosa.

Era la imagen de alguien que está más allá del triunfo, de la juventud, de la salud, del bienestar. Tenía razón, se veía angelical. Y este rápido balance que había hecho de él en mis adentros, me puso en la lengua la siguiente pregunta:

-¿Y por qué tan solo?

-Uno se queda solo... ¿no?

Felipe Catellanos y yo nos habíamos conocido en el Colegio de Propaganda Fide de Guadalupe. Y juntos con otros tres amigos nos habíamos volado las bardas del mismo seminario también una Navidad -mucho tiempo atrás- ante la inminencia de pasarnos la noche rezando y cantando villancicos. Cuando al día siguiente, ya de tarde, habíamos regresado, no nos quisieron recibir. El director

nos dijo que se había obrado un milagro: las manzanas podridas solitas habían brincado fuera de la canasta. Después, los cinco entramos a la preparatoria del gobierno y luego a la universidad. Después, cada quien ganó por un camino diferente.

Estaba impresionado por cómo se veía Felipe Castellanos ahora. Pues la última vez que me lo encontré, hacía ya algunos años, su cara estaba toda abotagada, llena de moretones, sin rasurar, los ojos vidriosos, los labios partidos, llenos de rajadas con sangre. En pocas palabras: un teporocho. Me hubiera dado vergüenza que me vieran con él.

También me acordaba que una día en la terminal me encontré a Jesusita, su madre —la cual yo conocía y quería mucho, pues Felipe Castellanos era muy dado a llevar a sus amigos a su casa para que convivieran con su familia, y uno llegaba a estimarlos tanto como a él—, la cual me había dicho:

—Qué bueno que te fuiste muchacho. Ya casi todos tus amigos se murieron, y en la flor de la edad; si no de alcohólicos, sí a consecuencias del alcohol. Ese maldito vicio...

Y también recuerdo que aquella última vez que me lo había encontrado le juré que pronto nos juntaríamos a tomar unas copas a su salud. Se lo juré para que me dejara ir, para deshacerme de él en ese momento. Estaba necio e inaguantable, andaba en una parranda ya de varios días. Recuerdo que era la época de las posadas, porque le dije: nos vemos en la Navidad, la pasamos juntos si quieres, pero ahora no, tengo mucha prisa. Y él me dijo: para nada hay prisa, más que para beber. En la Navidad, en la Navidad, insistí. Hasta luego.

Sin embargo, ahora estaba frente a la misma imagen de la pulcritud. Felipe olía a nardos, y sus palabras a menta y yerbabuena; el blanco de sus ojos era casi azulado. Traía puesta una camisa color crema de cuello muy largo, cuyas puntas caían como alas de gaviota sobre las solapas de un saco azul marino, como acabado de salir de la tintorería. Ahí traía prendida la carita de un rubicun-

do santacrós encapuchado de plástico o de cera. Probablemente se la habían puesto en la fiesta en la que acababa de estar. Hasta me sentí un poco en desventaja, pensando cómo me vería él, cuál sería su evaluación de mi persona. Yo que había trabajado y viajado todo el santo día; no era justo. Debí de haberme bañado, rasurado y puesto un traje negro con una camisa blanca. Me quité la bufanda, la doblé y la puse sobre el banco a mi lado.

Nos hallábamos como en un remanso de la conversación, mientras el cantinero nos servía otras copas. No recuerdo cuántas nos habíamos tomado ya. En esos momentos nos hallábamos un poco desinflados, como si hubiéramos dejado salir todo el entusiasmo de un solo golpe y estuviéramos reponiéndonos de ese parto glorioso.

Yo iba de sorpresa en sorpresa, cuando el cantinero me acercó mi vaso, reconocí a Leonardito, quien había permanecido en el fondo de la noche y de nuestra conversación, moviéndose de un lado para el otro, limpiando vasos y botellas con una franela roja en cada hombro, reacomodando el zarzo del cual colgaban las copas de vidrio de todos los tamaños, que bocabajo pendían casi sobre nuestras cabezas y jugaban con la luz de neón de las paredes y la que salía de la superficie de la barra, pues ésta estaba alumbrada desde adentro, como creo que ya dije, y las del pequeño nacimiento colocado en un extremo de la estantería, al final de una formación de tarros de cerveza.

—¡Don Leonardo, pero qué milagro..! —le dije con genuino entusiasmo, al mismo tiempo que nos tendíamos la mano.

—Milagros los que usted hace —me dijo—, yo aquí he estado siempre.

—Usted está igualito. El tiempo no pasa por usted —le dije. Y en realidad me quedé corto con el piropo, se veía mejor que cuando éramos estudiantes Felipe y yo. En ese momento, una gata, toda trasijada y media mugrosa, apareció entre la penumbra y las mesitas vacías, pero bien distribuidas, del otro extremo del bar. Sobre cada una había una lamparita encendida que apenas la alumbraba.

–¿Por qué llora tan feo esa gata? –le pregunté a Felipe.

–Al parecer ayer la dejaron sin sus gatitos recién nacidos.

–¿Quién?

–Un loco, un cliente. Don Jorge, el dueño de aquí, se los regaló.

Leonardito, el chamuco, era famoso en el mesón La Mina ya que los seis últimos meses de cada año se los pasaba ensayando una pastorela que se escenificaba en las explanadas de Lo de Bracho, en la cual él invariablemente representaba al diablo. Él solo cerraba el espectáculo –y su participación era la más esperada– con una danza delirante en medio del espacioso escenario. Ejecutaba su coreografía como fuera de sí, al mismo tiempo, un amplio y elaborado tocado, como un árbol, de hilos de pólvora, cuetes y luces de bengala salían disparados hacia los cuatro puntos cardinales. Inmediatamente después de que terminaba su baile, empezaban a arder dos o tres castillos de pólvora, y era como si él también le hubiera prendido fuego de colores a todo Zacatecas. Significando el triunfo del demonio sobre la tierra o, más bien, que éste se quedaba como encargado de los asuntos terrenales mientras el buen Dios, de los del cielo. Cuando la pastorela llegaba a su fin, la gente soltaba un suspiro de alivio, se hallaban como desgüanzados, por la tensión del espectáculo. Se iban a sus casas contentos, ya que con su corazón había experimentado algo fuerte y, aunque inexplicable, estaba la certeza de que se trataba de algo primordial.

A pesar de que se tapiaba bien los oídos con cera, Leonardito se quedaba temporalmente sordo y mudo como una tapia. Decía que una tronata y un zumbido horroroso estaban encerrados en su cabeza, que no lo dejaban hablar. Tardaba más de un mes en recuperarse, hasta que su mundo se volvía a poblar de sonidos. Y lo hacía como si estuviera saliendo de un sueño bello y reparador.

Él mismo era un alma de Dios. Y sus amigos no se podían explicar por qué ponía toda su atención, energías y recursos, se tomaba tanto tiempo en la preparación y ensayos de la pastorela casi para

nada, ya que ésta se representaba sólo una vez, la madrugada de la Navidad. Y acordándome de eso, de repente, le dije a Leonardito:

—¿Qué está haciendo aquí, don Leonardo, no debería estar en Lo de Bracho?

—¿Todavía se acuerda usted de eso? No, ésas ya son cosas del pasado —me contestó.

Yo me estremecí, me quedé frío pensando en lo fácil que se pueden erosionar las tradiciones que parecían tan arraigadas. Le pregunté:

—¿Qué ya no representan esa pastorela?

—Sí. Pero yo ya no ando con ellos —y como si ya no quisiera hablar más de un asunto tan trivial, se retiró a lavar los vasos que nos acababa de cambiar.

Fui al baño, que estaba hasta el otro extremo. Cuando regresaba vi el bar desde lejos: todo él desprendía un resplandor que bañaba de luz mortecina el resto del espacio. Visto desde lejos, parecía un escenario, un nacimiento que daba también alegría. Como si la barra fuera un pesebre del cual salieran rayos de luz. Las hileras de copas de cabeza eran como campanas al vuelo y todos los frascos, tarros, vasos y botellas brillaban como una constelación de ese universo inmenso donde Leonardito reinara como el amo y señor. Noté que apenas me podían sostener mis pies. Estaba borrachísimo y no sabía cuánto tiempo llevábamos en este lugar.

Para probar mis fuerzas, caminé hasta la puerta de entrada. Respiré hondamente el aire frío de la noche. La llovizna se había solidificado. Enfrente estaba mi hotel, y eso me dio energías y seguridad. Diminutas bolitas de nieve jugaban, como si tuvieran vida propia, alrededor de las lámparas del alumbrado público y luego caían en remolinos al suelo. Los pequeños copos de nieve se iban acomodando sobre todas las superficies horizontales; al día siguiente la ciudad estaría blanca. Sin embargo, se trataba de nieve efímera, que solamente dura medio día.

Me regresé como pude, dando tumbos, a mi banco junto a Felipe Castellanos. Éste se veía muy tranquilo y paciente. Me esperaban él, otro vaso de cerveza y una cañita de tequila. Apenas me podía sostener derecho. Y él se seguía viendo como si acabara de salir del baño después de haber hecho ejercicio. Yo sentía que el tequila adormecía mi cuerpo y le daba rigidez a mis labios. Las palabras se me enredaban en la lengua y los dientes.

—Ahora que me acuerdo: ¿te puedo hacer una pregunta?

—No —apresurado, me contestó.

—¿Cuándo te moriste, Felipe?

—Ah bueno, eso sí te lo puedo contestar. Aunque no... —se puso pensativo, rascándose con la mano derecha su barbilla—. Recuerdo que empezamos a beber, pero en serio, una noche de Navidad, y después ya no le paramos...

—Otra pregunta, si me permites: ¿has visto a Dios?

—Ah, caray, ¿qué te diré? —y se puso a pensar nuevamente—. Sí. Ahí está —con un dedo apuntó al pequeño nacimiento en un extremo de la estantería.

El niño Dios era mucho más grande que los peregrinos.

Se puso muy serio. Después de meditarlo un buen rato y de hacer intentos fallidos por hablar, como tratando de llegar a una conclusión exacta, me dijo:

—Lo único espiritual que existe es lo que está dentro de esas botellas —señaló con su copa hacia los estantes cargados de bebidas embriagantes de todas clases, de todos los lugares—. Y alégale al ampayer —esto último era uno de sus dichos favoritos. Cuando lo pronunció, apuntó hacia Leonardito.

* * *

No supe ni cómo salí de la cantina y llegué al hotel. O más bien, cómo crucé la calle para meterme a mi hotel. O quién me trajo hasta mi cama, me desvistió y me echó encima estas cobijas.

Según mi reloj, ya es media mañana. Me visto y me abrigo bien. Salgo del hotel y me dirijo al mesón La Mina.

Dos meseros –uno viejo y otro joven– limpian el piso con abundante agua jabonosa, la cual hacen correr entre las patas de las mesas, pues las sillas están patas para arriba sobre éstas. Camino con mucho cuidado –para no resbalarme– hasta el rincón donde se encontraba el bar y bajo el arco de cantera sólo hay un mostrador viejo de caoba arrinconado, una ruina; y sobre éste hay licuadoras, extractores de jugos, cuchillos e hileras de vasos de vidrio; en los decaídos anaqueles hay papayas, sandías, plátanos, naranjas, piñas.

Uno de los meseros se acerca a mí para decirme:

–Señor, no hay servicio. Hoy empieza hasta la hora de la comida. Hoy no hay desayunos.

–¿No se encontraba un bar en ese rincón? –le apunté hacia donde había estado tomando con Felipe Castellanos la noche anterior y me contestó:

–Que yo sepa, no. Éste es un restaurante. ¡Oye tú! –le gritó a su compañero, el viejo, que secaba afanosamente la entrada del local con un rastrillo de hule–. El señor sólo quiere saber si había un bar en ese rincón.

–Uy, sí. Pero de eso ya hace mucho. Cuando no había central camionera, cuando los autobuses se detenían aquí en esta calle.

–Y que si conoces a alguien que le llaman Leonardito.

–¿Qué? ¿Quién pregunta por él?

Y el mesero dejó de secar el piso con su rastrillo de hule y se acercó a mí y me miró a la cara. Él ya traía mi bufanda puesta. Me preguntó:

–¿Por qué?

–Él atendía ese bar –le dije.

–Señor, usted está hablando de más antes. Él ya se murió. Al Diablito le explotó un árbol de cuetes en la cabeza, hace tantos años que ni me acuerdo. En su pastorela en Lo de Bracho. Le salían chorros de sangre por todos los agujeros de la cara.

–Esa bufanda se ve muy calientita –le dije.

–Me la hallé tirada –me dijo.

Les di las gracias por quitarles su tiempo y salí de nuevo a la calle sintiendo una tristeza infinita. Me toqué la cabeza para saber si yo era real o si también era un producto de mi propia imaginación, y no la sentí. Toqué mi cara y tampoco. Mis dedos se hundieron en mis ojos, en el vacío, todo yo era inasible. Todo yo era hecho de niebla, de esta misma niebla que escurría de las montañas y envolvía los edificios de cantera rosa frente a mí.

Entro apresurado a mi hotel. Subo a mi cuarto y ya está ocupado por otra gente. Soy, me doy cuenta, uno más de los fantasmas que cada Navidad salen a recorrer las calles de esta vieja, querida ciudad.

El caballero de los espejos

A Myriam Rudoy

–Ya la sé –respondió don Quijote–; con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

–Así se entiende –respondió el Caballero de los Espejos.

CERVANTES

DESDE LA mesa del café frente a la catedral, donde yo estaba, lo vi pasar. Daba zancadas largas con sus botas puntiagudas y negras, de tacones muy altos e inclinados, como si unas enormes tijeras –que se abrían y se cerraban rítmicamente– anduvieran sueltas cortando los fríos espacios de la ciudad. Soplaban el viento helado que anuncia el comienzo de las noches de invierno. La gente volteaba a mirarlo, ya que su chamarra, también de cuero negro, era un objeto inusitado, nunca antes visto por estos lugares. Como si hubiera estrellado muchos espejos en el suelo, traía los pedazos, astillas más bien, filosas, pegadas por todos lados: en el pecho, a lo largo de las mangas y, principalmente, en la espalda y en los hombros. En las sentaderas traía dos lunas y, una hilera, bajaba por cada pierna. La ciudad entera se reflejaba en esos charcos, en esas lagunas de luz adheridos a su cuerpo. Por ahí pasaban veloces las canteras de los edificios, los coches, las gentes y los cordones de focos de colores que por estas épocas cruzan el cielo de la ciudad. Cuando los paisajes del entorno caían a esos océanos en tranquilidad se volvían vertiginosos. Daba escalofríos sólo mirarlo. Pues era impensable acercarse a él, tocarlo o abrazarlo.

Ésa fue la primera vez que supe de su existencia. Una semana después, la noche de Navidad, mi sorpresa fue más grande cuando llegó al departamento de Isidro.

Ese lugar –*nuestro* lugar– tenía como un imán, el cual atraía los especímenes más sospechosos e inusitados que salían de quién sabe dónde a recorrer las calles de nuestra ciudad. Poco a poco el ambiente se fue cargando de una energía pesada, oprimente, muy revuelta; y yo fui el primero en sospechar que eso era peligroso, que pronto iba a explotar. Se combinaban muchas sustancias. Es algo que ahora no puedo describir con propiedad, con exactitud, tal vez mejor deba decir: una delicadeza, cierta fragilidad en la atmósfera que se generaba durante las fiestas, con las bebidas, la música, el humo, las emociones, algunos objetos y la diversidad en las personas, que se podía venir abajo todo, desaparecer en cualquier momento.

A muchos de nosotros, Isidro nos había dado llave de acceso a su departamento. Y yo pienso que algunos amigos de los amigos habían sacado copias, porque de repente llegaban cuates que, sin tocar a la puerta, entraban a la sala como a su propia casa. Era como vivir en la calle, a la intemperie. Así entró este tipo de los espejos.

Recuerdo que cuando llegó –con Rafaela y Paulina, de las cuales ya he hablado ampliamente– los que ahí estábamos retuvimos la respiración por unos segundos. Y esta vez, además, traía puesta una mascarilla para respirar, de uso industrial, que lo hacía ver como un joven elefante negro, y una cachucha de piel sobre la que tenía pegada una estrella de muchas puntas también hecha de espejos. Luego nos pareció una puntada divertida y original.

Después de un rato de haber llegado, Paulina le dijo que no se moviera, pues se estaba retocando el maquillaje, mirándose en uno de los pedazos más grandes que traía pegados en la espalda. Al rato Rafaela sacó su cepillo y se empezó a peinar frente a uno de los que traía en el brazo izquierdo. Lo hicieron como en la intimidad, como si estuvieran solas en su propio tocador. Hasta hubo el que se

paró enfrente de él, para expresarse un barrito, en un espejo de los que traía en el pecho.

Alguien fue al estéreo y puso el disco de *Skid Marks*.

*Knight of Mirrors, you don't exist.
You're just an invention of another knight.
But this night imagined by another one.*

Y la mayor parte de la noche la pasamos oyendo sólo ese grupo. Alguien, que nunca supe quién, puso una y otra vez la misma canción.

En un momento que me encontré frente a frente con el de los espejos me dijo:

–El aire de este lugar es irrespirable. Y el de muchos otros también. Tenemos que hacer algo. Navidad: es época de renovación. Estamos en el momento de arrepentirnos de todo. Estamos en el momento de empezar todo de nuevo. Esta música invita al caos. Qué porquería.

Su voz se oía distorsionada por la máscara, como si alguien gritara en la boca de una olla vacía.

–¿Quién es este tipo? –le pregunté al Alquimista.

–Qué importa. No es nadie.

–¿Cómo que no importa? ¿Qué no oyes lo que está diciendo?

–Ha de ser Sansón el loco. De seguro lo dejaron salir solamente por la Navidad.

Después vi cuando Rafaela se acercó al de los espejos con dos copas y le dijo:

–Échate un hidalgo conmigo.

Con la mano izquierda se levantó un poco la máscara trompuda y con la otra sostenía su copa. Cruzó el brazo con el de Rafaela y bebieron al mismo tiempo y hasta el fondo.

–A que ahora no te echas otro hidalgo conmigo –le dijo Pulina, quien llegaba con dos vasos de cerveza.

–Claro que sí –dijo. Y se levantó nuevamente la máscara.

–¿Quién es tu amigo? –le pregunté a Rafaela.

–Es un padrecito lúbrico amigo de Paulina. Vino de incógnito.

La anda cuidando.

–No es cierto...

–Bueno, pregúntale a ella.

Me acerqué discretamente a Paulina y le dije muy quedito:

–Paulina, ¿quién es tu amigo?

Y ella me contestó casi a gritos:

–¿Mi amigo? Para nada. Creo que es un activista del sindicato de maquiladoras. Y anda buscando pedo.

Como que no podía estarse en un solo lugar. Entraba a la recámara, al baño, salía al balcón, cruzaba la sala. La fiesta, en diferentes momentos y desde diferentes lugares, pasaba en ráfagas por ciertas zonas de sus pantalones y su chamarra. Y cuando pasaba junto al árbol de Navidad, él era otro árbol de Navidad; cuando salía al balcón, pedazos de la ciudad se reflejaban en la superficie de su cuerpo.

Llegó un momento en el que se empezó a tambalear cuando se dirigía de un lugar a otro. Escalofríos me daban nomás de verlo y de pensar en la posibilidad de que se derrumbara encima de mí o de alguien más. Era un peligro hasta para sí mismo. Sin embargo se veía frágil y a la vez poderoso y fuerte.

Me acerqué a Isidro, quien platicaba con el Alquimista y le pregunté:

–¿Quién es ése de los espejos?

–No sé bien. Pero ha de ser Santos Carrasco, un joven sacerdote de Valparaíso, casi un santo. De seguro mi mamá lo mandó a espiarme-. Y soltó una estruendosa carcajada, que llamó la atención del de los espejos. Éste se acercó y le dijo al Alquimista.

–Tú estás equivocado, fíjate. La Navidad sí existe: sucede adentro y fuera de nosotros, envuelve a todo el mundo. No tiene que ver nada con la química ni las mamadas que estabas diciendo –su

voz hueca y un poco distorsionada salía como del fondo de un enorme árbol de Navidad. Como si un árbol de Navidad estuviera hablando. La estrella de su cachucha absorbía toda la luz de uno de los focos que pendía del techo.

* * *

Ya a mediodía, dos chicas desnudaron al de los espejos en la recámara de Isidro y se lo cogieron. Me enteré porque el Alquimista me dijo:

—Valiente caballero. Ya lo encueraron. Asómate a la recámara.

Ni siquiera le habían puesto el seguro a la puerta. Solamente la emparejaron. Yo no tenía la más mínima intención de espiarlos. Pero ahí estaba sobre la cama como un caracol fuera de su concha. Su chamarra y sus pantalones, igual que la armadura metálica de un caballero medieval, estaban tiradas sobre el piso, tiosos, sin doblarse, como si tuvieran pedazos del muchacho todavía adentro.

—De repente uno no necesita todas las respuestas —me dijo el Alquimista más tarde.

—¿Cómo? —le pregunté.

—¿Por qué ese hombre se viste así? ¿Qué es eso? En este momento no me interesa, no me perturba. ¿Me explico?

Y en verdad era un momento de alegría mesurada, controlada dentro de la fiesta. Todos estábamos contentos. Era una felicidad que se desprendía del ambiente del departamento —y a pesar del olor a gatos— con una calidad especial, de la que ya no he vuelto a sentir en mi vida. De no necesitar nada en esos momentos, cuando uno no tiene hambre ni está harto, no está borracho ni completamente en su juicio, no tiene frío ni calor, no se sabe qué hora es ni importa, no se es viejo, pero tampoco un jovencito. Y esta felicidad marcó una línea divisoria, un antes de. Mi vida era diferente antes de ese instante.

* * *

Hoy lo he vuelto a ver de lejos, después de tantos años. Llevaba puesto su mismo atuendo. Iba dando las mismas zancadas largas. Me estremecí igual que aquella noche.

Latrocinios

QUE DIZQUE por la crisis la violencia llegó a la ciudad, de repente, como llegan las estaciones. Casi de un día para otro todo el mundo tenía en su haber una historia de atracos y robos qué contar, y de primera mano. Igual que una andancia. O más bien, como si la ciudad estuviera enferma. Y por si lo anterior fuera poco, hasta Arturo nos salió este fin de año con su batea de babas. No le resultaron bien las cuentas. Por más que yo mismo le advertí, cuando me di cuenta que se estaba yendo grande, que se midiera, que se fuera tanteando, que no se fuera largo con el dinero que no le pertenecía, no hizo caso. Yo ya la veía llegar desde meses antes, pero no se lo dije a nadie, con la esperanza de que no saliera cierto. De nada sirvió. Me dije, éste nos va a llevar al baile, bien y bonito. Y no me faltó razón.

Como en las veces anteriores, la primera semana de diciembre, esperada con ansias, se pone nuestra caja de ahorros al corriente, se les cobra a los que hayan pedido préstamos a lo largo del año, con réditos y todo, y se hacen las cuentas para ver cuánto le toca a cada quien. Pues bien, le pedimos cuentas a Arturo, porque a él por votación le había tocado llevar la caja estos dos últimos años, y fue cuando nos dimos cuenta de tamaño desfalco. Ese dinero ahorrado cada semana –con hartos sacrificios, pues uno se amarra la tripa de todo, hasta de lo indispensable– y junto con el de nuestro aguinaldo nos rinde un poco más y nos saca de apuros en estas fechas de tanta gastadera.

Pero como luego dicen, ya no hay ni de quién hacer confianza. Era el colmo que hasta dentro de la fábrica y uno de nuestros mismos compañeros nos pillara los ahorros. Porque lo que nos hizo,

desde cualquier punto que se le viera, era igual que un asalto en despoblado. Y peor tantito, en un asalto los ladrones se exponen y se arriesgan, y en este caso él no corrió ningún riesgo, nosotros le entregábamos religiosamente nuestro dinerito cada semana después de cobrar.

Y para más colmo, fue también un año difícil como no ha habido otro, lleno de rumores. Las cosas malas no llegan solas. Ya no estaba uno a gusto en ningún lado. A cada rato uno oía que había asaltos a las tiendas y a la gente en las calles y hasta en la propia casa. Y la paranoia de la gente iba en aumento. Yo no sé cómo a unos les da por urdir más cosas de las que pasan. Pues comenzaron a llegar a nuestros oídos rumores descabellados. Como aquellos que afirmaban que a los que no tenían qué robarles, los ladrones hasta les robaban un pedazo de su cuerpo. Por eso decían que uno debía de cargar un poco de dinero o algo de valor, porque si los ladrones no hallaban qué quitarle a uno, se enojaban y entonces le quitaban la vida.

Lo que pasa también es que se trata de un amigo. Porque Arturo es un amigo que sabe serlo. Estamos en el equipo de fut de la fábrica. Los más de los sábados y domingos jugamos con otros equipos de la liga. Y hay veces que nos prestan el camión: cuando vamos contra los llaneros de Calera o de Fresnillo. Y dicen que tengamos cuidado, que hasta en las carreteras asaltan. Arturo es nuestro goleador estrella. Tiene unos pulmones así de grandes. Aguanta los dos tiempos y más, como si nada, y le sobra cuerda. Es buena gente y de confianza. Pero a una de las secretarias le dio por corretearlo y se le metió entre ceja y ceja; y yo creo que ahí está el origen de nuestros males; más bien estoy seguro. Bonita ella, ni qué decir. Y jaladora: nos acompañaba a todos los partidos y siempre cargando su ramo de flores para el goleador del día. Y por ella fue que Arturo, que además ya es casado y tiene un hijo chiquito, perdió el control de sus gastos y empezó a darle pellizcos a la caja de nuestros ahorros.

Ha sido un año, pues, en el que uno oía de pura robadera y sinvergüenzadas a todas horas. Como que la robadera andaba en el aire. Como si con eso nos anunciaran lo que nos iba a pasar en diciembre, para que no nos diéramos por sorprendidos.

El mismo Arturo un día nos platicó en la cantina y nos dijo que tuviéramos mucho cuidado, porque le había contado su concuño que a un amigo de uno de sus amigos le había sucedido algo horroroso. Que un sábado se había sacado a una vieja bien buena, como de calendario, del palenque de la feria y se la había llevado a uno de los hoteles de la orilla. Y que despertó al siguiente día ya bien tarde, sentado en la tina del baño, encuerado y muerto de frío porque flotaban pedazos de hielo en el agua. Se sentía muy cansado. Que como pudo se paró y se encontró un recado escrito en el espejo, que le decía que llamara a un hospital o a la cruz roja; ahí le habían dejado el número. Llamó y les dijo el predicamento en el que estaba, y en ese momento le dijeron que se revisara la espalda. Espantado les dijo que tenía una raya, como una herida cocida un poco arriba de la cintura. Sin más, le dijeron que le acababan de robar uno de sus riñones. Que pidiera una ambulancia o que se pusiera inmediatamente en manos de un doctor.

Pero volviendo al desfalco de nuestra caja de ahorros, Consuelo y yo éramos los más perjudicados, y no estábamos dispuestos a perdonarlo o a esperar mucho tiempo para que nos regresara nuestro dinero con todo y réditos, pues depositábamos en la caja, de nuestros sueldos, lo más que podíamos cada semana para poder nos casar en diciembre o a más tardar en enero. Hubo semanas en que uno o el otro depositaba su sueldo completo en la caja. Nos apretamos los cinturones todo el año, como nunca, para que al final Arturo nos fuera a salir con esto.

Y para colmo de los males, uno seguía oye y oye historias horrosas que pasaban en la ciudad. Como si la ciudad estuviera enferma y vomitara esas cosas tan feas.

La misma Consuelo, un día en la tarde que paseábamos por la Bufa, me contó que una ambulancia había recogido al que parecía un limosnero que estaba tirado, asoleándose, sobre las escalinatas de una de las entradas de la catedral, medio desmayado. Que tenía la cabeza toda vendada. Que cuando le quitaron las vendas dijo: Tengo una fuerte jaqueca y no veo nada, quítenme las vendas de los ojos. Y que le dijeron: Ya se las quitamos. Lo que pasa es que usted ya no tiene ojos: se los sacaron. Alguien se los robó. ¿Tú crees que pueda pasar eso?, me dijo.

Y luego, la mujer que limpia los baños soltó un rumor que como un olor a perro muerto se regó en escasos segundos por las naves de la fábrica: que tuviéramos cuidado con nuestros hijos, si teníamos, ya que la patrulla de caminos había detenido, en el cruce de Malpaso, a un trailer cargado de ojos de niño.

* * *

Recurso a usted como último recurso. Quiero un consejo, una orientación que me ayude a seguir adelante. Estoy desesperada, por eso me he decidido a escribirle después de pensarlo mucho. Yo que siempre había leído su columna con curiosidad y escepticismo, nunca creí verme en la necesidad de acudir a usted con un problema para contárselo y compartirlo con su público.

La vida de mi marido, desde hace tres años, depende de una máquina de diálisis. Y esta situación no se puede prolongar por más tiempo. No sabe lo que ha sido mi existencia desde que empezó esta horrible enfermedad que le aqueja. Cuando un mal como éstos entra al hogar, todo lo trastorna.

Empezaré desde el principio. Una mañana mi marido amaneció con los ojos casi cerrados por la hinchazón. Sus riñones empezaron a funcionar mal: lo hicieron acumular líquidos en todas partes de su cuerpo y tirar las proteínas en la orina. Este mal se fue agravan-

do hasta que de plano se le murieron esos dos órganos vitales dentro de su cuerpo.

Nuestra vida íntima fue la primera que empezó a resentir esos trastornos orgánicos. Después, toda la convivencia familiar y extrafamiliar se deterioró considerablemente.

La vida de mi marido es muy importante no nada más para mí, sino para mucha gente. Es un hombre espléndido y trabajador. Su mente es prodigiosa, está llena de ideas para dar y para ayudarles a progresar a los demás. Es un administrador visionario y dotado. Podríamos decir que esta mente necesita de un riñón para seguir funcionando para los otros. Pongo un ejemplo: de una fábrica que estuvo a punto de cerrar hace algunos años, con su ingenio y dedicación, él la transformó en un negocio productivo en un tiempo relativamente corto; actualmente es la fábrica más grande del estado, de la cual ahora dependen muchas familias de trabajadores felices y agradecidos.

Los doctores dicen que la única solución a su problema es un trasplante. Ellos también dicen que un ser humano puede vivir con un solo riñón, así que queremos un hombre joven que comparta con mi marido sus riñones. Y estamos esperando con ansias ese donador. Estamos dispuestos a pagar por ese órgano lo justo y un poco más. Es como comprarle nuevamente la vida a toda mi familia y a muchas otras. No es un gesto egoísta. Esta petición es para el bien de toda una comunidad.

Atentamente, una compradora de órganos.

* * *

Aunque no me extrañó mucho escuchar la noticia en la radio así de zopetón, porque Arturo era de los que cada seis u ocho meses andaba vendiendo un litro o litro y medio de su sangre en algún hospital, antes de que se soltara eso del sida. Decía que ya tenía sus

entregas. Ahora ya no los tiene, ya no se la reciben, ya cerraron los bancos de sangre. Y también decía en son de broma: me gustaría vender también algunos chorros de mecos que me andan sobrando, pero éstos no son negocio, nadie los compra, más bien hay que pagar para que te los reciban bien.

Pero en realidad no era una noticia lo que estaba oyendo, era ese programa de la tarde al que habla la gente para pedir consejos, ayudas y para quejarse y contar cosas que les han pasado. Reconocí su voz, que era la que hacía cuando hablaba en serio, cuando andaba apurado, cuando se estaba quejando. En cuanto alcancé a reconocer su voz, todavía incrédulo le subí todo el volumen a la radio. Pero sí era él. La casa se llenó de su voz que decía:

Este año llevaba la caja de ahorros de mis compañeros en la fábrica donde trabajo y salí desfalcado. Necesito reponer ese dinero cuanto antes, si no me meten a la cárcel. O tendré que quedarme en la calle y vender el departamentito en el que vivo con mi hijo chiquito y mi esposa. Llamo para ver si alguien del público sabe de alguien que necesite un riñón. Vendo uno de mis riñones para pagar la deuda que reconozco que debo. Soy joven y estoy sano. Además, soy deportista... Aquí dejo mis datos para que me localicen. Lo más pronto posible, antes de que me arrepienta.

* * *

Arturo y su mujer, bien solidarios, nos acompañaron en la misa y vinieron a la boda. No pudieron ser nuestros padrinos, como lo habíamos planeado. Ni modo, así se van dando las cosas. Él no tomó ni bailó. Estuvo todo el tiempo sentado, amarillo y estragado, recuperándose todavía de la operación. Ni parecía el mismo. Tristón. Como si hubiera vendido también su juventud. Se fueron muy temprano, antes de que partiéramos el pastel y bailáramos a la víbora de la mar. Pero cuando menos se escaparon de los encapu-

chados que irrumpieron violentamente en el salón en la madrugada —cuando ya quedábamos poquitos, y medio atarantados por el chupe y el baile— tirando balazos, y que nos despelucaron a todos. Hasta los anillos de la boda nos quitaron. Me dio un coraje por el atraco y la impotencia de no poder hacer nada, que todavía no se me quita. Y para fregarla más, con las bilis y el alcohol no pude: hasta su noche le robaron a mi vieja. Pero Consuelo, bien comprensiva, no se cansa de decirme: Qué importa, mi amor, si al fin ya estamos casados.

Pan caliente

LEO, EL AMIGO de mi amigo, no era mi amigo. A Leíto, como le decían, lo había conocido por Jorge. Lo llegué a ver sólo dos o tres veces, y solamente en una intercambiamos palabras, pero eso bastó, pues ahora resulta que es como si lo hubiera conocido de toda la vida. Y también porque Jorge y los demás siempre estaban haciendo referencias a sus perradas, a sus dichos, ocurrencias y a su sabiduría de la vida de las locas; como dijera Leíto, decían, o si estuviera aquí Leíto diría, y esas frases eran el pretexto para soltar cualquier cantidad de veneno contra quien fuera. En ocasiones muy especiales se vestía y daba su show de la doña. Era comiquísimo y divertido si uno no era el blanco de su ingenio de perra ya desengañada y agria. De todo se burlaba. Era una loca intensa, decían. La gente se iba de las reuniones donde ella había estado con un ligero dolor de cabeza y de quijadas de tanto reírse, como si les hubieran dado un masaje por dentro del estómago; decía Jorge: relajado, descansado, lacio.

Sin embargo, a mí más bien me parecía brutal por incisiva, si hasta ella misma se presentaba diciendo: mi nombre es Perruna Perrier de Doberman, luego ofrecía su mano derecha, tiesa y levantando un poco el dedo meñique, pelaba los dientes coquetamente y remataba con su exagerado acento norteno: para servirle a usted. Y no sé por qué se ensañó conmigo desde la primera reunión en que nos encontramos. Odio a primera vista: creo que nos caímos mal. Por eso, hoy temprano que Jorge me llamó por teléfono para decirme que Leo había muerto en Tijuana, de donde era, el fin de semana pasado, con toda alevosía y ventaja, como si en ese momento me sintiera al fin vengado de sus humillaciones, muy *cool* le pregunté:

—¿Otro sidazo?

—No. Claro que no. A ésa nadie se la cogía —me contestó.

—¿Estás seguro? ¿Entonces se la llevó el diablo viva?

—Tuvo la muerte más hermosa que alguien pueda desear —me dijo, sin hacer el menor caso a mis comentarios—. Se lo merecía. Dios la premió.

—¿Se mordió ella misma, se envenenó y luego se elevó al cielo como Remedios, la bella?

—Casi, casi. Pero no seas perra tú también. Él ya está muerto y juzgado de Dios.

—¿Tú crees que a las locas también las juzgue Diosito? Ésa ha de estar en el infierno de las perras.

—O en el cielo de las perras.

Fue entonces que recordé un lejano domingo que, antes de ir a la tardeada del Lebarón, cuando todavía estaba frente al que le decíamos el Parque Undildo, fuimos a un día de campo, con carne asada, mucha cerveza y mucha jotería, a raudales. Jorge, en esas épocas todavía andaba con Chacho, quien me tenía muchos celos por Jorge. Infundados, claro, pues mi lema siempre ha sido: Primero mortis que tortis. O: Primus mortum cuan manflorum est. Y Chacho y Leo se habían aliado para estarme chingue y chingue todo aquel día. Me habían agarrado de bajada. Y otra razón era que ellos creían que yo era chilango. Y para esos norteros África empieza en San Luis Potosí.

Ese domingo creo que lo conocí. También recuerdo que era muy tímido antes de empezar a tomar, hasta daba lástima, que digo lástima: ternurita. Pero después de unas tres cervezas, se volvía la perra más rabiosa. Y eso que yo no soy precisamente, como me decía Jorge, una hermanita de la caridad. Pero frente a él, la venenosa más rápida daba las nalgas. Yo de plano no la aguantaba, me daba tres vueltas, veinte y las malas. Y yo me considero muy bueno para jotear y perrear. (Y para los que no saben que es perrear, es más

o menos lo mismo que alburear entre los bugas, aunque más sabroso.)

La segunda ocasión que lo vi fue en la cocina de la casa de su hermana Laura; que era divorciada, con dos niñas. Él vivía con ella. Jorge me había invitado. Las reuniones de la Leonor –como también le decían– con Chacho y Jorge las hacían alrededor de la pequeña mesa de la cocina. Lo que a mí se me hacía más curioso es que nunca se sentaban en la sala o en el comedor. Como gatas, pensaba yo, les gustaba la cocina. Pero en la cocina estaban más cerca del hielo, las botellas y los limones. Y si las copas se derramaban, los vasos se rompían, que era muy frecuente después de las doce de la noche, la mesa de formica y el piso de mosaico era fácil de secar inmediatamente después del accidente. Tres de cada cuatro sábados, se ponían unas guarapetas de aquéllas. Y amanecían dormidos con la cabeza y los brazos sobre la mesa. Laura los despertaba a empujones en la mañana, antes de irse al gimnasio. Ella era muy disciplinada, guapa y tolerante, una *winner*, o sea todo lo contrario de su hermanito. Él la ayudaba con las niñas, que vestirlas, llevarlas y traerlas a la parada del camión de la escuela, y en la tarde a sus clases de danza, pues él raramente lograba conservar un trabajo. (A ella solamente la vi una vez y creo que nos caímos bien.) Chacho y la Leonor eran amigos desde la infancia.

Cuando le colgué a Jorge, me quedé asombrado por todo lo que me había hecho saber, sin darme cuenta, sobre la vida de Leo a través del tiempo que duró su relación con Chacho, que fue bastante, y que de este último, por ejemplo, yo no sabía gran cosa. Ahora no sé ni dónde quedó. Y no es que yo estuviera interesado en saber sobre sus vidas. No me interesaban. Es asombrosa la cantidad de pendejadas que sin querer vamos guardando o que la gente va tirando en nuestra cabeza, como si ésta fuera un basurero.

Después tuve tiempo para arrepentirme, pero una Navidad le dije a Jorge, no quiero saber nada de reuniones familiares, de brindis, de regalos, abrazos y todas esas cursilerías. ¿A dónde nos la

vamos a pasar? Como no abren el Lebarón ni las otras discotecas, me dijo, vamos con Leíto. Y así fue: nos pasamos la noche sentados en unos bancos de cocina alrededor de la mesa de formica, con una cubeta de hielos, refrescos y botellas de ron y brandy en el piso, abriendo bolsas de papitas, cacahuates, chicharrones, nachos y porquería y media. Y yo apechugando todo el veneno de Leíto.

—¿Entonces cómo se murió la loca? No me has dicho... —le pregunté a Jorge.

—En una cantina, celebrando su cumpleaños. Se desplomó de un ataque al corazón. Que estaba cagado de risa cuando se desplomó. ¿No es maravilloso? Es lo que se dice genio y figura. Tuvo muerte de santa —me dijo Jorge.

—Y de seguro empezó a flotar un olor divino por el antro... a pan recién horneado... ¿No le decían también la hija del panadero?

—No seas así. Pobre loca, ya chupó faros.

—...Y se va a recurrir a la causa de los santos para canonizarla. Y pronto empezarán las peregrinaciones de jotos a ese santo lugar, para pedirle milagros de amor.

—Ya, por favor, más respeto para los muertitos.

Aunque era lo opuesto de un aguafiestas, como ya lo dije, y sus amigos en verdad que lo estimaban, nunca entendí por qué se le escondían y lo abandonaban a su suerte cuando se emborrachaba en los bares y en las discos. Tal vez porque en esos lugares sus amigos estaban entretenidos haciendo relaciones públicas y viendo a quién se iban a coger esa noche. En tales circunstancias no se les hacía gracioso y divertido, no necesitaban el masaje de risa en el estómago y en las quijadas; era más bien un estorbo. Y ellos más bien necesitaban un masaje tripas adentro. Leo era, antes que nada, un borracho de salón y el alma de las fiestas, pero en un antro no servía para nada.

Salía borracho y solo de los bares y las discos a altas horas de la noche. Sus amigos con los que había ido, apenas a medios chiles o bien sobrios, ligaban y se retiraban. Y luego él se iba caminando y

tambaleando por las avenidas y las calles de la ciudad, nadie le daba un aventón y nunca tomaba un taxi. Caminaba por dos o tres horas hasta que llegaba a su casa. Afortunadamente nunca supe que le hubiera pasado algo malo. Dicen que se iba hablando solo, preguntándose y contestándose, gruñendo y regañando, riéndose de sus propias ocurrencias. Como que a Leíto le sobraba cuerda en la lengua y en las patas.

Jorge, que era de Córdoba, un día me contó que se encontraba en la casa de su madre pasando el fin de semana, cuando recibió una llamada de Leo que estaba en Orizaba, diciéndole que lo iba a visitar. Jorge lo esperó hasta la media noche que fue cuando al fin llegó caminando, hablando solo y bien borracho.

A pesar de que no fue mi amigo, que más bien fue el amigo de un amigo, por extraño que parezca, son de esas presencias que otros imponen en nuestra vida, son como engranes que se le agregan a la maquinaria de la existencia para que ésta se vuelva más compleja, para que vaya más aprisa, para que muela con más rapidez la sustancia de la vida.

Sin embargo, a pesar de que no fue mi amigo, todo el día he pensado en Leo, Leíto, la Leonor, Perruna. Y siempre lo recuerdo cagado de risa y con un vaso o una botella de cerveza en una mano y, en la otra, un cigarro. Y todos por igual cagados de risa alrededor de él, sin control de sus cuerpos y sus mentes, rindiéndole culto al dios de la jotería y de la carcajada. Pobre güey. Otra que muerde el polvo.

Me acuerdo que en una de esas veces que estaba en el más completo abandono por sus íntimas, recargado y tomando en una pared cerca de la entrada del Lebarón, me acerqué a platicar con él y se sinceró conmigo, como quien dice me pasó a la trastienda. Me dijo que estaba solo porque él se dedicaba a jotear para que las demás se divirtieran. Su misión en este mundo de las locas era divertir las en las fiestas y en las reuniones. Para enseñarles lo chusco que es nuestra vida, decía, y que era mejor reírse de ella con

ganas. Que él estaba para crear el ambiente de diversión y alegría. Divertirse a costa de las más torcidas, para que todas vean y aprendan de los desfiguros que hacen. Humillar a las pendejas. Ponerlas unas frente a otras, como frente a un espejo, decía. Y sentirse al mismo tiempo el rey, el centro de la fiesta. Porque a través de sus joterías los otros se realizaban. Que él decía lo que a los demás no se les ocurría o no querían decir. Y eso todos se lo celebraban. Por lo que así, ¿quién la iba a tomar en serio?, ¿quién la iba a respetar? Luego, sin que viniera al caso, según yo, me preguntó: ¿Sabías que mi padre es panadero? Mientras todos duermen, me dijo como resignado, el viejo está sudando frente a la boca del horno para que en la mañana halla pan calentito. Hasta en la misma noche de Navidad, dijo.

* * *

El Lebarón lo cerraron. Jorge murió en menos de un año. Y no sé dónde quedó Chacho, si vive o si está también enfermo. A Leo me lo imagino camine y camine, sin rumbo, hablando solo, atravesando calles y más calles en una ciudad gris e interminable. Me siento como el único sobreviviente de un planeta abandonado, como extrañando un pedazo de pan caliente todas las mañanas.

Las sandalias

A Rosa Andrade

Y les mandó que no llevasen nada para el camino, sino solamente bordón; ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinto, sino que calzacen sandalias, y no vistiesen dos túnicas.

SAN MARCOS (6, 8-9)

DÉJAME PENSAR... sí, a güevo que todavía vivíamos allá en aquella colonia vieja. Lo que pasa es que un día yo ya andaba con problemas muy fuertes con mi marido. Nuestra casa estaba en la calle de Jericó. Entonces agarro y me salgo al mercado de Belén; yo iba muy arreglada; haz de cuenta ahorita: muy atractiva, no provocativa, aclaremos. Me gustaba como ponían el mercado para esas fechas: las piñatas, los montones de tejocotes y los de colación, el olor de los pinos y el heno. Todo olía ya a la Navidad. Por eso con cualquier pretexto me iba al mercado. Yo llevaba unos guaraches rojos muy bonitos, de piel fina, que me había comprado en una zapatería del mismo mercado. Ya ves que allá hay o había muchos zapateros buenos.

Total, hijo, que yo iba caminando por la calle, por la banqueta y aquellos guaraches yo los lucía muy bonitos; por decir algo, como éstos, mira. Bueno no llevaba medias, me había rasurado las piernas, y estaba bronceadita, aceitadita, me acuerdo que llevaba un falda de nansú con mucho vuelo, que me gustaba mucho y que casi se me deshizo puesta de tanto que la usaba. Y de pronto, se me

atraviesa este cuate en su carro. Un carrazo —LTD— en aquel entonces. Ay, dije, qué pinche pegue me traigo yo. Si yo iba uf, y llevaba de la mano a Maru, m'ija chiquita. Y ahí voy caminando, tú, muy despacio por la niña, hasta que se animó, se me arrimó y me habló. Me dice, señorita, buenas tardes. Y volteo y le contesto, buenas tardes, señor. Me dije en mis adentros, qué trae este cuate. Pero me dice, discúlpeme la pregunta que le voy a hacer, pero usted trae puestos unos guaraches preciosos. Ah, pos muchas gracias, le digo, por la flor, ¿no? Es que, dice, no es por nada, pero soy yo el fabricante de ese calzado que usted porta. Ay, le digo, no me diga. Y yo sigo caminando muy despacio y él arriba de su carro.

Para no hacerte el cuento largo llego a la calle Galilea, bajando el puente, y ahí ya él me abordó ya de plano. Como te dije, él me iba hablando desde su carro y yo iba caminando ya por la orilla de la banqueta, tampoco soy pendeja, tú lo sabes. Bien bonito que estaba pasando todo. Hasta eso que bonito, ¿no? Bueno, a mí se me hace. Porque un cabrón te sigue un rato y ya, no te tiene tanta paciencia. Porque éste no es pendejo, pensé yo. Ése me siguió un trecho largísimo. Desde donde comienza la calle de Antioquía hasta Mesopotamia. Eso hay que saberlo en el momento ¿no? Claro, si no eres pendeja. Pos no.

Ya total, que luego nos paramos. ¿Me permite unas palabras? Ah, cómo no, señor. Entonces yo ya lo vi bien. Pos yo lo vi bien decente. No era un gañán. Era un hombre... Te digo cómo era. Alto. Moreno. Tipo Matías. El tipo del primo de Simón el Zelote, ¿te acuerdas de él? Pero en fornido. Fuerte. Se veía sanote, lleno de vida el cabrón, ¿no? Con pelo tipo afro, guapo el señor, muy guapo. Tú me entiendes de cuándo te estoy hablando. No está nada mal el partidito, yo dije, pues. Vamos a ver de qué se va a tratar.

Para esto, cuando él se bajó de su coche, de repente lo vi que se agachó, así enfrente, cerquita de mí, y yo dije, quiúbole; y qué, y que lo hago y me hago a un lado. Me dice, ¡no, no, permítame! ¿Me permite ver su calzado? ¿Me deja quitarle su calzado sólo por un

momento? Nada más. Y yo dejo que me lo quite. Y ya que me lo quita, pero con una delicadeza, que olvídate, ¿no?, ¡que ay güey!

¿Y tú dejaste que te lo quitara? Sí, pos yo dije, ¿pos qué onda? Ya me lo estaba desabrochando. Yo ya tenía la pierna así, en pose muy... media sexy. Y como yo traía mi falda con tanto vuelo, pos ya qué. Y dije, pos va, con mis patas flacas, después pensé.

Efectivamente, dice, éstos son los guaraches que yo confecciono. ¿En serio? Sí. Le digo, ay, no, no puede ser. Yo ya bien como sonrojada. Ay, no, no puede ser. Sí, dice, y orita le voy a demostrar que sí es cierto, que no soy un lengua larga. Y que abre la cajuela de su carro. Y no me lo vas a creer, ahí traía como cincuenta pares de guaraches igualitos. Un montón. Y me regaló, en ese instante, dos pares más: unos beich y otros azul marino. ¿Iguales? Sí, iguales. Después en la casa revisé bien la etiqueta y era la mismita. ¡Qué maravilla! Y vieras que se me veían rebonitos, bien bonitos. ¡Ya lo creo, tontuela! Y dime, ¿eran de tacón? Sí, eran de taconcito así, de galleta, y de hartas tiritas rojas, muy bonitos de verdad. Y como te digo, me regaló dos pares. Me dice, éstos se los doy porque usted está portando unos guaraches de los que yo confecciono y porque usted los luce maravillosamente. ¡Qué increíble!

Y ya total, luego que nos despedimos y todo eso y que me meto yo al mercado. Pero cuando salgo mi sorpresa es que ahí estaba el cuate éste todavía afuera, entre los arbolitos de Navidad. ¿Te metiste al mercado? ¿Pos qué no te acuerdas que yo iba al mercado con mi niña de la mano? Ay, sí... a otra perra con ese hueso. Eso sí que no te lo creo: ¿a poco no te lo esperabas a la salida del mercado? No, te lo juro, yo iba a comprar mis verduras al mercado, en serio. Y tal vez peque de ingenua.

¿Qué creé?, que la estoy esperando. Ay, no me diga, le digo. Yo llevaba las dos bolsas. La del mandado y la que él me había dado con los dos pares de guaraches en una mano y, en la otra, a m'ija. Es que, me dice, me voy a permitir invitarle un café. ¿Puede? Y le digo, ay no, es que yo estoy con mi esposo, le digo. Pero voy a ver si es

posible. Porque déjame que te cuente que no fue de mi desagrado. Claro. Y para no hacértela larga, quedamos con que a las cinco de la tarde ese mismo día.

Y que llego a mi casa y le digo a María la otra, mi cuñada. Así le decimos: María la otra. ¿Qué crees mana? Que me encuentro un viejo así y asado, y que reconoció los guaraches. Y me regaló estos otros, y todo el pedo completo, tú sabes. No mames, me dice, regálame unos, para que quieres tantos. Va, órale, que se los doy. ¿Pero qué crees? Que me invitó a tomar un café. Vé, hija de la chingada, ¿eh?, pero pórtate bien. Yo te llevo. Yo te llevo, porque no se me vaya a pasar de listo ese mono, y que la chingada. Y ni madres, no lo conoces bien.

No pos ahí te va que aquel carrazo, ¿tú te imaginas que se iba a descomponer? Para esto se suelta un pinche aguacero de poca madre a las cinco de la tarde. Me subo yo a su carro. Y mi cuñada, ¡para morirse de risa!, ya estaba atareada apuntando las placas de su coche, pero ya estrenando su par de guaraches, nada pendeja. Y le pregunta: ¿Cómo se llama? Saúl. ¿Saúl qué? Cortés. Ah, bueno. Es que ¿sabe qué?, mi cuñada es casada y orita yo le voy a cuidar a su niña para que usted se pueda ir a tomar un café con ella, dice. Pero por favor no me la tarde tanto. Y ya, se fue.

Total de que mi cuñada se va, yo me subo a su coche, se suelta el aguacero, y empieza a jurguniar la llave del carro. ¿Y sabes qué?, nunca arrancó el pinche carro. Yo espantada. ¿Dónde estaban? Ahí a un lado del mercado de Belén, sobre la calle Mar Muerto. ¿Qué pasa?, le pregunto. Nada m'ija, no sé qué le pasa a este carro. Yo creo que se mojó algo, no sé. Vamos a esperar que se pase el agua. Total se pasó el agua y el carro no jalaba. Le digo, no, ya nos aventamos una hora aquí. Discúlpame, pero yo ya me voy a bajar. ¿Y estuvieron platicando ahí? Lógico. ¿Y de qué platicaron? De muchas cosas. De pendejada y media. Le gustaba el béisbol. Jugaba en los campos del Valle de Josafat. Que te voy a llevar a los campos y todo eso. Que él jugaba y era bueno para jugar, y que su abuelita. Ah, y para

esto me echó el cuento de que él era solo, que era muy retraído, que vivía con su abuelita. Y así. ¿Y tú? No, yo vivo con mi marido y mis hijos chiquitos.

Total, que cuando le dije que yo ya me iba porque el carro no funcionaba, que me disculpara, pero que yo no podía estar más tiempo, sucedió el milagro. Entonces agarro y le digo, ahora sí ya me voy. No. No. Espérate. Yo no sé qué le hizo al pinche carro, pero el carro en dos que tres salió. Ahí te va: arranca como de putazo, como caballo desbocado. Cuando menos acordé ya estaba en Río Jordán, cabrón; rechinando llantas y la chingada.

Y de repente en un alto empieza, ¡Ay!, ¡ay!, y ¡ay!, y ¡ay!, llore y llore, y ¡ay!, y sude y sude y ¡ay! ¿Oye qué te pasa? Yo dije: en la madre, se me va a quebrar este cuate aquí. Y yo: ¿Qué voy a hacer? Hazme el favor. Le digo, oye, ¿qué te pasa? Me siento mal. Tengo un dolor, y que un dolor. Y en un vivo grito el hombre; aflojándose la corbata así. Y le digo, abre la ventanilla y yo abro la mía. Para esto ya nada más estaba chispeando. Le digo, mira aquí a la vuelta, en Samaria hay una botica. Vamos, le digo, ahí siempre hay un doctor, a ver qué te da, un calmante. No yo tengo un amigo, dice, hospedado en no sé qué lugar dijo, en no sé qué piso, que es doctor y que orita vamos y ahí me va a atender. A Bueno, perfecto, le digo. Y saliendo de la carretera como pedo, que se mete rechinando llantas en un estacionamiento. Y que leo con todas sus letras: h-o-t-e-l. Dije: ¿qué? ¿hotel? Le digo, oye ¿aquí está tu amigo? Sí, m'ija, dice, aquí está, pero agarrándose el estómago, doblado por el dolor sobre el volante. Ojalá y esté, que no se haya salido a comer y no sé qué, dice. Yo seguía espantada. Le digo, bueno. Tú espérate aquí, me dice. O sea que nos bajamos del carro y nos metimos como a la entrada. Tú espérame aquí, me dice, yo pido un número de cuarto. Pregun- ta por no sé quién y no sé cuánto y que le dan la llave.

Pues ya entramos al cuarto y el mentado doctor no estaba. Dije, en la torre. Oye, no está tu amigo, le digo. No, m'ija, o fue a la suit, pero ahorita sube. Ponte cómoda. Yo traía un blusa media escotada,

pero no mucho, y un saco. Tú ponte cómoda, insistía. Déjame ve, y empieza otra vez ¡ay!, ¡ay!, ¡ay! Oye, le digo, ¿otra vez el dolor? Sí, dice, está tremendo este dolor. No, no, no lo soporto. Y sudando, pero de a veras. Yo dije, no, pos sí está enfermo. Le digo, ¿sabes qué?, te quedas esperando a tu amigo y yo me voy. No, no te vayas, no me dejes solo. No seas así. Qué tal si me pasa algo. Espérame. Tú ponte cómoda.

En eso se deja caer en la cama, así atravesado. Jadeando, pero de a madre, ¿no? Yo dije, órale, este cuate sí está enfermo. Oye, ¿te doy un vaso de agua o qué?, le digo. Y esculcando mi bolsa; yo siempre cargo pastillas y ese día ni una méndiga pastilla. No, m'ija, ven, siéntate aquí a la orilla. Y ya se quitó la corbata y empezó a desabrocharse los botones de la camisa. Una camisa bien blanca. Con las marcas de la plancha en las mangas todavía sin borrarse. Muy limpio, muy pulcro. ¡Y chin, que se abre! Ay güey. No hombre, tenía trenzas. Velludo, pero velludo, abundante, así. Sóbame aquí, me dijo. No, le digo, cómo te voy a sobar. ¡Sóbame! Y ahí empiezo yo a agarrarle ahí. Y yo con los nervios estaba bien fría de las manos. No, mira, así, así, así, me iba diciendo. Hasta que llegó hasta ya sabes dónde. Luego se quita el pantalón. Se queda en trusa con aquéllo ya listo para dar la batalla. Hijo de la madre, me dije. Le digo, sabes qué, cálmate, ya vas muy rápido. Le digo, no, no, no. Las cosas no son así, le digo. Yo no sé si en verdad estés enfermo o te estés haciendo tonto. No es que sí estoy enfermo, me dice. Pues entonces a mí no me estés diciendo que te sobe de esa manera porque no es correcto, y tú lo sabes. Un enfermo verdadero no está pidiendo que le soben eso. Pero no te enojas mi cielo, dice. No te voy a hacer nada, nada; yo te voy a respetar. ¿Por qué no te quitas tu saco? Tú ponte cómoda, te lo estoy diciendo desde hace rato. Luego dije, si no hago lo que me dice, qué tal si me pega o algo. Qué tal si es un loco furioso; ve tú a saber.

Ya agarré, me quité el saco, medio que me tranquilicé. Dije, bueno, pos a ver qué pasa. Luego se endereza y me dice, alcánzame un

vaso. Cuando se lo paso, que me jala de la pretina de la falda y ¡moles!, y se me trepa encima y empieza a quitarme la ropa. Y yo pos ya. Perdí aquí. Estaba pesadote. Le dije, oye, espérate. No pos me tapaba la boca a besos; así mira. No me dejaba ni hablar. Yo pensé luego luego, bueno ¿qué hago? ¿Le pongo un madrazo? ¿Y qué tal si sí está enfermo? ¿Qué tal si sale el amigo que dice? A lo mejor se está muriendo. Bueno, se me venían miles de cosas a la cabeza, tú.

Total, lo que ese cuate quería era echarse su canita al aire. Y en menos que te lo cuento ya estábamos bien metidazos. Luego me quita los guaraches con tanta delicadeza y me empieza a besar los pies y las plantas, que me puso al tiro, en mi punto. Nunca nadie me había hecho eso. Bueno aquello no me lo esperaba.

Y ya que se echó su canita al aire me dice muy tranquilito, ¿qué crees? ¡Ya me compuse! ¿Pos sabes qué? ¿Me puedes llevar a mi casa? Este... ¿pero no estás molesta? ¿Quedaste bien? Todavía preguntándome si yo había quedado bien, el hijo de su chingada madre. No, pues yo si quedé bien ¿Y tú? Yo, ¡perfecto! ¡Nomás mírame! Véme: estoy entero. Y me pone mis guaraches otra vez como si yo fuera una niña chiquita.

Y ya de ahí, de esa vez, no lo volví a ver. Hasta como después de un año lo volví a ver. Desde la bocina a todo volumen de un coche estacionado en la calle de Damasco se oía: ¡Despierta, tú que duermes; levántate de entre los muertos! Y porque empezó a pitar el carro. Pip, pip, pip. Fíjate que coincidencia: yo llevaba puestos los otros guaraches, todavía no se me acababan. Yo voltié. El coche estaba ya todo madreado, pero como que lo quise reconocer. Y lo empecé a revisar y a leer, por delante, por atrás, por los lados. Le leí hasta las llantas al pinche coche. Pos estaba todo pintado con letreros de: Arrepíentete. Dios te llama. El juicio final se acerca. Y cruces echando rayos de luz. Y desde adentro alguien gritaba: ¡Porque el camino es duro y trabajoso y lleno de piedras! A chingao, me dije, **es que luego uno se aleja de Dios. Se aleja uno mucho de Dios y**

después uno ya no sabe ni qué. Y el gritón me hacía así con la mano, que fuera. Yo iba con mi misma cuñada, María la otra. Y ella me dice, ve a ver, arrímatele a ver qué te dice. Porque como te digo, se me olvidó su cara. Lo volví a ver sin acordarme de su cara.

Buenas tardes, le digo. Buenas tardes, Magda. Porque no se le olvidó mi nombre. Qué bueno ¿no? No se le olvidó mi nombre. Y me dijo. ¿No te acuerdas de mí? Le digo, no muy bien. ¿No te acuerdas que te fuiste al hotel conmigo? Hijo de la chingada, pensé. Yo soy el de los guarachitos. Chinga a tu madre güey, entonces sí le dije. Te invito, ven conmigo. No, gracias, le digo. No. Tus invitaciones ya las conozco. ¿Ahora te vales de Dios para andar haciendo tus chingaderas? No. Perdóname, estás equivocada. Yo ya me metí a esto, y bien. Hay un hombre nuevo dentro de mí. Ahora mi amor es de otra clase, es sano. Porque estoy sano de mi pecho y de mi alma. Pinche loco, pendejo, pensé yo. Este méndigo va de mal en peor.

Pero según él ya era pastor de almas...

Y de repente no me hacía caso y empezaba a gritar: ¡Despierta, tú que duermes! Dios te está esperando, acude a su llamado. No lo desaires.

Bueno, para no cansarte, mi cuñada y yo nos fuimos entre muertas de risa y espantadas, porque, qué cosas, ¿no? Y ahí lo dejamos grite y grite. Nos fuimos por la calle Babilonia rumbo al mercado y hasta allá llegaban sus gritos: ¡Arrepiéntete o te arrepentirás! Y yo iba pensando en mis adentros: es que luego uno se aleja mucho de Dios y luego uno no sabe ni qué purrún. No creas, si me dejó pensando.

* * *

Hace como dos años fui a la vieja colonia aquella otra vez. Está toda cambiada. Como que de repente se te olvida que todo cambia. Ya ni reconocí la casa donde vivía con mi primer marido: la tiraron

o se desmoronó de vieja y hay otra. Y lo hice porque de pronto empecé a pensar a cada rato en el loco ése, a cada rato me sorprendía yo misma pensando en él y sus guaraches. Y fui con la esperanza de encontrármelo. Para platicar nomás.

No tuve qué preguntar mucho para dar con él. Sigue en la colonia. Le pasé por enfrente y no me reconoció. Ya no vé el güey. Ahora está bien canoso y ¡ciego! Sigue predicando a gritos, pero de fijo. En la esquina de Tarso y Damasco tiene su ermita. De palos y cartón la chingadera. Lo vi de lejos un buen rato y luego me fui. No me animé a acercármele. Ah, y de su carcacha sólo queda el cascarrón sobre cuatro piedras: ya sin llantas, en la misma calle. Como que se lo han ido robando a pedazos. Esa madre ya nunca va a jalar, y le sirve de dormitorio a algún limosnero que por allí pasa.

Y te voy a confesar una cosa: de vez en cuando lo voy a ver. Desde lejecitos. Si me preguntas, no sé por qué. Algo me hace ir; y no es por caliente o por pinche morbosa. Y creo que cada vez lo veo más mugroso, como si anduviera recogiendo la mugre del mundo, como si toda la mugre cayera sobre él. Y me digo, qué bueno que no ve, sino ¿cómo me vería él a mí?

Tú sabes, locuras inexplicables que le llegan a uno a la cabeza en estas épocas del año. Que yo creo que andan volando por ahí y se te meten a la cabeza en cuanto te descuidas. Porque la vida no es nueva. Feliz Navidad, cabrón. Y salud.

Y vámonos, hijo, que ya nos van a cerrar el Infierno. Ya están poniendo las sillas sobre las mesas. Al rato nos van a echar agua en las patas y no traigo puestos mis guaraches. Ja, ja, ja.

UAM

PQ

7298.29

A3.7

Q5.62

2895072

Salazar, Severino

Quince cuentos de navidad



2895072



Con una escritura que rasga la intimidad de vivos y muertos, que describe sus pensamientos sin interferir en ellos e investiga sus formas únicas de enlace con el mundo, Severino Salazar plantea el momento cósmico en que pasado y presente se hacen un solo impulso. Un cruce de caminos que es posible, pero que sólo a través de la literatura puede hacerse permanente. La Navidad, la del aquí y el ahora, es para el autor un "estado de ánimo". Es un espíritu del presente capaz de conciliar con el fantasma de las Navidades pasadas, pero no con el porvenir. No hay la esperanza de la Navidad venidera pero sí Navidades eternas, revividas en el tiempo.

En una primera lectura, como sucede con casi todos los textos, estos relatos de Navidad tienen un significado literal: se identifican el lugar y los personajes, las acciones mantienen una secuencia lógica. De esta forma, es posible observar la Navidad y sus alusiones obligadas, el encuentro con los amigos, el frío invernal, la celebración tradicional. Luego, la connotación sorprende por su sutileza. En el trasfondo de toda Navidad hay momentos cruciales, líneas de vida que llegan a su fin, soledades.

Angélica Aguilera